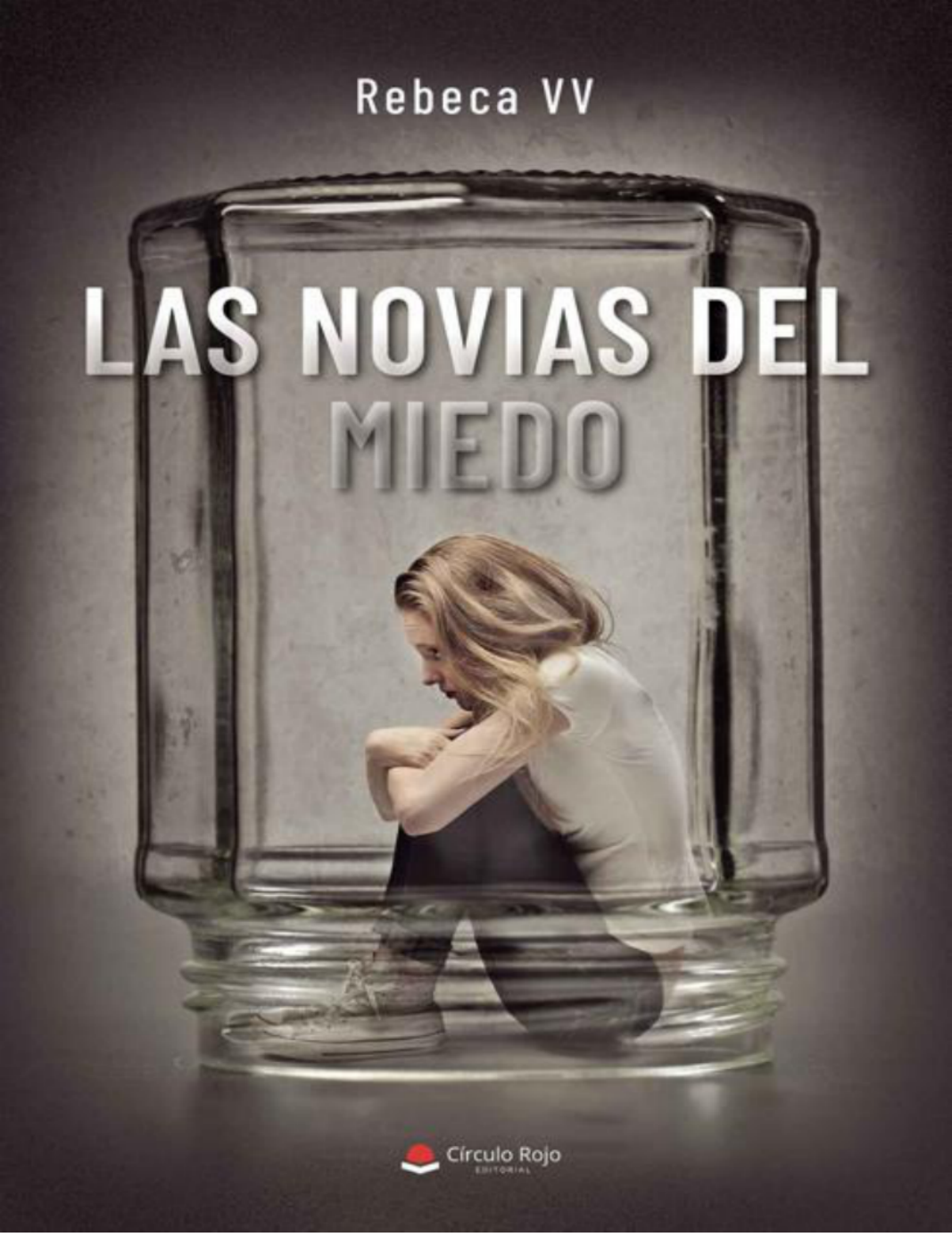
Rebeca VV

LAS NOVIAS DEL MIEDO



Círculo Rojo
EDITORIAL

Las novias del miedo

Rebeca V V

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: octubre de 2021

ISBN: 978-84-1115-224-2

© Del texto: Rebeca VV
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo
© Imagen de cubierta: DepositPhotos.com

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.
Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

A mis padres Pedro y Lucía.

“Una vez aguijoneada, la imaginación es un caballo que se desboca, y al que no sirve tirarle de la rienda. (…)

Sea de ello lo que quiera, *ahí va,* como el caballo de copas”.

Gustavo Adolfo BÉCQUER, *El monte de las ánimas.*

Capítulo 1. Un lunes de otoño

Lunes, 2 de noviembre.

—¡Chica herida! ¡Rápido! ¡Necesitamos al equipo médico!

Vamos corriendo, a la entrada. Sacan de la ambulancia en la camilla portátil a una chica. De sus brazos escurren sendos hilos de sangre rojiza mezclados con rastros de otros que ya se han secado. Todo es una amalgama de ruidos, voces, nerviosismo. Estamos en la sala de urgencias del Hospital Clínico de Zaragoza.

—¡Se está desangrando! ¡Doctor, venga aquí! —grita el auxiliar saliendo del vehículo.

El silencio se adueña de las salas de espera de urgencias y todos los enfermos y acompañantes se apartan dejando paso libre y no perdiendo detalle de lo que sucede.

Se han hecho cargo el celador y el enfermero de la ambulancia. El doctor Benjamín Lorenzo, que ocasionalmente se encontraba allí en ese preciso instante, ayuda a trasladarla abriendo paso a la camilla. Pide el parte.

—Chica joven, quizás 15 años. Heridas y cortes en los dos brazos. Sobre todo, la muñeca izquierda. ¡Menuda carnicería! —exclama Miguel, el enfermero de la ambulancia, con sus ojos castaños muy juntos y su cara redonda.

Me uno al equipo. Dentro de la ambulancia parece que han hecho las primeras curas. Compruebo sus constantes. Se le han taponado las heridas con el material que había disponible y se ha estabilizado. La pasamos directamente a un box donde hago las primeras comprobaciones mientras prepararan el quirófano. No tiene más lesiones. Ningún golpe, herida o luxación. Está muy pálida. Benjamín

va a proceder a la sutura. Se dirige a mí con contundencia.

—¡Claudia, el suero y una analítica! ¡Ha perdido mucha sangre! ¡Veo que está monitorizada y su ritmo cardiaco controlado! ¡Perfecto, Claudia! ¡Qué diferencia con los enfermeros de prácticas a quienes hay que decirles todo! —exclama el médico que se ocupa de la chica. Pienso que ha tenido mucha suerte. Está en manos del mejor.

—¿Crees que hay que ponerle plasma? —pregunto rápidamente—. Aún no tenemos el resultado de la analítica y según el grupo sanguíneo, no tenemos muchas reservas.

—¡Sí, hará falta! Ha perdido mucha sangre y sus constantes son muy débiles.

Tras proceder según el protocolo, el doctor consigue detener la hemorragia y dar los puntos necesarios en los cortes. La chica está fuera de peligro, aunque muy débil. Ya hemos conocido su grupo sanguíneo y le hemos conectado la primera bolsa. La dejamos en la UCI para que pase allí la noche. Le tomo la tensión y la temperatura. Está sedada y, de momento, no puede recibir visitas. Solo estoy yo.

Soy enfermera. Bueno, también soy médico, pero tras cursar las dos carreras, me quedé con el mundo de la enfermería. Os preguntaréis por qué. Mi familia y mis amigos también me lo preguntaron en su momento. A todos les explico lo mismo, que me gusta más. Y estas carreras necesitan de una gran vocación. Pero en realidad elegí la enfermería porque no quiero la responsabilidad de un médico. Pensar que un error o un mal consejo puede llevar al sufrimiento o a la muerte de alguien me pone los pelos de punta.

En cambio, ser enfermera es otra cosa. Puedo curar a las personas, puedo hablarles, mirarles a los ojos, saber lo que sienten y lo que piensan. Me puedo acercar a ellas y animarlas cuando se sienten desvalidas. En esta vida nos creemos en cierta manera inmortales, pero la enfermedad nos empequeñece e iguala. Y muchas veces lo que necesitan los pacientes es alguien que los escuche y los trate con cariño.

La vida es a veces un barco que se tambalea y naufraga o vuelve a resurgir de entre las aguas. Y aquí comienza mi historia. Justo en este momento, en el hospital, en esta noche fría de otoño, frente a una joven suicida.

Pensaréis que por qué os iba a interesar la vida de una enfermera ya de cuarenta años con su vida resuelta. Pues bien, este día me cambió la vida y quiero contároslo por si os puede ayudar a vosotros en algún momento.

Pero volvamos a este momento. Lunes. Un lunes de otoño. Un día más, un turno de noche en urgencias. Una semana menos. Una chica de origen desconocido yace en el box de la UCI del hospital donde yo trabajo. La han traído a tiempo y hemos conseguido sacarla adelante.

Es joven y con los ojos cerrados tiene una dulce expresión angelical. Su cabello largo y rubio está esparcido por la almohada de tela casi amarillenta por el uso de los desinfectantes que se utilizan en su lavado. Ya sé que un hospital no puede ser un hotel, pero estos pijamas azules descoloridos y estas ropas de cama que desprenden olor a lejía y a alcohol hacen del mundo del enfermo un universo deprimente.

La chica está sedada. Ahora tengo un momento de respiro en el turno de noche de hoy.

—Elena, me marcho a descansar al cuarto —le digo a mi compañera de turno. Me mira asintiendo con la cabeza. Es menuda y el pijama de enfermera le queda demasiado grande. Se mueve muy rápido. Lleva el pelo corto, aunque en la foto de su identificación aparece irreconocible con una larga melena castaña.

—Vale, pero recuerda que tienes una hora. Ponte el busca en *on* —me advierte guiñándome un ojo.

—¡Hecho! —le respondo sonriendo. Este es lo bueno de trabajar al límite: somos una familia. O al menos, yo así me siento. Cuando luchas por salvar la vida a las personas, no puedes perder el tiempo con estupideces. En esos momentos aunamos esfuerzos y todos somos una piña. Como el engranaje perfecto del mecanismo de un reloj. Todas las piezas son importantes y todas tienen su función para que la sinergia tenga éxito.

Voy a intentar dormir un poco. A pesar de los sobresaltos, he tenido muchas guardias y me pesan los párpados. Ya no tengo la resistencia de los 28 años y todo esfuerzo en mi cuerpo, finalmente me pasa factura. Esta semana ha sido muy intensa. No recuerdo ni la ropa de calle que he llevado. Solo creo haberme vestido con este pijama y zuecos típicos y obligatorios para nosotros, los sanitarios.

Salgo de la UCI y atravieso varios pasillos hasta llegar a una zona restringida para personal del hospital. Allí tenemos a nuestra disposición un cuarto con una pequeña litera donde podemos tumbarnos un poco. Estar en urgencias supone soportar mucha tensión y vivir con la incertidumbre de no saber qué puede ocurrir al minuto siguiente. Al menos, podemos tomarnos un respiro dentro del propio turno, si todo va bien.

Intento mantener mi mente en blanco. Silencio. No quiero pensar en nada. Tengo prisa por desconectar. Pero un recuerdo del colegio me asalta. Quizás sea porque la chica a la que acabamos de atender se parece un poco a mí a su edad.

Cuando les dije a mis padres que tras segundo de Bachillerato iba a estudiar Medicina, se quedaron muy sorprendidos. De hecho, les pareció una gran idea porque es una profesión respetada y en la que se puede ganar mucho dinero. Aunque nadie hable del peso de la

responsabilidad y de lo duro que resulta ganarse un poco de prestigio. Creo que les di una alegría, ya que ellos no tuvieron en su momento oportunidad de estudiar, si bien les extrañaba esa inclinación mía cuando nunca lo había mencionado antes y no había nadie en la familia que ejerciera esta profesión.

—¿Cómo se te ha ocurrido eso? —preguntó mi madre algo desconcertada.

Mirándole a los ojos le contesté que la idea me vino porque lo comentaron en clase de inglés en una redacción que tuvimos que hacer sobre la salud.

Pero eso no era cierto.

En realidad, yo quise ser enfermera porque me enamoré en el instituto de un chico de clase que quería ser médico. En aquel entonces estaban muy de moda este tipo de series, en televisión, así que ya me imaginaba yo asistiendo al médico de turno que se enamoraba de mí y me lanzaba miradas sobre su mascarilla mientras salvábamos vidas. Romántico, ¿eh?

Pues bien, al muy idiota, que además era el tío bueno de la clase, le dio por salir por ahí más de la cuenta, beber sin control los fines de semana y no estudiar lo suficiente. ¿Resultado? Suspendió el examen de selectividad y su vocación desapareció en minutos. Le pareció que la economía podría ayudarle a encontrar un mejor puesto de trabajo en su vida así que tras repetir un año, comenzó ADE.

Nunca supe si la acabó ya que perdí totalmente el contacto con él pero yo continué con mis estudios. En cada nombre de hueso o músculo de anatomía humana que debía estudiar, me iba fascinando más y más el cuerpo humano.

—Pero, estás hablando de ser médico ¿no? Eso es lo que necesitamos en la familia. Ya que te pones a estudiar, no puedes quedarte solo con ser una simple enfermera. Tienes que aspirar a más y siempre se te han dado muy bien los estudios —dijo mi padre; y así fue como no le quise contradecir y empecé Medicina, algo que nunca termina porque, a día de hoy, sigo leyendo, formándome, estudiando los nuevos estudios y avances y todo lo posible para estar al día.

Los médicos y enfermeras lo son por vocación. Es como los auténticos y buenos profesores. Se lleva bajo la piel, en la sangre. En el corazón. Y no se puede pagar con dinero. Jamás.

El ruido del despertador me trae de vuelta. El tiempo pasa muy rápido cuando hay que descansar. Ahora le toca a Elena, así que voy a controlar a los enfermos de la UCI. Me da la impresión de que hay calma en urgencias. No hay ningún caso realmente *urgente*. De hecho, vienen pacientes con cuestiones más propias de consulta que de urgencias, pero prefieren venir ahora y ser atendidos que esperar una cita con su médico de familia. En general, la sanidad es lenta y las

listas de espera parecen diseñadas para *desesperar* a los pacientes. ¡Qué buena palabra! *Paciente:* el que tiene paciencia.

Me dirijo al box de la chica y la examino. Sigue sedada. He terminado de revisar las heridas de las dos muñecas. Son unas marcas irregulares, algunas profundas y otras asemejan arañazos, quizás debido a distintos intentos de corte antes de cumplir con su objetivo.

Benjamín aparece por detrás de mí. Me asusto y se ríe. Tiene una sonrisa muy blanca en contraste con su piel. Viene a ver cómo evoluciona la chica. En estos momentos el cansancio también ha hecho mella en él a juzgar por sus ojeras violáceas. Aunque como es de tez morena, sus ojos oscuros siempre descansan sobre estas sombras.

—Claudia, comprueba su temperatura y cuidado no se produzca una infección en las heridas. No sabemos qué instrumento ha podido utilizar y por la irregularidad de los cortes, no parece tratarse de un cuchillo afilado. Tal vez haya utilizado el borde de una lata de refresco o algo así. ¿Le hemos administrado la anatoxina tetánica?

—Sí, no te preocupes, se la puse nada más llegar —le tranquilizo.

Suelo ser muy cuidadosa con estas cosas porque hace años, cuando era novata, dieron por hecho que a un paciente que vino accidentado de su fábrica se la había suministrado, pero como ningún médico me lo comentó, no fue así. Al pobre no le pasó nada porque por fortuna había recibido una dosis recientemente como protocolo de prevención de riesgos de su fábrica, pero podría haber ocurrido un desastre por mi torpeza. Supongo que así es como se aprende: cometiendo errores.

Benjamín me lanza una media sonrisa. Reconozco que es muy atractivo y no me extraña que tenga a todas y a más de uno a sus pies. Pero no, no quiero saber nada de enredarme con alguien del trabajo. Ese es un consejo que todos conocemos. ¿A quién se le ocurriría?

Yo lo considero mi compañero. Creo que es unos diez años mayor que yo. A él el gusta decir que es un *cincuenter* más que un *cincuentón*. Se encuentra en buena forma física. Es alto, fibroso y solamente se le da la edad por las canas dispersas que se empeñan en conquistar sus sienes. Sé que es consciente de su atractivo, algo que aprovecha, según dicen los rumores, para salir con todas las residentes jovencitas del hospital y alguna que otra paciente restablecida. Pocas veces le he conocido una pareja de su edad o mayor que él. Creo que prefiere que sean chicas inmaduras y que no le cuestionen ni esperen nada de él. En su vida personal es reservado. Sé pocas cosas de su familia o de su vida lejos del hospital, pero tampoco me importa porque siempre está bromeando y convirtiendo las largas guardias y los casos de salud más angustiosos en momentos incluso divertidos. Aun así, yo nunca caería en sus redes, no soy mujer de cambiar o compartir pareja. Además, hasta hace dos años, yo vivía con Eric. Pero eso es otra historia.

Benjamín es un buen médico y un gran cirujano. Yo diría que de los mejores y su carrera en el mundo de la medicina es brillante. Se dirige a mí y me dice:

—Me gustaría que te encargaras de esta paciente. No ha venido nadie con ella y no sabemos quién es. Solo que es menor, por lo tanto, tenemos que estar pendientes. Ya he avisado para que den parte a la Policía y a los Servivios Sociales.

—¡De acuerdo, doctor! —le respondo con alegría. ¡Qué más quiero yo que encargarme de esa chica! No sé por qué desde el momento en el que ha entrado por la puerta de urgencias se ha despertado en mí una curiosidad especial.

Pero el turno sigue. Me toca ocuparme ahora de un anciano que ha llegado con un golpe en la cabeza. Por lo visto ha tenido una bajada de tensión y ahora está en observación y pendiente de un escáner. El hombre se ha caído en casa y se ha golpeado la cabeza contra el suelo ¡pobre! Está conmocionado, pero cuando me acerco, me coge la mano y me sonríe. La vecina de abajo que oyó el estruendo lo supuso. Llamó a su casa y al no responder, telefoneó a la Policía. Ellos a su vez, avisaron al SAMU.

—¡Te pareces a mi nieta! —susurra con voz cansada. Yo le sonrío.

—A mí me ha dicho lo mismo —exclama una auxiliar mientras pasa a mi lado con unas medicinas en la mano—. No te fíes de los hombres mayores, a veces son los más ligones —añade con una pequeña risita.

«Eso me lo habrá dicho por este hombre o por Benjamín» pienso por un instante. Aunque la verdad, me da igual. Un hospital no es un buen lugar para ligar, al menos para mí.

Me paro un segundo a hablar con Elena sobre otros pacientes. Para ella también ha pasado rápido la hora de descanso. Es una buena compañera y a pesar de ser más joven que yo, nos llevamos de maravilla y me pone al día de todas las noticias y cotilleos del hospital.

—Respecto a la chica del corte en las venas… ¿sabemos quién es? ¿Está la familia al tanto? —le pregunto por indagar un poco. No es normal que aparezca alguien de la nada y, sobre todo, una menor de unos quince años. Me resulta misterioso y a la vez intrigante.

—Claudia, tú siempre queriendo saberlo todo —ríe Elena *reprendiéndome* cuando en realidad, sé que está deseando que le pregunte algo.

—No sé cómo se llama. Me ha dicho Daniel que la han traído inmediatamente y en la ambulancia han conseguido cortarle la hemorragia. De las primeras curas se han encargado el dueño y el empleado de un bar. La sorprendieron en una esquina del servicio de señoras. Por lo visto, una mujer que entraba al baño la encontró en el

suelo desangrándose. Salió nerviosa, gritando y dio la voz de alarma. El dueño mandó a un empleado traer las vendas del botiquín y llamaron a la ambulancia a toda velocidad. Allí consiguieron estabilizarla. ¡No sé más!

—¡Qué raro que el dueño del bar no llamara inmediatamente a la Policía! ¿no? ¿Sabes en qué zona estaba el bar?

—Sí, creo que era por tu barrio, por las Delicias. ¡Vete tú a saber si no querían llamarles por los trapicheos que pueden tener por allí!

—Elena, por Dios, tú y tu imaginación.

—¡De eso, nada! Y si no, no tienes más que leer los periódicos, maja, que ocurren cosas así todos los días.

En realidad, reconozco que puede llevar razón.

«Bonito nombre para buscar la muerte: Las Delicias». Si no habéis visitado aún Zaragoza, tengo que deciros que este es un barrio muy popular. Hace tiempo era un barrio obrero, pero últimamente conviven en él multitud de nacionalidades diferentes. No sabéis la cantidad de lenguas que se pueden escuchar por la calle. A mí me encanta pasear por allí y perderme en su ambiente. Aun así, tiene zonas más pobres y zonas más caras. Tendría que saber el nombre del bar en el que encontraron a la chica para hacerme una idea de dónde podría proceder. Aunque tal vez estuviera allí por alguna circunstancia que no sabemos.

Tras escuchar a Elena vuelvo a mi trabajo. Tengo que controlar si les han administrado la medicación a los últimos pacientes, sus constantes vitales y evolución. La noche está más tranquila que otras. En urgencias, nunca sabes lo que va a ocurrir. Esa adrenalina, en realidad, me encanta.

El tiempo avanza y dentro de poco será la hora de salir. Miro a mi alrededor. La verdad es que lo mejor de la UCI es que los pacientes no son muy conscientes de dónde están. Casi todos están sedados o inconscientes; cubiertos de cables y sensores que les conectan a la vida convirtiéndoles en robots. Las camas están dispuestas en hileras y se hallan separadas por unos biombos de tela. Se oyen suspiros, lamentos y el ruido agudo de las máquinas que controlan los débiles latidos de sus corazones. Esos latidos lentos, tan diferentes del ritmo acelerado de los bebés cuando ls escuchamos en las ecografías.

El hospital se asemeja a un taller en el que hay coches que necesitan pequeñas reparaciones y otros que ya están para la chatarra y perdonadme la expresión, pero la realidad es esta. Lo curioso es que al final todos nos aferramos a la vida y veo luchar a personas muy enfermas hasta el último minuto. El hospital es una escuela de vida.

Me fijo en el bulto menudo que ha formado la chica en la cama, cercana a otros pacientes de edad avanzada. En cuanto se compruebe su edad, igual la pasan al hospital Infantil, pero la gravedad de las

heridas hacía temer por su vida y hemos actuado directamente. En estos casos, la pérdida de tiempo puede ser crucial.

La verdad es que me pregunto qué puede llevar a una adolescente a hacer algo así. ¡A su edad, tiene toda la vida por delante! Me gustaría conocerla cuando despierte y hablar con ella. Me gustaría que un día llegase a ver la vida como algo que merece la pena, no como un monstruo del cual escapar.

La miro y siento ternura.

Quizás haya despertado en mí ese sentimiento de madre que no ha podido ser realidad. Siempre he tenido ese deseo latiendo en mi interior. La idea de traer al mundo a un pedacito de mí y del hombre al que amase y me amara. Pero nunca encontré a ese hombre y yo sola no he tenido fuerzas. Bueno, prefiero no aburriros con estas miserias.

Vuelvo de nuevo al mundo real y consulto el reloj. He terminado mi turno, son las 8:00 h. Estoy agotada.

Me dicen que la suben ya a planta porque se encuentra estable y necesitan sitio en la UCI así que antes de irme, voy a hacerle una última visita. Estoy deseando volver a casa, pero no me iría tranquila sin comprobar que está bien. No pertenece al protocolo ordinario que la saquen tan rápido.

Me doy cuenta de que han depositado su ropa y sus objetos personales en la silla cerca de la cabecera de su cama. Me entran ganas de revisarlos. No debería, pero a una persona se le puede conocer por las elecciones que hace. Y en este caso, la ropa, los colores, los estampados, todo puede decir algo sobre su dueña. Sé que no está bien, pero observo los objetos personales que han dejado a la vista de todos. Hay dos pendientes en la mesita. Son pequeños pero muy bonitos, brillan mucho.

Sobre la silla reponsan unos vaqueros azules desgastados y una camiseta de color negro sin letras ni imágenes impresas. Está hecha jirones, no la podrá utilizar para salir de aquí. Claro, la han cortado para no tener que mover sus brazos quitándosela. La tomo en mis manos para inspeccionarla. Huele un poco a sudor y tiene una parte húmeda, a la altura de la tripa. No cabe duda de que está manchada de sangre.

Si no fuera porque desde un primer momento todo me salió bien, la segunda profesión a la que me dedicaría, sería sin duda policía. Me encanta captar detalles, intentar adivinar cómo son o a qué se dedican mis pacientes por su aspecto, su cuerpo, sus manos… A veces las profesiones, y cómo te ha tratado la vida, dejan huella también en nuestro cuerpo.

Me suelo fijar en el cabello, así intuyo el nivel adquisitivo de la gente, si lo llevan muy cuidado de peluquería reciente o no… Luego las manos, si están suaves o ásperas, el color (algunos hombres tienen

las uñas negras de grasa o tinte industrial), las uñas, si están cuidadas, llevan la manicura, si están descuidadas o mordidas… En fin, muchas veces nuestro cuerpo habla con nosotros y en urgencias es pura realidad, ya que nadie sabe que va a visitarnos en un momento dado. Son los imprevistos de la vida.

Revisaré su pantalón, quizás lleve alguna identificación. El ruido de los monitores sigue repitiéndose como una canción sin final. Procuro no ponerme nerviosa porque sé que más vale ese sonido que el lánguido pitido final que marca el término de una vida. Meto la mano en los bolsillos traseros y delanteros, pero no hay más que un pañuelo de papel retorcido, nada más.

«¿Quién es? ¿De dónde ha salido?», me pregunto a mí misma.

Creo que no tengo ya mucho más que hacer aquí. En teoría hoy (ya martes) tengo el día libre. Le tendré que decir a Benjamín que no voy a estar en el hospital para que se ocupe otra persona de ella.

Voy al vestuario para cambiarme de ropa. Las mañanas comienzan a ser frías debido al otoño. Me miro en el espejo y contemplo mi rostro ojeroso. Los cuarenta pasan factura. Me canso un poco más que antes, pero la cara después del turno de noche es todo un poema. ¡Ley de vida, supongo!

Ya me he cambiado de ropa y me he puesto la chaqueta azul, un básico de mi armario en otoño. Le tengo mucho cariño, ¡qué absurdo! ¿no? Antes de abandonar el hospital, paso a comprobar los turnos. Veo que mañana he de seguir con el turno de mañana. Tengo una jefa que me intenta hacer la vida imposible de forma sibilina. Casualmente siempre me cambia los turnos en el peor momento y a última hora. Cuando voy a protestar tiene una habilidad innata para adoptar una cara de fingida inocencia y justificarse diciendo que «esta es la única manera de que todo encaje y queremos atender bien a los pacientes». ¡Qué ganas de decirle lo que realmente pienso a la cara, con tacos y todo, pero espero que la vida por sí misma haga justicia y encuentre lo que se merece!

Hay gente que se traga esa falsa cara inocente, pero quienes la conocemos desde hace tiempo sabemos cómo es en realidad y lo que dice de nosotros a nuestras espaldas. Cree que me hace daño con eso, pero ya me he acostumbrado a vivir sin que me afecten sus desplantes. Intento sacar provecho del día, me toque en el turno que me toque. En la vida, al final todo es cuestión de actitud y de saber adaptarse, tal y como diría mi amiga Leo, esto es la *teoría del junco*. Os la imagináis, ¿verdad?

Veo a Benjamín. También va vestido ya de calle. Le gusta llevar ropa deportiva. Así vestido no parece el médico de renombre que es. Más bien parece un entrenador o un deportista veterano.

—Benjamín, me incorporo mañana así que hoy no puedo estar

pendiente de la chica que ha intentado suicidarse.

—Sí, lo sé —me responde mientras me pasa su brazo por el hombro —. Le he dicho a Leo, tu amiga pelirroja, que esté pendiente. Tiene turno de mañana y también he informado a la enfermera jefe. — Percibe mi cara de contrariedad—. Más que nada por el tema de la Policía.

—Ah, ya, seguro que *esa* te hace caso en todo —le contesto con ironía.

Sé que está loca por él porque coquetea de una forma descarada. Le hace ir al despacho a todas horas y se deja la bata abierta y un botón de la camisa sin abrochar para enseñar con disimulo un poco de lencería. Lo malo es que da en el blanco con Benjamín porque él no le quita los ojos del pecho. En cambio yo, le quito el brazo de mi hombro de un manotazo.

—¿Estás celosa? —me pregunta con una sonrisa pícara para ver qué respondo. No puede evitar un brillo en esos ojos tan oscuros.

—Sí, seguro. ¡Hasta mañana! —le replico saliendo por la puerta. Ni me vuelvo. Ya sabe que yo no entro en sus juegos.

—Espera, te acerco en mi coche. Hace un poco de frío —me dice en voz alta para que alcance a escucharle.

—No gracias, el fresco en la cara se agradece. Me da la sensación de que el cuerpo y el pelo me huelen a desinfectante y a alcohol. Odio el olor de los hospitales —le replicó girándome, pero sin perder el paso. Y no estoy diciendo nada extraño. Es la pura verdad. Necesito respirar.

Benjamín se ríe y desaparece para recuperar su coche en el *parking*. La luz de la mañana me molesta un poco en los ojos, pero sé que me sienta bien caminar un poco. No vivo lejos del hospital, tan solo a media hora de allí. Me encanta ver a la gente que acaba de levantarse para comenzar su jornada. Había sido una noche dura. Pero poco podía imaginar que lo que sucedería después sería mucho más inesperado para mí.

Capítulo 2. ¿Quién eres?

Martes, 3 de noviembre.

Ha sonado el despertador. Es martes y son las 15:00 h.

Me lavo las manos concienzudamente pues trabajar en el hospital tiene sus riesgos y es mejor seguir los protocolos oportunos. Cuando observo la imagen que tengo delante, me cuesta reconocer a esa mujer que no es joven ni vieja. Esas profundas ojeras que destacan en su piel blanca, sus ojos grandes que finalizan en un ramaje de pequeñas arrugas y unos dientes que no están perfectamente alineados como en las sonrisas actuales de las nuevas generaciones. Sonrío. Lo bueno de no haber sido nunca especialmente guapa es que cuando vas madurando no te da pena perder la belleza de un rostro perfecto. Incluso me atrevería a decir que me veo mejor ahora. ¡Es verdad! El tiempo ha hecho un cambio en mi físico y ahora estoy mucho mejor que alguna compañera mía de colegio que era mucho más guapa en su juventud, pero que ahora está peor. Seguramente por culpa del tiempo caprichoso y vengador que se ensaña con quien menos esperamos.

«Mira qué bien, tengo una lasaña en el congelador», me digo a mí misma tras registrar la nevera. En siete minutos de microondas, ya tengo preparada mi comida. Es tarde, pero prefiero comer en casa. Esa casa por la que siento un apego especial. La casa en la que Eric y yo fuimos felices. Ahora, ya no queda más que su despacho.

Sé que debo retirar algún día sus pertenencias. No tiene sentido continuar con este museo que parece un cementerio. No volverá. He de confesaros que paso irremediablemente por esa estancia, de camino hacia la habitación de matrimonio, y no puedo evitar mirar por el rabillo del ojo la mesa donde trabajaba y el caballete donde dibujaba

y pintaba mientras yo hacía las guardias. Soy tan tonta que tengo siempre la puerta abierta. Como para atraer su presencia algún día…

Que… ¿qué ocurrió? Quizás vosotros hayáis tenido ya la experiencia de haber roto con vuestra pareja. Pasa muy a menudo y a cualquier edad. En mi caso, no sé muy bien cómo ocurrió. Un día dejó de mirarme, no recuerdo cuándo. Solo sé que comencé a notarle extraño. Empecé a percibir un comportamiento diferente y pensé que seguramente no tendría que preocuparme, que eran cosas mías o simplemente se debía al cansancio del ritmo de vida que llevamos, a mis turnos y sus madrugones…

El caso es que esos días pasaron a ser semanas y las semanas desembocaron en meses hasta llegar al año. Durante ese tiempo, yo fui un ser invisible. Eric se encerraba en su despacho y yo deambulaba por el pasillo intentando inventar una excusa para hablar con él o simplemente, hacerme la encontradiza. Ya veis, ¡en el pasillo de una casa! A veces yo intentaba hacer ruido con los tacones en mis pies, pisando con fuerza, como un fantasma que arrastraba unas cadenas. Da igual, él no salía a hablar conmigo. Y efectivamente, para mí seguían existiendo unas pesadas cadenas que me unían de forma perversa y obsesiva a alguien que ya no quería compartir su vida conmigo.

Otras veces, pasaba silenciosa por si podía percibir algo. Un pequeño ruido que delatara lo que hacía. Una conversación telefónica que descubriera que tal vez tenía una amante. La verdad es que por mi cabeza pasaron todo tipo de opciones y situaciones, aunque terminaba diciéndome a mí misma que «todo se arreglaría y estos días malos terminarían».

Y terminaron.

El día que me dijo de dejarlo, me comporté como una auténtica estúpida. Primero sentí que la sangre se me caía directamente a los pies mientras intentaba convencerme de que Eric no estaba diciendo lo que realmente estaba diciendo, que era yo la que lo estaba entendiendo mal:

—Esto no funciona. Debemos dejarlo. Recogeré las cosas y me marcharé hoy. Creo que no tiene sentido seguir juntos cuando en realidad estamos separados desde hace tiempo y ya no nos une nada. Espero que no hagas un drama de esto. Podemos empezar a vivir otras vidas, tampoco es el fin del mundo —exclamó con cinismo.

Pero para mí sí era el fin de nuestro mundo. «Vivir otras vidas», «no hacer un drama de esto», «nada que nos une». Y sí que hice un drama. Y sí, dio en el blanco porque no nos unía nada, ni siquiera un hijo. No fui capaz de concebir. Él lo deseaba tanto como yo, pero tras varias pruebas me lo confirmaron. Tenía un problema de nacimiento en la forma del útero y nunca engendraría. Y el resultado de su apoyo fue

abandonarme.

A veces cuando rebobino este recuerdo, la tarde fatídica en la que me comunicó que me abandonaba, me siento terriblemente triste y avergonzada y quisiera desterrarlo para siempre de mi cabeza. Como si nunca hubiera pasado, como si se hubiese marchado de viaje y fuese a venir de nuevo pronto. Como cuando de pequeña tenía miedo y metía la cabeza debajo de las sábanas imaginando que, de esta manera, ningún monstruo podría encontrarme.

Pero el monstruo vino y me devoró.

De forma incontrolable me puse a gritar, a llorar, me agaché, me arrodillé, le supliqué y tuve un comportamiento más propio de una adolescente con una rabieta que de una mujer adulta, creo que culta, hecha y derecha.

Ante semejante escena, Eric se dio la prisa del rayo en huir y metió todas sus pertenencias en dos maletas, sin doblar, y sin pensar en lo que se estaba llevando. Documentación, ropa, las llaves del coche y sus dibujos. No se llevó todo y no ha vuelto a por ello. Sé que algún día tendré que tirarlo o darlo a la beneficencia o a alguien que lo necesite, pero… es tan difícil desprenderse de alguien. Y dentro de esos objetos, al fin y al cabo, aún queda algo de ese alguien a quien pertenecieron.

Han pasado tres años.

Cuando se lo conté a mi amiga Leo, mi querida pelirroja y psicóloga favorita, sentenció:

—¡Está con otra! ¡Es evidente! ¡Ningún hombre se va por su propio pie! Al final todos se van porque han encontrado algo mejor. —Y bebió un sorbo de té caliente, como si tal cosa.

—¡Venga ya, no me fastidies! Lo estoy pasando fatal y ¿solo se te ocurre decirme eso? ¿Y tú eres mi amiga? —le respondí con rabia ante un comentario tan cruel. La miré un rato. Se hizo un silencio y ella también me miró callada, sabiendo que no había sido su mejor comentario.

Se me escaparon unas cuantas lágrimas de angustia. Estas lágrimas que se escapan sin que cambies el rostro y que además desembocan en la comisura de las mejillas unidas a un goteo de moquita incontrolable… No sé qué era peor, pensar en que se había marchado para cambiar su vida o pensar que se había ido para vivir una pasión loca con una protagonista nueva, joven y seguro que más guapa. A mí me había dejado en la sombra de los recuerdos o quizás en el jardín de los amores olvidados.

Finalmente, como para excusar su hiriente e insensible comentario, continuó:

—Terapia de choque, Claudia. Han pasado tres años y parece que estás guardando luto. Te ha hecho daño, es cierto, pero el duelo tiene

que terminar algún día y si sigues alimentándolo día y noche, no acabará nunca. Piensa que está con otra y cambiarás el duelo por ira y luego te centrarás más en ti y en todo lo que hacías antes de conocerlo. Claudia, pero si tú no le necesitas —me dijo de forma contundente.

Y desde aquel día sigo su consejo… a mi manera, claro. Sigo sufriendo, pero no me lamento constantemente y menos delante de Leo. Siempre he sido una persona reservada y me gusta seguir siéndolo. De hecho, como os he contado antes, me encanta adivinar cómo es la gente y conversar con ellos, pero no quiero revelar mi forma de ser completamente. Asunto arreglado.

El ruido del microondas, me ha traído de nuevo a la tierra. Saco la lasaña. El plástico arde ¡ay! Me la sirvo en la mesita del salón mientras intento ver las noticias. Tengo que reconocer que, en el fondo, me gusta relamerme las heridas y que me he acostumbrado a estar sola y disfrutar del silencio y la libertad de vivir como quiero sin pensar nada más que en mí. La casa siempre ordenada. Todo tal y como lo dejo por la mañana, todo a mi gusto, sin tener que negociar nada con nadie.

Pero cuando me da el bajón, pienso muchas veces qué vería en mí para querer salir conmigo y compartir dos años de su vida. Sí, siempre le he idolatrado.

Solo hay dos cosas que le echo en cara: el que no me dejara nunca el coche para conducir y el que lo admitiera o no, me repudiaba por no poder darle un hijo.

Lo del coche me da igual, porque me compré uno de segunda mano y de vez en cuando lo utilizo, aunque normalmente suelo desplazarme con las bicis del Ayuntamiento o a pie. Esta ciudad es ideal para ello. Me compré el Citroën por rabia o por venganza, según se mire. Solo para demostrar que yo era capaz de conducir perfectamente, aunque él no hubiera creído en mi. En el fondo, seguro que sabía que conducía bien, pero adoraba su coche y solo imaginar que yo pudiera rayarlo, era motivo más que suficiente para no permitirme pilotarlo.

Lo del hijo no, no lo tengo asimilado. Me habría encantado tener un bebé y haber disfrutado de la experiencia de ser madre y sé que él habría sido el padre perfecto… Y yo la madre perfecta. Hubiera sido feliz viéndole crecer día a día, velando por su educación, sus estudios, sus amigos, sus primeras salidas, sus confidencias o sus desaires, sus parejas… ¡uf! Incluso el hecho de pensar en nietos me emociona ahora mismo. Es la sensación de haber hecho algo importante de verdad en la vida. Sería como tener algo tuyo que sobreviviera a tu muerte con los descendientes. Como una manera de sentirse inmortal. En la vida hay muchos tipos de amor, pero siempre he oído que el amor de padres e hijos es único e incomparable a ningún otro. Ahora ya, creo

que es tarde para comprobarlo.

Y a él se le torció la vida, porque en la posición social que sus padres le recordaban e instalaban en su mente continuamente, estaba el hecho de ser padre y dejar herederos de la fortuna familiar. Y yo nunca podría darle esos hijos fruto de nosotros dos. Intenté comentarle la opción de buscar un vientre de alquiler o de adoptar, pero se negó en banda. En el fondo, creo que su pensamiento era absolutamente tradicional. Quería un hijo natural de él y de su pareja. El resto, no eran hijos naturales. Y no pude hacerle cambiar de opinión.

Tengo que decir que nunca me expresó nada de esto a la cara, pero ahora que ha transcurrido el tiempo, tengo recuerdos fugaces en los que leo su decepción, algo que en su momento, no intuía. Pensé que la pareja estaba por encima de poder tener hijos de una manera u otra. Pero me equivoqué. Para alguien acostumbrado a comprar todo, y tener todo lo que deseaba al instante, esto seguro que había sido un revés.

Me encuentro cansada y sigo mirando la tele que, en realidad, es un convidado de piedra.

Mi último pensamiento me lleva a mi segunda casa, el hospital. Había cuatro pacientes que habían mejorado. Dos habían salido del coma inducido aconsejado tras dos operaciones graves. Al abuelo seguro que le daban ya el alta. No esperaba verle mañana, pues solo había sufrido una bajada de tensión y se había golpeado la cabeza. Afortunadamente el escáner y las pruebas posteriores habían salido negativas. Solo había sufrido un golpe y nada más. ¡El pobre me daba la mano la primera noche y me preguntaba si podía dejar la puerta abierta del pasillo para que entrara un poco de luz! Las personas cuando envejecen comienzan a tener miedo como los niños. Yo creo que es la inseguridad y la certeza de que ven que se aproximan al precipicio del final de su vida y ¡cuesta tanto despegarse y lanzarse a lo desconocido!

Y, por último, ayer le salvamos la vida a la chica que se había intentado suicidar. ¡Querer morir con quince años! ¡Con toda la vida por delante! ¿¡Cómo puede ser!? Y además ¡qué tristeza morir tirada en un váter sucio de un vulgar bar, envuelta en sudor y sangre! ¿Tan pequeña puede sentirse como para pensar que no merece otra vida?

Veréis, tengo que confesaros algo. Yo también me intenté suicidar cuando tenía aproximadamente su edad. Sufrí tanto en el colegio por culpa del *bullying* que pensé que mi vida no tenía sentido. Una noche, reuní todas las pastillas que pude y me las tomé antes de irme a dormir. En esos momentos de desesperación no pensé ni en mis padres ni en mis hermanos. Solo en que era un ser despreciable que sufría día tras día humillaciones e insultos. Llegué a tomarme 6 o 7 comprimidos

de una caja de medicamentos que había en el armario de la cocina. ¿Y sabéis que ocurrió? De repente, me entró mucha risa. Comencé sonriendo y terminé riendo y tapándome la boca para no despertar a los demás. Ahora que lo recuerdo, estoy segura de que yo sola me drogué. Y lo interpreté todo como una señal. Si era capaz de dar la vuelta a la situación podría seguir disfrutando de la vida porque en realidad, yo quería vivir y tenía que salir adelante

De repente, un ruido me despierta. Me he vuelto a quedar dormida después de comer. Estoy desorientada, no sé de dónde procede. ¡Sí, ahora caigo en la cuenta! Suena mi móvil. Veo en la pantalla un mensaje del hospital. ¡Ya me extrañaba a mí que la enfermera jefe me dejara la tarde libre! ¿Por qué siempre me hará esto?

ENFERMERA JEFE, ١٦:٣٥ h
«Vamos justos de personal Sergio de baja. Necesito k vengas!
(Emoji de manos en posición de súplica)».

YO, ١٦:٣٧ h
«OK pero a kambio necesito finde libre!».

Silencio.

No sé por qué no responde. No sé si es porque no está de acuerdo, si es por dejarme en tensión o porque está ocupada con otras cosas. Se lo está pensando demasiado.

ENFERMERA JEFE, ١٦:٥٠ h
«Lo intento pero no te lo prometo!».

Vale y ¿qué se supone que tengo que hacer ahora? ¿Ir y hacer el turno y que luego no me compense? Debería de decirle que no y obligarle a llamar a Elena, pero claro, entonces fastidio a mi compañera. Está bien, accedo, pero no dejaré pasar el finde libre, lo necesito. Y para no mentiros, me siento responsable por aquello que me dijo Benjamín en la última guardia. Que estuviera pendiente de la adolescente. Quiero ir a ver si ya ha despertado. No tengo nada que hacer hoy martes. Mi vida está vacía y los únicos que la llenan son mis pacientes. Me encanta mi trabajo y la enfermera jefe lo sabe. Por eso se excede tanto conmigo. Le respondo afirmativamente. Algún día llegará el momento en el que pruebe de su propia medicina.

YO, ١٦:٥٥ h
«OK (emoji con el pulgar hacia arriba)».

Capítulo 3. Ser invisible

La noche está fría. Comienza el invierno. El otoño se ha instalado en Zaragoza de golpe. Esta ciudad es así. Las estaciones vienen y se van de golpe, casi sin avisar. Voy andando por la Avenida de Valencia y noto el aire frío en cada esquina. Los remolinos de viento fustigan sin piedad a las últimas hojas rojizas para intentar derribarlas. ¡Será un invierno más! ¡Sola!

Las luces de la ciudad me guían hacia el hospital. He elegido ir a pie para respirar un poco. Necesito oler algo más que el terrible olor a medicinas que invade los pasillos y las habitaciones del hospital. No hay mucha gente por la calle en esta avenida. Tan solo grupos de universitarios que han acabado sus clases por hoy que directamente no han ido, pero se reúnen para hablar. Qué vida tan feliz la de estudiante. Tomar apuntes o conseguirlos de alguien, ir a todas las fiestas… Sí, ya sé que eso es una parte. Que no estoy nombrando la de estudiar y hacer trabajos hasta la madrugada y depender de una buena nota para subir el siguiente peldaño… pero cuando te gusta lo que estudias, es una bendición poderte dedicar a ello y empezar a descubrir el mundo. Por eso me gusta pasear por aquí. El campus universitario está justo detrás del Clínico.

Recuerdo que cuando tenía 11 años, justo en esta época del año, atrapé un fuerte resfriado. Más bien él me atrapó a mí. Los resfriados son algo absolutamente común, pero ¡qué mal se pasa cuando hay que sonarse la nariz continuamente, o toses sin parar o tu voz suena absolutamente nasal!

Aquello fue un motivo más de escarnio para mis crueles compañeras quienes cuando terminaba la clase correspondiente, reían las gracias de la líder que exclamaba:

—¿Habéis visto que a la Claudia le ha salido bigote? Ahora sí que parece un… ¡monigote! ¡Ja, ja, ja! —Al final, terminaba riendo mientras sus secuaces repetían sus palabras llamándome con ese mote: la Monigote del bigote, en referencia a la piel irritada que no podía disimular bajo la nariz.

Aquello era insoportable. Me lo encontraba escrito por las mesas, lo deslizaban en papeles que colocaban secretamente en mi bolsillo y para que no les descubriesen, a veces me llamaban Mobi uniendo la primera sílaba de cada palabra. Yo casi no me atrevía a mirarles a la cara. Fingía que no me importaba y sacaba mis libros simulando una falsa tranquilidad. Pero aquella actitud, lejos de detener su crueldad, hacía que buscaran más medios para hacerme daño. ¡Menos mal que en esa época no había móvil! Me pregunto qué habrían dicho de mí en las redes sociales y cuántos memes habrían creado a mi costa. A veces, para hacer el mal hay quien incluso desarrolla una honda inteligencia destructiva.

Un día, la líder tiró un escupitajo a la mesa del profesor. Cuando la pobre doña Teodosia, una profesora muy mayor de Ciencias Naturales, fue a dejar su libreta de notas se dio cuenta del asunto y obviamente entró en cólera.

—¿Quién ha hecho esta marranada? ¿Qué os habéis pensado? ¿Dónde creéis que estáis? ¿Acaso sois unas salvajes? ¡Vamos! ¡Quiero a la culpable antes de 15 minutos o bien no saldréis a la hora esta tarde! ¡Os quedaréis una o dos horas más hasta que hable la culpable! ¡No tengo prisa! —exclamó con voz autoritaria y verdaderamente enfadada.

—¡Oh, no! —Pensé para mis adentros—. ¡Mis padres se preocuparán y además hoy tengo clase de piano y no puedo llegar tarde o perdérmela! A mis padres les cuesta un sacrificio pagarme esas clases y les voy a disgustar muchísimo. ¡Además yo no he sido! ¿Por qué tengo yo que pagar por las mezquindades de las demás?

Dejé pasar un tiempo. Tampoco quería lanzarme a descubrir a la culpable. Si ella tenía un poco de valor o compañerismo, confesaría por sí misma y libraría al resto de la clase de un castigo, a todas luces, injusto.

El silencio se adueñó de toda la clase mientras doña Teodosia nos escrutaba con una mirada astuta, muy alejada de su ternura habitual. De hecho, me miró varias veces y yo intenté decirle el nombre de la culpable de forma telepática, pero está claro que aquello no funcionaba. Mi estómago se convirtió en una piedra. Todavía me ocurre cuando veo de frente una injusticia.

De repente, doña Teodosia tuvo una idea brillante. Antes de agotar los últimos 5 minutos, mandó sacar un papel y escribir en él el nombre de la culpable. Estaba prohibido mirar a las demás. Yo estuve

a punto de escribirlo, pero luego, por instinto de protección o de mera cobardía, decidí dejar el papel en blanco, con esas líneas azules que formaban cuadrículas perfectas. Mi corazón latía fuerte cuando me obligó a mí, ¡justo a mí! A recoger las papeletas.

Pasé por todas las filas y cuando pasé por la mesa de la líder me lanzó una mirada hiriente que me congeló el alma y, asegurándose de que no le veía la profesora, cruzó con su pulgar el cuello en un claro gesto de amenaza mafiosa. ¡Casi se me caen los papeles al suelo de puro miedo! Rápidamente los deposité sobre la mesa de la profesora, lejos del escupitajo que seguía allí pegado y me senté. Creo que tenía fiebre porque comencé a sudar y la cabeza empezaba a dolerme.

Doña Teodosia abrió todas las papeletas y aunque pasaban ya más de 5 minutos de la hora de salida, se dirigió a nosotros:

—¡Está bien! Agradezco vuestra colaboración y sinceridad. Sabía que, reflexionando, todo llegaría a buen puerto. Podéis salir todas del aula salvo ¡tú! —Y apuntó con su dedo índice a la culpable.

Se hizo un pesado silencio ¡Nos quedamos absolutamente sorprendidas! Noté como si toda la clase me mirara a mí fijamente, así que recogí las cosas lo antes posible y me marché del colegio corriendo. Oí que la culpable decía con voz fingida:

—¡No he sido yo!

—¡No mientas! Alguien te ha delatado —exclamó con voz autoritaria doña Teodosia mirando por encima de sus gruesas gafas de pasta—. ¡Más vale que confieses porque vas a ir de punta cabeza a la directora!

—¡Bueno, ha sido sin querer!

Mientras yo huía con auténtico pánico me preguntaba: «¿Quién había podido ser? ¿¡Le habían traicionado las amigas!? ¡Eso era imposible!».

No comenté el incidente en casa y eso que mi padre me esperaba con la merienda para llevarme a piano. Prefería no contarles nada del colegio para que no descubrieran lo que me hacían. Me avergonzaba tanto mi situación que prefería disimular como si mi vida escolar discurriese con una absoluta normalidad. En casa, los diálogos eran siempre los mismos:

—Clau, llegas tarde. No te va a dar tiempo de merendar. Hoy tienes la clase particular de piano —decía mi madre con mi hermano pequeño en brazos.

La verdad es que encargarse de cuatro hijos no era tarea sencilla y sobre todo cuando mi padre estaba en un momento difícil en el que había cerrado la fábrica en la que trabajaba. Me iban a borrar de las clases de piano, aunque destacaba mucho, pero no podían seguir pagándolas ahora. Esta era la penúltima del mes. Entenderéis el porqué de no querer añadirles más preocupaciones a mis padres,

¿verdad? A pesar de atravesar un momento económico difícil y dejarme un poco más libre porque era la hermana mayor y no necesitaba tantos cuidados, mi madre siempre tenía un rato para mí y me preguntaba:

—¿Qué tal ha ido el colegio?

—Normal, como siempre —respondía yo sin soltar prenda mientras devoraba el primer bocado del pastelito *Tigretón* que tanto me gustaba.

—Vale, pues vamos que papá te lleva a piano. ¡Date prisa!

Y en clase de piano me olvidé de todo. Es lo bueno de la música, te eleva a otra dimensión desde la que la vida terrena queda muy lejana. Aquella tarde, en el fondo, me sentí muy feliz ¿para qué os lo voy a negar? Me alegré una y mil veces de que mi verdugo hubiera metido la pata.

Sin embargo, esta alegría que provenía del sabor de la venganza acabaría antes de lo que yo imaginaba.

Los niños, tienen una capacidad increíble para dormir y pensar que todo puede borrarse. Lo vi muchas veces en el Hospital Infantil cuando tuve que cubrir una baja y comencé a trabajar. Los pobres sufrían sus dolores, su malestar, pero al acercarme para desearles buenas noches y apagar la luz, me preguntaban si mañana irían al parque a jugar porque se habían portado bien. Por eso no trabajo en pediatría. Me da mucha pena ver sufrir a los niños. Es una de las injusticias más crueles que existen en la vida.

Volviendo a lo que os estaba narrando. Al día siguiente del incidente del escupitajo, cuando iba a entrar a clase, varias compañeras me increparon y dirigieron sus iras acusatorias sobre mí:

—¿Cómo te has atrevido, Monigote? ¡No te saldrás con la tuya! ¡Ya verás!

Me quedé pálida, no sé si sentí frío o calor, el caso es que conforme se acercaba la hora del recreo, yo temblaba más.

Tras sonar el timbre, todas bajaron al patio mientras yo recogía mis libros en silencio y buscaba mi almuerzo. ¡Qué raro! ¡No estaba! Y, sin embargo, lo había dejado esa misma mañana dentro de la bolsa.

Resignada, busqué el abrigo para ir al recreo, pero ¡también había desaparecido! Y esto sí que era grave. Fuera hacía un frío invernal y no podía quedarme en clase, no estaba permitido en el colegio.

Podría decírselo a las profesoras de guardia, pero eso quizás fuera a revolverlo todo aún más, así que opté por salir e intentar refugiarme en una esquina donde daba poco el aire. Allí me quedé de pie, bajo el cielo grisáceo, sintiéndome ignorada por las demás y queriendo ser invisible cuando alguna profesora lanzaba alguna mirada distraída sobre mí.

Las vi llegar. Llevaban mi abrigo en la mano. La líder se había

incorporado ahora al recreo, pues había tenido una charla con la directora que había citado a sus padres para hablar del incidente, pero ya había terminado. Su cara reflejaba ira. No tenía más que ansias de venganza.

—¿Buscas esto, Monigote? ¡Ven a por él! ¡A mí me da asco! —dijo con rabia, y acto seguido escupió en él.

Y todas sus secuaces hicieron lo mismo mientras lo tiraban al suelo y seguían lanzando gargajos y babas que, en contacto con la tierra, se formaba una masilla que se adhería como una lapa venenosa a mi abrigo.

No quería llorar, pero me pudo la angustia y derramé unas lágrimas. Mis padres no tenían mucho dinero y habían hecho el esfuerzo de comprarme ese abrigo, pues había crecido mucho y no me estaba bien el del año pasado. La suerte de ser la hermana mayor es que era yo quien estrenaba la ropa y las demás heredaban las prendas les sentarán como les sentarán. Pero eso hacía que, por instinto, las cuidase con todo mimo.

—¡Ja, ja, ja! ¡Mirad cómo llora el Monigote! ¡Ve a decírselo a doña Teodosia! —exclamaron las chicas poniendo voces ridículas y haciéndome la burla. Acto seguido, la líder volvió a empujarme y tirarme al suelo.

Sonó el timbre. Subí al baño corriendo e intenté quitar con papel higiénico los escupitajos. Pero jamás se fueron de mi corazón. Aún los llevo. Y ¿sabéis? No hay mal que por bien no venga. Al estar todo el recreo sin abrigo, cogí una pulmonía que derivó en neumonía y me ingresaron en el Hospital Infantil. ¡Y allí fui feliz! Salvo por las toses, la fiebre y las inyecciones que a veces me suministraban, claro, pero nadie se metía conmigo. ¡No solo eso! Allí me mimaba todo el mundo y me cuidaban y hacían todo lo posible para que yo estuviera bien. Allí tuve la suerte de encontrar unas enfermeras que siempre tenían una palabra de ánimo, un beso, un apretón de manos cuando la medicación dolía y un cuento o un poema para alimentar mi alma. Las enfermeras me trataron como alguien valioso y, queriéndome, me enseñaron a quererme a mí también. Estuve aislada y no podía visitarme mi familia salvo a través de un cristal que yo tocaba con mis manos cálidas para intentar fundirlo. Para que se derritiera y pudiera abrazar a mis padres de una vez.

No obstante, yo no quería ponerme bien. Yo quería seguir allí y vivir para siempre en ese lugar. Me daba igual no ver el mundo exterior. El que había visto no me gustaba. Y, además, podía leer a todas horas, no tenía límite de tiempo porque allí se detenía. Por fin había encontrado un lugar seguro en el mundo.

Vuelvo a la realidad. Ya ha pasado el tiempo, casi sin darme cuenta. He de comenzar de nuevo un turno de noche. Y este, va a ser

especial.

Capítulo 4. Contando estrellas

Acabo de cambiarme de ropa, me he colocado los zuecos y la placa de identificación. Me fijo en las visitas y en los pacientes que he de supervisar. Soy intensivista, así que la unidad de cuidados intensivos es mi segundo hogar. Realizó el repaso de siempre para organizar el turno, eso sabiendo que en cualquier momento puedo tener una urgencia. Verifico la lista y veo que ahí sigue la misteriosa chica de ayer. Voy a realizar el control rutinario, tomar su temperatura y constantes y verificar su estabilidad hemodinámica. Ya ha debido de terminar la bolsa de plasma según me han indicado, así que allá voy.

Por la noche, en los pasillos del hospital, hay momentos extraños en los que reina un silencio amenazante. Duran muy poco y se producen cuando menos te los esperas. No se oye ningún quejido, lamento o personal sanitario acudiendo a llamadas nocturnas. En ocasiones el hospital se queda en blanco. A veces pienso que es la propia muerte que vela mientras decide a quién debe llevarse. Nunca me acostumbraré a esos silencios. Me dan escalofríos.

La joven está parpadeando lentamente como queriendo deshacerse del velo del sueño que la ha cubierto casi durante 24 horas. Me dirijo sin pensarlo hacia la cabecera de su cama buscando su rostro por encima de todas esas gomas y tubos que conectan a los pacientes a la vida, a nuestro espacio, a nuestro tiempo; para que no se vayan…

Al avanzar, percibe mi presencia y con un hilo de voz muy débil me pregunta:

—¿Qué día es hoy? —Tiene la voz algo rasgada, pero me da la sensación de que tiene cierto acento extranjero.

—¡Hoy es martes, pequeña! —le contesto con cariño. Su rostro revela dolor, un dolor profundo que se materializa en una mueca.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto retirándole un poco el pelo que ha caído sobre su ojo derecho.

Ella hace un gesto para responder, pero luego intenta cabecear para mostrar una respuesta negativa. Los sedantes comienzan a abandonarla, pero todavía no ejerce el control absoluto sobre su cuerpo. Le han colocado ese pijama azul descolorido que iguala a todos aquellos que habitan en estas salas esperando recuperar su salud y su dignidad, pues cuando estás enfermo, la debilidad se apropia de tu libertad y tu gran personalidad mira las vías y los medicamentos y los sueros, como si ellos fueran a decidir su destino.

—¡No lo sé! —responde con cierta tristeza. Y más tarde añade:

—¿Por qué estoy aquí? ¿Qué me ha pasado? —me interroga con un ritmo lento y pausado.

Necesita beber algo. Le proporciono un poco de agua y le ayudo a beber. Traga unos sorbos pequeños, pero se atraganta. La miro fijamente a los ojos y me acerco para susurrarle con clama, para que no sienta temor o pánico:

—Estás en el Hospital. Has tenido un problemita de salud, pero te vas a recuperar. Ahora debes dormir y mañana te encontrarás mejor.

Parece que no le convencen mis palabras. Está asustada.

—¿Un problema de salud? ¿Me han operado? —pregunta con miedo.

—No, no es eso. Te trajeron anoche en ambulancia. Tenías cortes en las muñecas. Estabas desangrándote. Conseguimos parar las hemorragias y ahora te estás recuperando.

Creo que lo ha entendido porque asiente levemente con la cabeza. Puede que comience ahora a recordar. Cierra los ojos agotada, pero al instante los vuelve a abrir en un clic mientras frunce el ceño:

—¿Quién es usted? —Me sorprende el tratamiento de *usted*. Me suena lejano, como si la chica se refiriera en realidad, a una mujer mayor. Pero la única persona que está a su lado soy yo. ¡Qué vieja debe de verme! Admitámoslo. El tratamiento de usted es el más apropiado porque soy una desconocida, pero ¡pesa tanto que te traten de usted! Es como ganar veinte años de golpe.

—Soy enfermera y me llamo Claudia. Te estoy cuidando. Si te encuentras mal, solo debes apretar este botón y vendré a verte ¿de acuerdo? De momento intenta dormir.

—¡No puedo! —susurra—. ¡Estoy mareada! ¿Qué puedo hacer? ¡Me duele la cabeza! —me confiesa intentando mover las manos ahora presas del peso de los vendajes y el gotero.

—¡Muy fácil! ¡Cuenta estrellas! —le respondo sonriendo. Le acaricio el pelo mientras veo que vuelve a quedarse dormida. Parece que lucha consigo misma, pero los fármacos son los que ganan la batalla.

Me voy hacia la sala de descanso, no sin antes apuntar en el parte su situación actual. Por el rabillo del ojo, me parece ver una leve sonrisa en su cara.

Contar estrellas es un gran truco.

Esto me lleva a la noche en la que conocí a Eric. Yo tenía 23 años y siempre veraneaba en Cantabria, cada vez en un lugar diferente, aunque ese año repetimos estancia en Suances. Había bajado con unas amigas a la playa de los Locos. En dicha playa, cuando hay marea alta, desaparece buena parte de la arena y el mar intenta llegar a las rocas del centro, dividiendo la playa en dos secciones semicirculares y comunicadas solo por dichas rocas. Normalmente, los jóvenes solíamos quedarnos en la segunda playa de difícil acceso para gente mayor. La selección natural conlleva estos aciertos, de manera que podíamos estar a nuestras anchas, escuchando música alta, bebiendo, riéndonos a carcajadas y jugando, sin soportar las miradas de fastidio de los mayores.

Como yo nunca he sido el alma de la fiesta, ni siquiera una fiestera de vocación, en cuanto vi que mis amigas ya llevaban unos litros de más, aproveché para separarme un poco, sentarme en la toalla y contemplar el espectáculo del cielo. Los trazos malvas, rosas y anaranjados que había trazado el rastro del sol antes de desaparecer eran de una belleza que casi dolía. Adoro los atardeceres en el mar. Creo que es lo único que necesitaría Zaragoza para ser perfecta. ¿Pero quién quiere las cosas perfectas? Lo mejor está en las sorprendentes imperfecciones.

El espectáculo era grandioso. Me quedé absorta mirando un punto en la lejanía, tal vez un barco, y al elevar la vista, habían aparecido varias estrellas salpicando el inmenso cielo.

Alguien habló detrás de mí:

—¡Bonito espectáculo! ¿verdad? —musitó una voz cálida. No me sonaba, pero me resultó muy dulce.

Me volví y contemplé por primera vez unos intensos ojos azules encuadrados en unos mechones de pelo rubio y mojado que se desprendían hacia su frente. Miraba al cielo y no a mí. Pero yo le miraba a él. Y cuando bajó sus ojos, dirigí los míos hacia la arena y en este estúpido juego de tanteo me enamoré de aquel chico. Así, de golpe. Sin saber quién era, de dónde venía o cómo había aparecido ante mí justo en ese momento y en ese lugar.

—¡Sí, creo que es uno de los atardeceres más bonitos que he visto! ¡Lástima que se acabe! —le contesté mirando hacia el horizonte.

—Bueno, después de un bello atardecer, estoy seguro de que la noche no se va a quedar atrás. Mira la luna, tan grande, radiante y misteriosa. Si no te importa, puedo sentarme aquí un rato y contar mentiras o estrellas, o las dos cosas.

Y aunque con otros chicos me habría levantado y me habría ido corriendo a recuperar mi sitio junto a mis amigas en la hoguera, por alguna extraña razón, le hice un hueco en la toalla y no me sentí incómoda ni tímida ni extraña. Por increíble que parezca, sentí que le conocía desde hacía mucho tiempo y allí estuvimos, charlando sobre nuestras jóvenes vidas, nuestras ilusiones, mi vocación de médico, su pasión por la pintura y observando cómo el mar se replegaba hacia el infinito para ser el espejo del cielo estrellado.

—¡Claudia! —me grita un enfermero—. ¡Ve inmediatamente a la UCI, hay problemas!

El grito me sobresalta, ya que el enfermero lo ha lanzado abriendo la puerta de golpe justo cuando me había quedado medio dormida en la sala de enfermería. Inmediatamente le sigo y me dirijo a la unidad a toda prisa. ¿Sabéis qué es lo que ocurre cuando trabajas en la UCI? Que todo se borra de tu mente. Tienes que estar 100 % para hacer las cosas lo mejor posible. ¡La rapidez salva vidas!

Pero cuando tienes diez minutos de calma, tu mente se queda en blanco, buscando descanso, reponiendo energía porque en cualquier momento debes comenzar a buscar soluciones a los problemas que aparecen, como los héroes de los videojuegos cuando han de superar pruebas sin saber de dónde vienen sus ataques.

Capítulo 5. Bienvenida al infierno

—Ha habido un atropello. Hay tres heridos, dos de ellos leves con erosiones en rodillas y antebrazos y uno más grave. ¡Los más leves para Sofía y Rodrigo! ¡Claudia, ven conmigo! —exclama el doctor Benítez, un buen médico ya mayor pero que tanto se ha hecho a las urgencias que no quiere trabajar en ninguna otra sección—. Hay que hacer revisión rápida de trauma y TCE en zona parieto-temporal.

El tumulto de voces y personal sanitario mezclado con pacientes de *falsas urgencias* y familiares, da paso a un ejército adiestrado y organizado de médicos, enfermeras y auxiliares que trabajan al unísono. Todo el equipo de sanitarios se pone a trabajar como piezas de una máquina. Todos unidos en la misma lucha. Salvar la vida.

El herido es un joven de veinte o veintitrés años, aproximadamente. Un coche ha invadido la calzada en el Paseo Sagasta y ha alcanzado atres amigos que volvían a casa después de cenar por ahí, según cuenta Daniel, el conductor de la ambulancia. El dueño del vehículo que ha provocado el atropello se encuentra en el lugar de los hechos, declarando ante los agentes. No ha sufrido daños y le están practicado la prueba de alcoholemia y estupefacientes. Por desgracia, el joven que vamos a atender es el que se ha llevado la peor parte.

El golpe ha sido fuerte. Tras pasar rápidamente por el box vital, y realizarse el TAC, vemos que existe una gran hemorragia.

—¡Hay que intervenir rápidamente! ¡Preparad el quirófano y avisad al doctor Benjamín Lorenzo! —vuelve a decir el doctor Benítez con autoridad—. Es una operación muy delicada y el doctor es experto en estas lindes. Sé que es interrumpir su descanso, pero ni siquiera él permitiría no haber sido llamado para una intervención así.

Mientras llaman a Benjamín y preparan todo, yo me ocupo de

revisar la cura junto a Sofía y Rodrigo. Ellos son todavía muy jóvenes y les falta experiencia. Los familiares se han desplazado al hospital. Le he dicho a Sofía que los atiendan. Quizás necesiten un sedante.

Me quedo con los dos jóvenes y Rodrigo. Están temblando, sobre todo la chica que no puede ocultar su llanto. Termino de darle unos puntos en la pierna y la acompaño con cuidado a la sala de espera donde sus padres acaban de llegar.

—Rodrigo, termina la cura del chico. Solo tiene rasguños. Con desinfectar la herida es suficiente, pero inspecciona por si tiene otros golpes —le digo con autoridad al enfermero novel. Él asiente con felicidad. Conozco esa sensación de sentirse útil.

Me dirijo a la sala y veo que se trata de padres jóvenes. La abrazan. También ellos están asustados. La misma escena se repite más tarde cuando Rodrigo saca al otro chico. No obstante, pasados los primeros abrazos nerviosos, puedo apreciar en sus rostros el alivio interno de saber que sus hijos están bien y que es el amigo al que van a operar de la cabeza por una herida grave. Nadie expresaría este sentimiento en voz alta, pero en el fondo, todos pensaríamos igual si nuestros seres queridos sufrieran un accidente de esta índole.

En cambio, esta imagen de alegría y nerviosismo contrasta con el disgusto y la desolación de lo padres del chico que va a ser operado. La madre, un tanto mayor, mira con envidia los abrazos de esas familias de los amigos de sus hijos. Ellos están ahí y su hijo a punto de ser intervenido en la camilla del hospital.

—¡Mario, se llama Mario! Es un buen chico, ¿sabe? —me dice su madre con los ojos llorosos. Intenta justificarme por qué ha de seguir viviendo y por qué hay que salvarle la vida.

—¡Por supuesto, estoy segura de ello! —le contesto. Y realmente, lo pienso. ¿Por qué iba a ser un mal chico? Un adolescente, como tantos, saliendo con sus amigos por ahí, abriéndose a la vida, divirtiéndose...

En esta profesión me ha tocado hablar con muchas familias. Con algunas, para darles buenas noticias. La curación de un familiar, el alta médica… Pero en otras ocasiones, he tenido que ayudar al médico a comunicar noticias dolorosas: el resultado negativo de unos análisis, complicaciones en una intervención… e incluso a veces el fallecimiento de una persona por la que no se ha podido hacer nada.

Nuestro oficio es así. Además de curar, cuidar, coordinar, animar, ayudar, enseñar… también toca transmitir buenas o malas noticias, lo que finalmente nos dota de una gran intuición para reconocer cómo son las personas y anticiparse a sus reacciones.

Al menos eso es lo que opina mi amiga Leo, psicóloga y terapeuta del hospital. Eso dijo en la última charla que nos dio dentro del seminario de *Atención al paciente y buenas prácticas sanitarias* hacía un par de meses. Nos aconsejó no llevar nuestro trabajo al ámbito

personal, pero resulta bastante difícil no hacerlo.

Tengo que deciros que ella, en cambio, predica con el ejemplo. Fuera del hospital en su cabeza solo hay hombres, viajes, fiestas, comilonas… Siempre parece feliz, una mujer de nuestro tiempo, fuerte y segura de sí misma. Todo lo contrario a mí, para qué nos vamos a engañar. Por ello, imagino que nos complementamos muy bien porque a ella le parece que yo soy muy sensible, así que hacemos un buen tándem y la enfermera jefe, lo sabe. De hecho, nunca nos pone juntas en el turno. Eso forma parte de su técnica para fastidiarme. Os la nombro porque ahora mismo la echo de menos. Si estuviera ella seguro que tendría mejores palabras que yo para atender a las familias y a los chicos del atropello. Todavía no son conscientes de lo grave que está su amigo. De hecho, sé que se debe al alcohol que han consumido.

—¿Es necesario que nos quedemos? ¿Nos podemos ir? —me pregunta la madre de la joven con los ojos empequeñecidos de llorar.

—Sí, no revisten heridas de gravedad y han pasado dos horas de observación. Desde la Policía nos han transmitido que ya tienen su declaración, así que en el hospital ya no hacen nada.

—¿Pero cómo está Mario? —me pregunta la chica.

—En buenas manos —le respondo con seguridad—. Esperando a ser operado de urgencia. Aquí ya no hacéis nada, mejor marcharos a casa y mañana podéis llamar para preguntar por su estado de salud.

El padre de la chica la agarra de la cintura, pues tiene dolor en las piernas y no puede andar bien. Se dirigen a la puerta de salida con la resignación en su rostro.

Se vuelve la madre y musita un «gracias» que me sabe a miel.

Pero volvamos a esa sala de espera.

La madre del joven Mario está muy angustiada. No está maquillada y lleva la ropa un poco mal ajustada. De hecho, la blusa no está bien abotonada. ¡Seguro que ha saltado de la cama al recibir el aviso del atropello por parte de los amigos! Se le ve una mujer tímida. Pequeñita, arrugada sobre sí misma, apretando un bolso con las dos manos que reposa sobre sus rodillas. Como si en ese bolso fuera toda su vida y ella se aferrara a él para no perder el equilibrio ni el control.

No ha podido evitar mirar con ojos de envidia a las dos familias. Solo ha podido ver a su hijo un minuto y no estaba consciente. No ha podido decirle que estaba allí, con su padre. Que le quieren.

Y mientras, el marido sigue de pie, inalterable. Parece que ha construido un muro entre él y el mundo exterior. Le miro y me doy cuenta de que no es capaz de abrazar a su mujer o calmarla, pero los hombres de esa generación son de esa pasta. No *pueden* expresar nunca debilidad.

Me agacho junto a la señora y le susurro cogiéndole de la mano:

—¡Todo irá bien! Su hijo es muy joven y eso puede ser una ventaja para soportar la intervención y para su recuperación —le digo para tranquilizarla.

Ella asiente con la cabeza y me dirige una mueca parecida a una sonrisa. Es tal la rigidez de su rostro, que no puede ni sonreír. Creo que tendré que estar pendiente porque no me extrañaría que necesitara algún sedante para soportar la tensión. Parece que va a tener un ataque de ansiedad en cualquier momento, a juzgar por su respiración acelerada.

El sonido del busca interrumpe el momento:

—¡Claudia! ¡Problemas con la chica que se cortó las venas esta mañana! ¡Está gritando tu nombre! —exclama la voz de Miguel inconfundible.

Me excuso ante la madre que vuelve a sumirse en ese limbo emocional y salgo de la sala. Recorro rápidamente los pasillos que me conducen a donde está la chica. Tengo mucho calor y noto que estoy sudando. En este trabajo no hay respiro y es difícil controlar las emociones.

Oigo gritos y cuando me acerco, veo a dos enfermeros que se debaten con la paciente. ¿De dónde sacará la fuerza? Se encuentra fuera de sí. Grita y lucha por deshacerse de los dos hombres que intentan sujetarle los brazos. Ha destrozado las dos vías y la sonda del gotero yace esparcida por el suelo.

No pregunto, sé lo que debo hacer. Me dirijo al botiquín y vuelvo con una jeringuilla. En estos momentos es imposible calmarla de otro modo. Está en *shock*, en negación de lo ocurrido. Parece una presa cazada de improviso.

—¡Tranquila, cariño! ¡Todo irá bien! —murmuro mientras me acerco ocultando la aguja—. ¡No te pongas nerviosa! ¡Estoy contigo, no pasa nada!

Agradezco que estén Miguel y Rodrigo. Yo soy muy menuda y de cualquier golpe puede tirarme al suelo. No sería la primera vez que me pasa. Los enfermeros mientras han conseguido atarla a la cama. Sé que os sonará bastante desagradable, pero a veces hay que recurrir a esto para evitar que los pacientes se autolesionen o lesionen a alguien.

—¡Endiablada cría! ¡Me ha arañado la cara! —grita Rodrigo muy enfadado. Efectivamente un arañazo le surca la mejilla y varias marcas rojas recientes sobresalen de su cuello como resultado del forcejeo. Se nota que es novato porque no sabe cómo interceptar los golpes y cómo inmovilizarla. Miguel se lo indica.

La chica vuelve a gritar y a hacer movimientos violentos para desatarse. No lo consigue. Su cabeza, seguida de una melena rebelde, se agita de una manera convulsiva. Le hago una seña a Miguel y la agarra del hombro. En ese momento le administro el sedante. No se lo

esperaba. Se queda mirándome con extrañeza.

—No te asustes, no pasa nada. Estás muy nerviosa y para que no te hagas daño te he administrado un tranquilizante —le digo sin estar segura de que pueda entenderme—. Con él vas a poder descansar un poco. Mañana hablaremos, si quieres, y me cuentas qué te pasa. Ahora lo que necesitas es descansar. Confía en mí, pequeña. Te vas a poner bien y todo se va a arreglar.

Le acaricio el pelo mientras el peso de los párpados hace que los vaya cerrando lentamente como una balada musical que va a llegando a su fin en una cadencia limitada.

—¿Cómo ha ocurrido? —les pregunto. Toma la palabra Miguel.

—Rodrigo se ha acercado para vigilar los vendajes de las muñecas y comprobar si sangraban o no. Aparentemente estaba dormida, pero en un segundo, le ha arañado con la mano y se ha agarrado al cuello como para hacerle daño. Él le ha apartado la mano, pero con la otra, la chica se ha arrancado el gotero y ha comenzado a chillar y a agitarse para intentar incorporarse.

—¡Como si quisiera escapar, me imagino! —intervengo, deshaciéndome del algodón y la jeringuilla.

—¡Así es! Y ha comenzado a gritar tu nombre, o el de alguien que se llame Claudia como tú. Por eso te hemos llamado al busca. El resto, ya lo has visto. Parecía poseída. No sé dónde se creía que estaba.

—Rodrigo, déjame ver las heridas ¿estás bien? —le pregunto mientras se limpia el sudor con un pañuelo—. ¡Vaya marca te vas a llevar a casa! No sé qué va a pensar tu novia.

Le miro con complicidad, pero no sonríe ni está para muchas bromas, a mí me ha dado por sonreír y buscar al lado cómico de las circunstancias, supongo que como reacción humana a la tensión de esta noche.

—¡Un día de estos, lo dejo todo! ¿Lo entendéis? TODO. Y me compro una casa en un pueblo, a criar lechugas y tomates y vivir de ello el resto de mi vida. ¡Sin aguantar a nadie!

—¿Te imaginas a este querubín de agricultor? —le pregunto a Miguel mientras ordena la cama y los objetos que la chica ha tirado al suelo.

—Sí, con esas camisitas elegantes que le gusta llevar cuando sale con su *churri*. Ahora tendrá que acostumbrarse a llevar una boina o una gorra para el sol.

Miguel tiene un gran sentido del humor y no pierde ocasión para tomar un poco el pelo al nuevo porque es excesivamente serio y sin querer, quizás por el exceso de tensión, mete la pata continuamente.

El sonido del busca me vuelve a interrumpir. Esta noche, todo se está complicando. No hay ni un minuto de descanso.

Cuando oigo ese pitido mi cerebro se detiene. La risa desaparece. Es

la llamada de la realidad. Este pitido me paraliza siempre que lo percibo. Os aseguro que lo tengo tan interiorizado que cuando estoy de descanso o de vacaciones me parece oírlo infinidad de veces, como si el cerebro me jugase una mala pasada.

—¿Sí? —respondo rápidamente.

¡Vaya! Escucho la voz de la enfermera jefe. Está aquí en el hospital. No le envidio nada. Supongo que habrá venido debido al atropello de los tres jóvenes. Cuando ocurre algo así, los periodistas vienen al hospital y es mejor que estemos al tanto para que no publiquen cualquier dato sensacionalista. También pienso que ha venido porque se encarga Benjamín de la operación.

—¡Ven inmediatamente! El doctor Benjamín Lorenzo ha pedido que le asistas en la operación. Las cosas no van bien —me ordena con voz seca y autoritaria. Esa voz me llega siempre como puñales afilados porque cuando habla parece que los lanza uno tras otro.

—Voy —le contesto yo también de forma escueta.

La intervención no es fácil y Benjamín sabe que soy enfermera y médico y puedo ayudarle en este momento. El chico sufre traumatismo craneal y hematomas de varios tipos, aunque no estoy segura de que la lesión haya alcanzado la espina dorsal.

—Os tengo que dejar. No sé cuándo estaré disponible, asisto en una operación. De momento esta joven no os va a dar problemas, al menos en unas horas —les confirmo.

Voy directamente a prepararme. No hay tiempo que perder. Me pongo el gorro de flores que uso en el quirófano, las calzas y un nuevo traje esterilizado y me lavo las manos. Lo hago en pocos minutos y entro.

Capítulo 6. ¡Los minutos son horas!

En ese instante, un enfermero retira el sudor de la frente de Benjamín. La intervención ya ha comenzado. Sin apartar la mirada, me explica lo que ha intentado hacer y veo que las constantes son muy débiles.

—Claudia, el impacto ha sido tremendo. Sufre traumatismo cerebral y fractura presionada. Hay varios pedazos de cráneo que le están presionando el tejido cerebral y le han provocado una hemorragia. Si el chico logra sobrevivir tendrá daños irreversibles para siempre. He logrado pararla, pero todo el tejido está muy dañado.

—Ya veo, hematoma subdural imagino. Lo importante es haberla detenido. Es todo cuanto podemos hacer. El resto ya dependerá de su fortaleza y de Dios —le digo para tranquilizarle. Aunque a veces, que nombre a Dios no le gusta mucho ni a él, ni a muchos médicos.

A Benjamín, como a todos los cirujanos, le encantaría poder solucionarlo todo, pero en este caso, es cierto que, si el chico sobrevive, sufrirá secuelas irreversibles.

—¡No! ¡No es todo lo que podemos hacer! ¡Seguro que podemos hacer más! ¡Sujeta aquí! —Benjamín se resiste.

Mientras, los otros enfermeros retiran todas las gasas empapadas de sangre y disponen el material controlando los monitores. El doctor Benítez observa la situación desde el otro lado del quirófano, en una sala acristalada que se utiliza para que los estudiantes de medicina puedan observar y aprender de las intervenciones reales.

Hace tiempo que el doctor Benítez perdió un poco de pulso y no se atreve a realizar cirugías complicadas, pero cuando se lo permiten, se adentra en las operaciones para dar su opinión o ayudar. Esto no le suele gustar a los doctores nuevos y menos a la jefa, pero sí a

Benjamín.

—«Cada uno debe saber estar en su sitio» —repite como un robot la enfermera jefe una y otra vez.

Benjamín fue su discípulo y el propio doctor Benítez le enseñó a realizar intervenciones muy complicadas. Un día el aprendiz superó al maestro y el maestro, lejos de sentirse mal, se sintió feliz y orgulloso de ello. Es un gran hombre y un gran ejemplo para todos.

—¡Cuidado, las constantes están bajando! Hay problemas con su presión arterial —grito con voz tensa y nerviosa—. ¡Le estamos perdiendo!

—Parece que se ha abierto otra hemorragia en el interior. Hay hematoma intracerebral ¿cómo es posible? —se lamenta Benjamín.

Tras el cristal miro al doctor Benítez y creo escucharle:

«Vista la herida, me temo que no podemos hacer nada. Esta hemorragia es demasiado profunda. No podemos llegar hasta allí», parece sentenciar el doctor con el rostro ensombrecido.

—¡Lo perdemos! —vuelvo a gritar.

—¡No! ¡Tenemos que hacer algo! —grita Benjamín con contundencia.

Se oye el sonido lineal cuya forma gráfica es una raya. Y el silencio se apodera del quirófano. Solo se oye ese pitido maldito. Reaccionamos con rapidez y estamos preparados para la resucitación cardiopulmonar: 1, 2, 3… 1, 2, 3… 1, 2, 3… NO hay respuesta. Pasan 10 minutos, 15 minutos, 20 minutos. Benjamín sigue intentándolo desesperadamente. Le miro, dice que debemos continuar. En el fondo todos sabemos que es una locura. Todo está perdido. El doctor Benítez coloca su mano con autoridad sobre el cristal y baja la mirada. Quita su mano, pero la huella envuelta en vapor sigue allí impresa como el alma del chico que escapa deslizándose de nuestros dedos.

Benjamín cierra el puño y aprieta los ojos con rabia. Le gotea el sudor que le ha empapado los bordes de la mascarilla quirúrgica. No puede apartarse del chico y nadie sabe qué hacer.

Me acerco lentamente y poso mi brazo sobre el suyo que sigue intentando hacerle un masaje cardiovascular.

—Ya se ha ido, déjale marchar. Hemos hecho humanamente lo que hemos podido. No somos dioses Benjamín, nosotros no decidimos quién vive y quién no —le repito varias veces para convencerle.

El panorama es desolador. Siento que a mí también se me desgarra algo en el interior. Se me cae una lágrima. Es… *era* muy joven. Pero no puedo quedarme paralizada. Hay que cerrarle la herida y poner en marcha todo el protocolo. Y lo más difícil: hay que comunicarlo a sus padres.

—¡Puedo acompañarte para hablar con los padres! —me ofrezco sin pensar. Benjamín está muy afectado y quizás yo pueda ser útil.

—¡No, iré yo solo! Yo le he operado. Es mi responsabilidad.

Así es él. Duro como una roca, a veces impenetrable, pero siempre valiente. Ojalá yo tuviera esa fuerza, pero no, soy consciente de que tendré otras habilidades, pero no esa.

Sale del quirófano y arroja la mascarilla al suelo. Se lava las manos con furia y se seca. Yo hago lo mismo y le miro. Cruzamos nuestros ojos y nuestro dolor y nuestra impotencia se hacen uno. En esos momentos solo hay silencio. No existen palabras que puedan consolarnos. Simplemente nos apoyamos con la mirada. Yo intento transmitirle un poco de calma. Él solo siente la rabia de no haber podido salvar una vida en esta ocasión.

Coge aire y sale de la sala. Pasan unos segundos mientras me desprendo yo también de las calzas. ¡Ya está! Oigo el grito de la madre y el llanto desconsolado del padre que no puede evitar elevar su dolor en alto. ¡Nunca me acostumbraré a esto!

Detrás de mí el doctor Benítez que se ha acercado, también contiene la respiración. Vuelvo a repetir en mi mente esa frase: «Hemos hecho lo que hemos podido». Y yo también me quedo con la duda interna de si realmente es todo lo que hemos podido. Los miles de «y si» vuelan en mi cabeza: ¿y si hubieran traído al chico antes? ¿Y si se hubiera podido apartar del coche? ¿Y si se hubiera controlado antes la primera hemorragia?

Pero todos esos pensamientos no conducen a nada, ni en esta situación ni en ninguna otra.

A veces los médicos y enfermeras nos sentimos poderosos. Pensamos que solo nosotros somos los responsables de la salud porque estamos programados para curar. Pero cuando esto no ocurre, la frustración es terrible. Trabajar con personas es muy duro, como dice Leo, mi gran amiga y terapeuta del hospital. Según ella, los profesores y los médicos somos de los cuerpos que más sufrimos en nuestra profesión y ese sufrimiento es proporcional a nuestro nivel de implicación…

Benjamín estará unos días mal, le conozco bien. Necesita su tiempo para superar lo que él llama directamente fracaso. No hay fórmulas mágicas para estas situaciones. En mi mente, guardo los consejos de Leo que dice que «es necesario admitir que la cosas, a veces, acaban mal porque solo así se puede seguir hacia adelante. Solo así conseguimos llenarnos de energía para seguir siendo fuertes y poder afrontar nuevos retos».

Sé que me he detenido un poco en este punto, pero es un momento difícil. ¿Recordáis lo que os expliqué al principio de por qué preferí estudiar Enfermería? Yo no soy tan fuerte como Benjamín ni como el doctor Benítez. Yo no podría asumir la responsabilidad de la muerte de un paciente. De hecho, aquí estoy llorando en silencio, en lugar de

continuar mi turno. Me he quedado vacía y desbordada a la vez.

El doctor Benítez me toca el hombro y me susurra:

—Ánimo Claudia, las cosas a veces, son así. —Me mira, pero no soy capaz de articular una respuesta. Entonces, posa sus manos sobre mis hombros con delicadez y mirándome fijamente, afirma:

—Del infierno, también se sale.

Capítulo 7. ¡Buenos días, princesa!

Miércoles, 4 de noviembre.

Son las 15:00 h. Tengo que repetirme el día y la hora porque con los turnos a veces me desoriento. Hoy tengo el día libre. ¿Qué os parece?

Bueno, el día libre es un decir porque después de la noche de ayer he pasado toda la mañana durmiendo. ¡Fijaros si he dormido profundamente que cuando he abierto los ojos, no sabía qué día de la semana era ni qué había ocurrido la noche anterior! ¡Os lo prometo!

Estoy en la cama. No sé a vosotros, pero a mí me gusta quedarme aquí unos minutos antes de levantarme. He puesto en el móvil esta canción *Buenos días, princesa* de Pol 3.14. La música me ayuda muchas veces a levantar el ánimo.

Lo aprendí de pequeña para evadirme de los problemas. Ponía música y todo acababa y todo era como yo quería que fuese. ¿Os acordáis del triste episodio del escupitajo sobre la mesa de doña Teodosia del que la líder de mi clase no pudo salir impune? Os dije que os contaría cómo doña Teodosia se había enterado de todo.

Tras mi paso por el hospital, aproximadamente dos meses y medio, tuve que volver a la realidad del colegio. La suerte es que ya solo quedaba un mes para dar por terminado el curso escolar y a mí me habían retrasado los exámenes para ayudarme a atrapar al resto de la clase. Bueno, es un decir. En el hospital, le pedí a mi madre que me trajera los libros y me dijera los deberes cada día y las profesoras hicieron un buen trabajo. En esa época no había internet ni teléfono móvil, así que la comunicación tenía que realizarse por teléfono fijo. Sí, ese colocado en una mesita o colgado de la pared, del cual uno no se podía despegar mientras durara la conversación.

A pesar de esta incomodidad, o bien mi tutora (doña Enriqueta) o bien la propia doña Teodosia se preocupaban de llamar a mi casa para dar cuenta de todos los contenidos que se habían trabajado en las clases, una vez por semana.

Hubiera sido más fácil que alguna compañera me los hubiera facilitado, pero dada mi popularidad, le dije a mi madre que no me fiaba de ninguna amiga y que, por favor, lo pidiera directamente a las profesoras. Siempre me ha dado vergüenza contar a mis padres que las niñas en el colegio me despreciaban. Y siempre lo oculté para evitar revivirlo si debía verbalizarlo a mis padres. Prefería jugar el papel de insociable a que supieran que todas las compañeras me odiaban y me menospreciaban.

Todavía me pregunto cómo puede ser que mis padres no se dieran cuenta de lo que sufría. También es verdad que en esos tiempos y con tantos hermanos, no se estaba tan pendiente de estas cosas, solo de los resultados escolares y en mi caso, eran brillantes. Nadie podía sospechar nada en casa. En el colegio creo que tampoco, aunque no estoy segura.

Antes no se denunciaba. Quienes sufríamos este maltrato, estábamos solos. Eran «cosas de niños».

Pero no quiero desviarme. Volví muerta de miedo al colegio. En la puerta, dando la bienvenida y vigilando la entrada estaba doña Teodosia. Fuera de todo protocolo, nada más verme, me abrazó. Fue el primer abrazo que recibí en el colegio. La primera vez que alguien me mostraba afecto de verdad.

—¿Qué tal estás, Claudia? Te has quedado muy pálida… ¿ya estás recuperada del todo? —me preguntó mirándome con ojos escrutadores por encima de sus gruesas gafas. Yo creía que eran lentes especiales, pues con ellas veía cosas que nadie más percibía, estaba segura.

—Sí, doña Teodosia —respondí con corrección.

—¡No sé! Yo creo que no estaría de más que estos primeros días no salieras al recreo porque, aunque la temperatura es buena, hay muchas corrientes y tú estás ahora muy delicada.

—¿Cómo lo sabe? —me atreví a preguntar.

—Lo sé porque hay que fijarse en las evidencias. El color de tu piel es muy pálido y veo que te cuesta respirar.

—¿Fijarse en las evidencias? —pregunté absolutamente maravillada con el descubrimiento que acababa de transmitirme.

—¡Pues claro, Claudia! ¿Recuerdas el escupitajo que alguien lanzó sobre mi mesa antes de que enfermaras? Te contaré un secreto si no se lo dices a nadie.

Las filas con las niñas, ya habían subido, pero yo acompañaba a doña Teodosia a cerrar las puertas de abajo. Siempre se encargaba una alumna y ella me eligió ese día a mí, aunque yo no pude ayudarla

mucho. Yo estaba sorprendida ante esas confidencias de mi profesora.

—¡Vale, no se lo contaré a nadie!

—Ese día, cuando me enfadé y pregunté por la culpable, hubo una compañera tuya que hizo un gesto raro y miraba al suelo. Al seguir preguntando, se puso roja, una evidencia difícil de ocultar, y cuando me fijé en su jersey azul marino, vi que había manchas húmedas como rastros de saliva.

Abrí los ojos como platos. ¡Así se había enterado doña Teodosia! En realidad, nadie había traicionado a la líder, aunque todos me culparon a mí. ¡Si ella supiera lo que aquello me costó! Por un lado, una enfermedad grave, pero por el otro algo maravilloso. Se había introducido en mí el germen de mi vocación por la medicina.

Lejos de asustarme, la vida del hospital me fascinó. Esos frascos llenos de medicamentos milagrosos y pastillas de todos los colores. Esos aparatos para escuchar el corazón, tomar la tensión, ver más allá de las pupilas. El sonido del carrito con el desayuno, la comida o la cena y la consiguiente sorpresa. ¿Qué habían preparado ese día? Y sobre todo el cariño del equipo médico, de los médicos, enfermeros y auxiliares. Y aquí estoy. Ahora es mi vida.

Me acabo de preparar una ensalada. La verdad es que debería ir a comprar al supermercado porque estoy en las últimas, pero ¡me sabe tan malo invertir mi día libre en eso!

Enciendo la televisión a ver qué ha ocurrido y veo las noticias. Sale el atropello de los chicos y se informa de la muerte de uno de ellos. Luego la periodista pasa a la siguiente noticia sin cambiar la expresión de la cara. Acaba de decir que ha muerto un chico joven y parece que estaba hablando de un camión de patatas. La falta de sentimiento o sensibilidad a la hora de informar sobre muertes o catástrofes y desgracias del mundo, me escandaliza.

Al oír esta noticia, me viene a la cabeza la madre, y me pregunto cómo estará soportando esta situación y cómo vivirán ella y su marido a partir de ahora con una ausencia tan desgarradora. Nadie está preparado jamás para una desgracia así. ¿No opináis como yo? Por mucho que lo sepamos, nadie estamos preparados par soportar la muerte y mucho menos una muerte repentina de alguien joven. Lo que me lleva a pensar en la chica que se cortó las venas el otro día. ¿Qué habrá sido de ella? ¿Habrá venido su familia a buscarla? Supongo que ahora ya se encontrará bien, al menos físicamente, ya que en el último turno la dejé en planta, fuera de peligro.

Le he escrito un mensaje de WhatsApp a Benjamín. Le mando siempre un emoji con carita de ánimo cuando las cosas van mal. Tras situaciones de estrés desaparece unos días. Luego aparecerá como si nada hubiera ocurrido. Nadie hablará del tema como un pacto asumido, pero no escrito. A veces es como el Guadiana. Desparece sin

dejar rastro. Nunca dice dónde va y reconozco que esa parte misteriosa me suscita mucha curiosidad. Sé que tiene un hermano jurista y no tiene padres. Sé que tiene muchos amigos extranjeros porque a veces le he oído hablar en las salas de descanso en inglés. Pero eso se debe a que viaja mucho. Todo el dinero que gana lo gasta en viajes y caprichos caros. La verdad es que no sé de dónde saca tanto dinero porque el sueldo de médico es alto, pero como para darse esos caprichos… Tal vez tenga dinero heredado porque sé que proviene de una familia importante de Zaragoza. En fin ¡qué más da! Benjamín es un buen compañero… Yo no habría resistido en este hospital con esta jefa tan inepta de no ser por su apoyo.

Llamaré a mi amiga Leo que no recuerdo si está de guardia en el hospital o si está libre. En este último caso, podríamos quedar para dar una vuelta y tomar algo. Tengo que contarle lo del chico de ayer y lo de la chica suicida. Imagino que si ha ido al hospital se habrá enterado de todo. Es la terapeuta.

Leo, mi pelirroja, también es soltera como yo, pero mucho más abierta. De hecho, es soltera porque quiere. Le encantan los hombres y se aburre enseguida de salir con ellos por eso no hay quien la sujete a una relación. Es curioso porque, en cierta manera, me recuerda a Benjamín en versión femenina. Estatura media, ojos verdes, cara salpicada de pecas traviesas y un cuerpo muy voluptuoso. Nada que ver conmigo. Sale con todos los hombres que quiere, se apunta a todos los saraos y se va de viaje sola volviendo con miles de *amigos* agregados a su WhatsApp. No es especialmente guapa, pero Leo tiene un carácter que arrastra. Y luego estoy yo, soñadora, romántica y filántropa, absolutamente ajena a las fiestas y saraos, viviendo solo con mi trabajo, la lectura, el teatro, ahondando en mi tiempo libre en mis sentimientos y con el gran defecto de no avanzar más en la vida y no tener aventuras por miedo. Me cuesta escribirlo, pero es cierto.

Alguien llama a la puerta. Me extraña un poco, no espero a nadie. Se habrán equivocado. Dejo pasar unos minutos y me decido a levantarme para abrir la puerta. Igual es Benjamín… aunque lo dudo.

—¿Quién es? —pregunto sigilosa.

Me da miedo abrir. ¡Qué tontería! ¿Por qué me iba a dar miedo si no es de noche? Nunca abro sin preguntar quién es. Nadie responde. No veo a nadie a través de la mirilla. Supongo que se habrán confundido. Abro, por si acaso, y la escena me espanta. ¡Dios mío! ¿Qué es esto? Alguien ha dejado en el rellano una bolsa de plástico. La examino y veo dentro un pájaro al que le han cortado la cabeza. De la impresión, se me ha caído al suelo y he cerrado la puerta. Me han dado arcadas y voy al baño a vomitar. ¿Pero a quién se le ha podido ocurrir tal atrocidad?

Vuelvo más calmada al rellano y veo que bajo mi puerta alguien ha

deslizado un papel con un símbolo extraño. Una estrella de cinco puntas. Ahora sí que no entiendo nada. ¿Esto es real?

Me suena el irritante sonido de notificación de WhatsApp del móvil. He recibido un mensaje de Leo:

> LEO ١٧:٣١h
> «Llama cuando puedas».

Estoy aterrada, así que llamo a Leo inmediatamente. El corazón me late a mil por hora y los dedos buscan torpemente el contacto de Leo. No logro verlo. Ahora sí. Pulso la tecla y la llamo:

—Leo, acaban de llamar a mi puerta y no era nadie. He abierto y me han dejado en la puerta un pájaro con la cabeza cortada y un papel con una estrella de cinco puntas. No sé si llamar a la Policía —le digo casi sin respirar atropellando mis palabras.

—Que te han dejado en la puerta ¿qué? —me pregunta incrédula —. ¿Es una broma? ¿Qué me estás contando?

—Lo que has oído. Me tiemblan las manos y acabo de vomitar, pobre pajarillo. He ido al salón y me he sentado en el sofá. Me tiemblan las piernas.

—Clau, eso será una broma de los críos que viven por el barrio. ¿Qué otra cosa podría ser? —me dice con la voz tranquila para infundirme calma.

—Sí, supongo que eso será —le contesto un poco más tranquila. Miro la bolsa que se ha quedado tirada en la entrada y que puedo distinguir desde aquí con la puerta semiabierta.

—Lo mejor que puedes hacer, es decírselo a tu portero por si sabe algo, pero vamos, quitando la crueldad y mal gusto, es una tontería.

—¿Y esa estrella? ¿Eso qué es? ¿Qué significa?

Leo responde casi riendo. Eso me enfada, pero en el fondo me devuelve la tranquilidad. Pasado el susto y la impresión, realmente no tiene sentido.

—¡Venga ya Claudia! ¿Una estrella? Ja, ja, ja qué poca imaginación tienen tus vecinitos. ¿No ves que es una broma de críos? Seguro que se trata de algún juego de esos de pistas o como se llamen o ¡vete tú a saber! Será el último reto de internet.

—Si tú lo dices, Leo —le respondo de mala gana—. La verdad es que no entiendo ese tipo de bromas de mal gusto y menos cuando hacen daño a un pequeño ser vivo inocente. ¡Hay que ser brutos! Creo que esto traspasa todos los límites. No entiendo esa crueldad gratuita. Por mucho que sean niños deberían tener un poco más de empatía con el sufrimiento de seres vivos. De todas formas, hablaré con las madres de los niños del bloque (imagino que se trata de los que viven en el primero, que son familia numerosa) para que sepan lo que van

haciendo por ahí, si es que han sido ellos, pero por lo menos, les pongo sobre aviso. Afortunadamente solo hay niños en dos casas y en la del quinto, solo viven dos niñas muy educadas. No creo que hayan sido ellas.

—Por cierto, Leo, perdona, me decías que te llamara urgente, casi lo olvido. ¿Qué te pasa?

—Sí bueno, tengo novedades. Estoy en la consulta del hospital. Todo está revuelto. Parece ser que han iniciado una investigación policial, pero se supone que todo es secreto. No te puedo decir quién, pero me han dicho que tiene algo que ver con material que ha desaparecido de los laboratorios. ¡Vete tú a saber si es que han cambiado algo de sitio y están montando un drama! ¡Ah! Y la *víbora jefe* quiere hablar contigo por la operación de ayer, seguro que tienes un mensaje de ella. —Aunque no la veo, puedo sentir que el rostro de Leo se ilumina en este momento. Le encanta contarme cotilleos—. Pero lo mejor, adivina a quién han traído a mi consulta.

—Luego veré el mensaje del hospital. Ya sabes que tengo a la jefa silenciada. A veces la silencio un rato. No la soporto y menos que me interrumpa en mi descanso. Pero déjate de historias y cuéntame a quién te han llevado. —¡Qué manía tiene Leo de preguntar la información que sabe que tú no sabes y que está deseando contarte!

—¡Me han traído a la chica que se intentó cortar las venas el lunes! Creo que fue en tu turno, bruja, y no me dijiste nada. ¡Terapia urgente porque ayer por la noche intentó escapar!

—¡Vaya! ¿Intentó escapar? ¿A qué hora? Cuando estuve yo montó un pequeño número de histeria, pero le administré un calmante. Luego tuve que ir a quirófano y ya no pude regresar —confieso—. Precisamente te lo iba a contar hoy pero con el jaleo que ha habido con los chicos del atropello y la noche que he pasado... no me ha dado tiempo.

—Por lo visto, cuando se le pasó un poco el efecto, intentó ponerse de pie diciendo que si no se iba, vendrían a por ella. Miguel y el chico de prácticas se encargaron de convencerla, de que la vigilarían y de que nadie se la iba a llevar a ningún sitio y parece que se calmó. Pero eso es una cosa y lo que realmente me extraña es lo que ocurrió a la entrada.

—¡Cuenta! —le animo con mucho interés.

—Entre el tumulto de periodistas y familiares por lo del atropello de la noche, los guardias de seguridad interceptaron a dos hombres altos y trajeados que intentaron colarse fuera de las horas de visita. De hecho, fue una situación muy tensa. Comenzaron a dar voces. Finalmente, tuvieron que acudir algunos enfermeros que estaban libres por allí para ayudar a los guardias de seguridad pues comenzaron a ponerse violentos. No dijeron a quién querían ver, pero

al ponerse la situación difícil, se marcharon. Parece ser que la de recepción les dijo que en seguida iba a venir la Policía y eso les hizo retroceder en su discusión. ¿Te imaginas? Parece una escena sacada de una película. Y tenían un acento extranjero, como rumano o ruso o algo así.

—Qué extraño. Mira que llevo años trabajando aquí y es verdad que a veces han venido familiares en un tono exigente y ha habido que frenarles un poco, pero así en plan matón... ¿Y no se sabe nada más de ellos? ¿Se fueron y ya está?

—Verás, dice la de recepción que al oír la palabra «Policía» se miraron y parece que uno hizo un gesto al otro como dámdole la indicación de abandonar la discusión. La cuestión es que se marcharon. Nada más. Pero nos ha dado un poco de intranquilidad pensar que cualquiera puede colarse en nuestro hospital y no sabemos con qué intenciones. Hoy hemos tenido por la mañana una reunión urgente con el director y la enfermera jefe para estar atentos y extremar las medidas de seguridad. Deberemos comunicar rápidamente cualquier conducta sospechosa que percibamos entre la gente y los familiares de los pacientes. Por lo visto ahora lo llaman «protocolo de seguridad laboral». El hospital, por su parte, lo ha comentado a la Policía y les ha pedido medidas efectivas de seguridad, pero no ha sido un buen momento para proponerlo porque también hubo ayer un grupo de amigos radicales del chico fallecido que querían ir a por Benjamín para agredirle. Dicen que lo ha matado él en la operación. Finalmente, los policías se quedaron fuera vigilando cuando vieron el lío de gente, periodistas, los hombres trajeados, los enfermeros y guardas de seguridad gritando... ¡Un auténtico jaleo! Yo creo que muchos pacientes se fueron a casa para pedir cita otro día, no te digo más. Así están las cosas.

—No entiendo nada, Leo. Me parece todo una locura. ¿Qué está pasando en esta sociedad? —pregunto mirando a la nada—. A veces la vida es todo rutina y otras veces, en décimas de segundo, todo se vuelve del revés.

—¡Lo sé! Yo también tengo la misma sensación. Imagínate que he venido esta mañana tan tranquila para aplicar unas técnicas de reiki[1] y mira con lo que me he encontrado. Cuando he conseguido entrar a mi despacho, me han traído a la chica suicida.

Leo se crece contando noticias nuevas. Su tono de voz se eleva y habla sin parar, sin interrupciones, preguntando y respondiéndose ella misma. Es un torbellino. Y me encanta, porque yo soy justo todo lo contrario. Con su forma de relatar las cosas me contagia su sentido del humor y su visión más positiva de la vida.

—¿Sí? Y ¿qué te ha contado? ¿Quién es? ¿Qué le ha pasado? —le pregunto ansiosa. Por fin un acierto por parte de la enfermera jefe. Sin

duda la joven debe necesitar ayuda psicológica y además ayer estaba sola…

Esta vez Leo frena su verborrea. Suspira y prosigue tras una pausa.

—No lo sé. Ha ido todo bastante mal —confiesa con resignación y un tono de fastidio.

—¿Por qué?

—Apenas ha despegado los labios. Se ha sentado y me ha dirigido una mirada de desconfianza durante toda la media hora que he aguantado con ella. No sabemos su nombre, de dónde procede, ni por qué se encuentra en esta situación. Se ha negado a hablar. Yo, la verdad, no me fio mucho de ella. He examinado sus pupilas y me he fijado en sus gestos y te aseguro que estaba tan lúcida como tú y como yo. No creo que el no hablar sea debido a algún lapsus de memoria o a algún episodio traumático. Creo que no quería hablar porque no le daba la real gana.

—Es extraño. Ayer me pareció una chica dulce, aunque evidentemente, con problemas serios.

—¡Pues qué afortunada eres de que quisiera conversar contigo! —me responde con ironía. Leo es mi amiga, pero a veces tiene sus cosas. Es buena en su trabajo y le fastidia mucho que no le salgan las cosas bien a la primera—. Lo que está claro es que muestra un cuadro de ansiedad y quiere ocultar su identidad y todo lo relativo a su vida.

—Eso lo he visto yo sin ser psicóloga. ¡Algo más podrás decir! —respondí impaciente.

—¡Oye! ¡Si quieres que iniciemos una discusión acerca del respeto al trabajo de los demás, empezamos ahora mismo! —replicó no sin razón.

—¡Es cierto, disculpa! —digo en tono apaciguador y algo culpable —. Es que entre lo de ayer y lo del pájaro de hoy, estoy un tanto nerviosa.

—Está bien —responde en son de paz.

—Me interesa que pudieras darme algún dato más sobre ella en base a su actitud, sus gestos... Tú eres especialista en lenguaje no verbal…

—¡Qué zalamera eres! En fin, ya sabes que no puedo contar nada por secreto profesional pero realmente tuve la percepción de que esa chica tenía miedo.

—¿Cómo miedo? ¿A qué te refieres? ¿A quién o a qué?

—No tengo ni idea. Sin embargo, el lenguaje corporal, como bien dices, habla por sí solo. Su forma de mirar por debajo del mechón de pelo que se coloca como cortina. La forma de esconder las muñecas, como avergonzada… el no contestar a ninguna pregunta… Su boca temblorosa y su forma de respirar entrecortada…

—Bueno, y al final ¿qué ha pasado?

—Le han devuelto a planta tras una llamada, según me han comentado en recepción. Alguien se ha puesto en contacto con la jefa, pero no te puedo decir nada más. Alguien se ha interesado por ella, pero no debe de ser familia. Más bien alguien de asuntos sociales o algo así.

—¡Interesante!… Consígueme el número de habitación. Me pasaré a verla —digo sin pensármelo dos veces.

—Claudia, es tu tarde libre. Mañana te tocará venir. ¡Déjalo para mañana! Sabes que no está muy bien visto visitar a pacientes fuera de la hora de trabajo. Es como interferir en la tarea del resto de personal sanitario. Y, además, si te ve la Víbora, lo llevas claro. Hace tiempo que te está buscando y a la menor metedura de pata, sabes lo que te juegas ¿no?

—Gracias Leo, todo eso ya me lo sé. A la jefa no le tengo miedo. Intentaré pasar desapercibida. No tengo nada especial que hacer hoy y me gustaría verla. No sé, quizás conmigo quiera hablar.

—¡Qué optimista! ¡Oye, tengo que colgar! Me traen ahora otro paciente. Si vienes, pasa por mi consulta.

—¡Claro!

Colgamos.

Vuelvo a mirar el papel con la estrella. Está dibujada en un folio normal, a mano alzada. ¿Qué sentido tiene esto? Igual quien ha querido enviar este mensaje, se ha confundido de persona… Mi nombre no figura por ningún lado. En fin, creo que lo más sensato será hablar con el portero a ver si sabe algo antes de ir al hospital. Porque tengo que ir a ver a la chica. Algo me lo pide en mi interior, no sé por qué. De paso, me armo de valor y tiro la bolsa de plástico a la basura con el cuerpo inerte del pobre pajarito. Aún siento pena por el animal. Esto ha sido lo más brutal que he visto nunca. Pero imagino que los niños habrán pensado que, como trabajo en un hospital, estoy acostumbrada a la sangre. Y no es así. Una cosa es curar a enfermos y otra cosa es no poder hacer nada ya ante la muerte.

Tras arreglarme, pulso el ascensor de casa y bajo a hablar con nuestro conserje. Mejor hablar con él antes que con las madres de los niños como os he comentado antes.

—¡Buenas tardes, don Jaime! Al salir de casa me he encontrado con este papel. —Mejor no le menciono lo del pajarillo, que es muy desagradable—. ¿Usted tiene alguna idea de quién ha podido depositarlo bajo mi puerta?

—¡Qué nota tan graciosa! Y misteriosa, diría yo. Me recuerda a las películas de espías ¿no le gustan a usted? A mí estas cosas me encantan. ¡Una estrella! Y está bastante bien dibujada, qué curioso. Igual busco por alguna enciclopedia de casa a ver si encuentro algún significado ¡Me aburro tanto en la portería! Respecto a si ha venido

alguien… ¡Déjeme pensar! —responde mirando atentamente el documento—. ¡Puede que sí! Esta tarde ha habido bastante movimiento ¿sabe?

---

1 Reiki: terapia natural no convencional de origen japonés caracterizada por la imposición de manos para transmitir una «energía vital universal» (reiki) con el fin de promover la curación emocional o física del paciente.

Capítulo 8. Como pieles de cebolla

Tengo que deciros que don Jaime es bastante mayor. Ya no tanto por los años, sino por su espíritu. Desde que se quedó viudo, envejeció veinte años de golpe. Antes, cuando su esposa vivía, la portería tenía mucho ambiente. Doña Puri era auténtica vitalidad y tenía una capacidad innata para controlar absolutamente todo. Sabía quién entraba, quién salía, los horarios de cada vecino, a qué se dedicaban. Incluso quiénes eran los parientes o amigos de cada uno de los habitantes del bloque. Nada se le escapaba.

Pero yo le tenía simpatía porque siempre sonreía y se preocupaba por todos. El portal relucía como un palacio y cualquier envío o carta urgente, ella la recogía y nos la daba a la hora que fuera evitando hacernos ir de nuevo a la oficina de Correos.

Cuando yo llegaba después del turno de noche, ya oía su voz abriendo la portería y colocando todo en su sitio.

—¡Buenos días, doctora Claudia! ¿Muchos pacientes hoy?

—Doña Puri, que no soy doctora, soy enfermera —le respondía siempre—. Y sí, mucho trabajo.

—¡Ay, virgencita! ¡Las enfermedades nunca descansan! ¡Ojalá tengamos mucha salud! —decía mientras se santiguaba. Pero la vida es así y un ictus repentino acabó de forma inesperada con su vida y con la alegría que nos transmitía desde su pequeña portería.

Cuando una persona muere, no solo muere ella. Muere también una parte de todos los que estamos alrededor. Doña Puri se llevó la ilusión de vivir de su marido, los saludos de los vecinos, las llamadas de apoyo y amor a su hija, que vivía fuera. Incluso la viveza de algunas plantas que, a partir de ese día, comenzaron a marchitarse. Desapareció antes de que Eric se marchara. ¿Sabéis? Sin ser nada mío

lo sentí muchísimo. No me gusta cuando en tu vida empiezan a aparecer huecos. Pero bueno, imagino que también hay incorporaciones nuevas que puedan contrarrestar las pérdidas. Ese es el equilibrio del universo.

Pero ¡volvamos a nuestra historia! Don Jaime hace memoria y me responde:

—Han venido dos testigos de Jehová pidiendo ir por las casas, ya sabe, esas visitas que hacen normalmente. No me han parecido maleantes o delincuentes. También han aparecido unos amigos del hijo del vecino del quinto. ¡Ah! Y alguien pidió comida rápida o algo así y vino un repartidor con acento extranjero. ¡Pedir comida hecha cuando no cuesta nada preparar un caldo o una ensalada! ¡No sé dónde vamos a parar tan solo por querer comodidad! Si mi Puri estuviera aquí, los pondría a todos firmes.

—¿Extranjero? ¿Un repartidor extranjero? ¿De dónde? ¿Inglés, alemán…?

—¡Yo no sé, no entiendo de acentos! ¡Hablaba raro! —Don Jaime es muy mayor y no tiene mucha cultura. Cuando era joven le tocó vivir el final de la guerra y la posguerra, según me contó un día su mujer. A partir de ahí, sobrevivieron gracias a encontrar la portería de este edificio, ya se sabe, con mucho trabajo. El matrimonio nunca salió de España y tan solo iban de vez en cuando de vacaciones a Salou, la playa *aragonesa* donde van todos los zaragozanos o han ido en algún momento de su vida. Eso ya les parecía ir muy lejos.

—Está bien, don Jaime, ¡muchas gracias!

—De todas formas, yo no me preocuparía. ¡Seguro que han sido los niños de ese chico para gastar una broma. Igual han escrito una tontería a cada vecino… ya sabe, cosas de niños.

«Cosas de niños» pensé. El ser cruel y despreciable, no se puede excusar. Por culpa de las «cosas de niños» no tuve una infancia feliz y no, no fue por mi culpa que me trataran así. Fue culpa de ser una buena persona y buena estudiante. Lo malo es que los recuerdos de infancia nunca se olvidan. ¿No os pasa a vosotros? Se quedan encerrados en nuestro interior y siempre están ahí latiendo, como un ancla que nos fija y nos recuerda de dónde venimos. Y cuando llega la vejez, no recordamos cosas del día anterior, pero sí de nuestra infancia. ¿De qué material estarán tejidos esos recuerdos imborrables e indestructibles?

—¡Muy bien, no se preocupe! —le respondo con una sonrisa. Le tengo tanto cariño a este hombre…

A las cosas hay que darles una importancia relativa, así que ahora me voy al hospital a visitar a la chica y a ver a Leo. Ya pensaré luego qué hacer.

Llego al hospital. Como siempre andando. He tenido que quitarme

la chaqueta azul y la llevo en la mano. Por el camino al Clínico, atravesando un poco la ciudad universitaria, me he cruzado con algunos estudiantes paseando por el campus a continuar con sus clases o a encontrar una biblioteca con puestos libres para estudiar. Me encanta el ambiente estudiantil. Siento la energía de esos jóvenes construyendo un futuro que no tiene ningún techo a esa edad.

He llegado y he pensado ir a ver a la chica en primer lugar. Hoy hay bastante movimiento. Con tanto trajín puedo pasar desapercibida. Veo de lejos a la jefa entrando en su despacho. Imagino que ahora tendrá muchas preocupaciones con la muerte del chico atropellado si la familia pretende demandar al hospital. Ese es el miedo y el riesgo que sufrimos en esta profesión, pero prefiero que no me vea. Sé que no debo entrometerme en asuntos de pacientes fuera de mis horas.

Leo me ha enviado un wasap con el número de habitación 558. Por el pasillo y vestida de calle, parezco un familiar de cualquier enfermo ingresado en planta. Parece una tontería, pero me siento como si estuviera cometiendo un delito. Pero da igual. Siento un extraño impulso que me lleva hacia ella. Conforme me mezclo con la gente, percibo un ambiente extraño, como de calma nerviosa, pero tal vez sea yo misma la que me siento así.

Llego por las escaleras a la planta en la que está ingresada. Es una locura venir. Tal vez está acompañada de su familia. Aunque, por otro lado, yo soy su enfermera. Tampoco es tan raro justificar que me encuentre aquí en este momento.

Llamo a la puerta. Nadie responde. Entro. La veo en la cama. No parece que duerma. De momento está sola, pero no tardarán mucho en ponerle una compañera de habitación. Aun así, está vigilada porque las enfermeras tenemos la orden de pasar cada poco tiempo para controlarla.

—¡Hola! Soy Claudia. ¿Qué tal estás? —le pregunto desde la puerta.

No me responde, así que avanzo hacia su cama. La tarde comienza a declinar y la habitación comienza a quedarse en penumbra. En otoño, las tardes se acortan.

—He venido a verte un poco. Hoy tengo el día libre —me atrevo a decirle.

No me mira, pero sé que me está oyendo. Sus ojos vagan perdidos mirando la ventana que preside la habitación. Una ventana más bien pequeña al igual que el resto de la estancia.

—¿Te acuerdas de mí? Te visité ayer cuando estabas en la UCI. ¿Has podido descansar?

Silencio. Da igual, sigo insistiendo. He de ganarme su confianza.

—Yo, un poco, pero la noche fue un poco dura. ¿Necesitas algo? —vuelvo a preguntarle.

Silencio.

No hay nada más difícil que intentar hacer hablar a una persona que no quiere. Pero si esa persona es una adolescente, me temo que todavía es peor.

—Ya veo que no quieres hablar conmigo, pero tarde o temprano vas a tener que hablar con alguien. Hemos recibido una llamada de una persona interesándose por tu estado de salud y en breve van a venir a por ti.

Eso último parece que provoca una mueca en su rostro y percibo que comienza a temblar.

—¿Qué te ocurre?

Hace gestos con la mano como indicando que le molesta la débil luz del atardecer que se cuela por la ventana vacía de la habitación. Me acerco a bajar un poco la persiana. Pronto será de noche y así descansará. Tal vez creando el ambiente adecuado…

¡Zas! Siento un brazo que me rodea el cuello oprimiéndome el costado y la carótida. Pierdo el sentido y caigo al suelo. ¿Qué ocurre?

Silencio. Oscuridad

Aunque casi no puedo respirar, poco a poco voy cobrando el sentido. Me he quedado sola en la habitación. Creo que me acaban de aplicar la técnica del *mataleón*.

Parece que el golpe me ha paralizado, pero pasados estos minutos voy recuperando la movilidad. Siento dolor en el cuello. Pasa un rato, no sé cuánto. Ya puedo mover los pies y me levanto con dificultad. Los brazos ya no me responden tan bien. Me pongo a pensar. Se me ha encendido el piloto de alerta. Si me ven en el hospital y encima se ha escapado una paciente estando conmigo puedo decir que estoy en un lío muy grave. Tengo que ir tras ella. Veo que ha cogido mi bolso y la chaqueta. En el bolso está mi monedero, mi documentación y las llaves de casa. Tengo que coger oxígeno y reaccionar.

Veamos, cuento con una ventaja. Ella no conoce el hospital. No es difícil bajar, ya que hay enfermeros que pueden reconocerla o al menos, verán sus vendajes. Claro que a mí también me pueden reconocer y eso no me interesa nada. He de intentar pasar inadvertida.

Asomo la cabeza por la puerta y veo a Elena que viene hacia la habitación. ¡Oh, no! ¡Estoy perdida! ¿Qué le digo yo ahora? Si le explico lo que me ha pasado, irá a por la chica la Policía y no quiero eso. Debería, pero me sale del corazón ir yo de nuevo en su busca. De repente le suena el busca y da media vuelta. ¡Este es el momento! Salgo con paso decidido mirando al suelo y me cuelo por la salida de emergencia. Sé que es el camino más rápido y por allí no va nadie.

Me ayudo a bajar con la barandilla, aunque me cuesta mucho esfuerzo. ¡He de encontrarla! Ahora soy yo la que estoy en problemas. Bajo y bajo y ya casi he llegado a la planta calle. El tema es saber si le

daré alcance. Salgo por la puerta y me entremezclo con la gente. La cafetería está a rebosar porque son ya las ocho y hay ámbitos de turno, compañeros cenando y familiares que van a pasar la noche junto a sus seres queridos.

No sé disimular, así que prefiero no taparme la cara, pero bajar disimuladamente la cabeza porque si voy de frente, la gente no suele mirar. El problema es intentar fingir o hacer gestos extraños. Eso sí que puede llamar la atención. Me coloco en los ángulos donde sé que las cámaras no pueden localizarme. Y si paso delante de ellas, lo hago colocándome el pelo (eso me tapa el rostro) y justo junto a alguien para que parezca que voy con esa persona. Esos detalles los vi en una película, pero no me preguntéis el título. Nunca me suelo acordar de ellos.

Me fijo en las pequeñas ventanas que dan a la calle. Ha oscurecido un poco más, se va haciendo de noche.

Ahora hay bastante gente en la puerta y varias personas fumando justo en la entrada y eso que está prohibido. Ya veis, estoy dolorida y me da para fijarme en esos detalles. Deformación profesional, supongo. No la veo. He salido del hospital y hay dos rampas, una hacia la derecha y otra hacia la izquierda. Las dos desembocan en la misma avenida. No pasa mucha gente por la calle así que creo que podré localizarla. ¡Madre mía, todavía me duele el cuello y el costado! ¿Cómo sabrá esta chica hacer esa llave? Se supone que no tendría que tener fuerza en las muñecas. No es fácil y además podría haberme matado.

Un momento, creo que la he localizado. Creo reconocer mi chaqueta azul. Intenta andar rápido pero no puede. ¡Normal, está muy débil! Con las mangas largas, ha logrado esconder los vendajes. Voy tras ella, tengo que alcanzarla. No quiero pensar la que se va a armar cuando vean que no está. Y si me han visto a mí estoy perdida.

De la avenida de Valencia, ha girado a la izquierda, por Domingo Miral, a la ciudad universitaria. Allí hay poca gente salvo en la plaza del Interfacultades donde muchas veces se juntan grupos de estudiantes.

Es curioso, conforme la chica avanza de forma más lenta, yo voy avanzando cada vez más deprisa. No noto apenas el frío que conlleva el otoño al anochecer. El corazón me late a mil por hora y en este instante, os aseguro que no siento ni frío ni calor.

Si me doy más prisa, la alcanzo seguro. ¡Vamos! ¡Unos pasos más! Ni siquiera se vuelve. Imagino que también estará asustada. ¡Un momento!¡Se ha parado!

—¡Por fin te alcanzo! ¿Se puede saber qué haces? —le pregunto mientras recupero el bolso que lleva colgado en su hombro.

Ella vuelve los ojos hacia arriba y se desvanece. Me da tiempo a

sujetarla.

—¿Qué te pasa? ¡Dios mío estás pálida!

Compruebo su pulso, es muy débil, le miro los ojos que se encuentran aún dilatados por la medicación y le doy golpecitos en la cara. Se ha desmayado, pero ya vuelve en sí ¡menos mal que en este momento nadie nos ha visto! La retiro con cuidado hacia el bordillo de la acera en la que hay aparcados unos coches que sirven para ocultarnos. ¡Ya vuelve en sí! ¡Menos mal!

—Pero ¿se puede saber a qué estás jugando?

A ella se le cae una pequeña lágrima y por fin encuentra el valor suficiente como para volver a hablar.

—¡No quiero volver, Claudia! No puedo volver a mi vida anterior. Esto es una pesadilla. No quiero volver a sufrir.

—Vale, tranquila, ya está. Respira hondo. —La chica me hace caso y ha empezado a temblar un poco. Le ajusto la chaqueta y le froto los brazos con cuidado. Lleva puesta la parte de arriba del pijama del hospital, aunque con mi chaqueta encima, disimula—. No sé qué te pasa, no sé nada de ti, pero si confías en mí, tal vez pueda ayudarte. De momento, acabas de hacer algo que no deberías y me has puesto a mí en una situación peligrosísima. No sé si cuando volvamos ahora al hospital nos creerán. Y si digo que me has atacado, van a llamar a la Policía. No puedes vivir envuelta en pieles de cebolla. En algún momento, debes mostrarte a los demás. No todo el mundo es malo.

Ella reacciona violentamente.

—¡No puedo volver!

—¿A dónde? ¡Vamos!

Silencio. Una lágrima.

—¡Vamos! Tienes que hablar, debes confiar. Si quieres que te ayude, debes de gritar y soltarlo todo. A veces creemos que vamos a poder solucionarlo todo nosotros solos, pero hay situaciones en las que hemos de reconocer que son demasiado grandes para afrontarlas en soledad y lo que te ha ocurrido es demasiado grave. Mira dónde estamos ahora. Tú herida, con un intento de suicidio sobre tus muñecas, con una agresión hacia mí, la sanitaria que te ha cuidado… ¿por qué? ¿En qué lío estás metida? Te lo preguntaré una vez más: ¿A dónde no puedes volver?

La joven reacciona. Me mira a la cara con sus grandes ojos vidriosos que desprenden miedo, eso es lo que siente, el veneno corrosivo del temor.

—Al centro de menas[2] donde estaba —responde en un susurro débil y entrecortado.

En ese momento veo un pequeño rayo de luz en esta historia. Quizás sea el momento de conocer su verdad. Solo si ella quiere contármela. Solo si ella quiere…

2 MENA: Menores extranjeros no acompañados.

Capítulo 9. Huir, a veces, es la única opción.

Miércoles, 4 de noviembre por la noche.

En un segundo, la vida puede dar un giro completo e incluso nosotros podemos reaccionar de una forma que desconocemos. Supongo que eso llena de emoción nuestras vidas y nos obliga a sacar lo mejor o lo peor de nosotros mismos. ¿Qué está ocurriendo a mi alrededor? He vivido más emociones en unas horas que en toda mi vida.

Ahora mismo es el momento de tomar una decisión. Volver al hospital y relatar cómo ha sucedido todo o confiar en que nadie me haya visto e intentar ayudar a la joven adolescente, claro está, si me deja. Y en este momento parece que ha comenzado a abrir un poco su muralla de piedra a mí.

—Necesito que me cuentes todo para poder ayudarte, pero antes, debemos desaparecer de aquí porque enseguida van a notar tu ausencia en el hospital y comenzarán a buscarte. No sé si eres consciente del lío en el que nos has arrastrado a ambas. Ahora mismo si me ven contigo, pueden pensar que yo te he secuestrado.

—¡Por favor, Claudia! —implora—. Necesito ocultarme una noche para poder explicarte todo. Estoy sola, no sé a quién acudir. ¡Déjame ir a tu casa y te lo explicaré!

La miro y su frialdad ha dado paso a una erupción de palabras y gestos desesperados. Por fin parece que ha roto su caparazón, así, de golpe y ha pasado de la reticencia a la súplica de cero a cien.

—¿A mi casa? ¡Eso sí que no! ¡Es la prueba de que he podido ser yo quien te ha traído aquí y pueden acusarme incluso de secuestro! ¿Cómo me voy a llevar a una menor a mi casa? Es un disparate. Son siete años trabajando en el hospital, mi trabajo… no puedo dejarme

arrastrar por esto…

Mientras pronuncio estas palabras, en realidad, vienen otros pensamientos a mi mente: «Tu vida es mediocre. Tu infancia, triste. Tu adolescencia, difícil. Tu relación de pareja, lamentable». «Tu vida, en general, rutinaria. Igual es el momento de saltarse un poco las normas. Es el momento de ser protagonista, de hacer por una vez, las cosas que realmente deseas, no las que te dictan los demás». «Siempre has tenido un corazón que aspiraba a algo». «¿Por qué has ido si no a ver a la chica sabiendo que no podías? Quizás sea el momento de ser un poco rebelde». «Si las cosas salen mal, siempre vas a poder contar la verdad y la *verdad* abre puertas».

Ella me mira por debajo del mechón de pelo que usa como cortina para esconder su dulce rostro. Me mira con sus preciosos ojos limpios y suplicantes. Con esa mirada sincera que desnuda el alma y con angustia. Conozco bien esa sensación.

—Claudia, ¡ayúdame! —Me susurra con decisión y un tono desgarrador.

¡Me ha tuteado! ¡Ha pronunciado las palabras mágicas: «Ayúdame»! Repentinamente, se produce una reacción en mi interior solo comparable a los grandes superhéroes cuando sufren su metamorfosis y pasan de la cotidiana vulgaridad a transformarse en seres imparables. ¿Por qué no romper las normas y seguir mi instinto? No sé por qué esta niña me ha tocado el corazón que tenía hueco desde hace tiempo.

—¡Está bien! —afirmo con resolución. A veces, huir es la única opción—. ¿Cómo te llamas?

Me mira y me responde:

—Me llamo Crisa.

Me coloco las gafas de sol para ocultar mi mirada todavía con miedo y saco una goma de pelo que siempre llevo en la muñeca a modo de pulsera. No sé por qué, pero me siento fuerte y algo me empuja a actuar así.

—Toma esta goma y hazte un moño. No es gran cosa, pero si en un primer vistazo buscan a alguien de pelo largo, podemos despistar un poco. Mi casa no está lejos, tan solo a veinte minutos. No podemos coger un taxi porque si la policía nos busca, será un dato que investigarán. Sé de unas calles por donde transitan pocas personas. Y cuando lleguemos, don Jaime se habrá marchado ya.

—¡Gracias! —me dice en voz baja. No creo que haya dado mucho las gracias, últimamente.

—¡En marcha, hay que salir de aquí cuanto antes!

—¿Quién es don Jaime?

—Eso ahora no importa. Tenemos que salir de aquí ya. Disponemos de cierta ventaja antes de que se den cuenta de tu ausencia.

Comenzamos a andar. Ya casi de noche, parecemos dos espectros. La idea de las gafas de sol no ha sido muy buena, no veo nada, así que me las quito. La sombra de las farolas proyecta un andar dificultoso tanto por mi parte (seguía doliéndome el cuello) como por la suya.

Viene una pareja joven caminando abrazados. Contengo la respiración. Creo que mi joven acompañante también. Las dos miramos instintivamente hacia el suelo. La pareja pasa haciéndose arrumacos ¡perfecto! Pasamos totalmente desapercibidas. Cruzamos y giramos hacia una calle ahora un tanto solitaria, la calle María Guerrero. Solo tiene un bar al fondo, el mesón Martín, con gente de pie en la puerta fumando. Cambiamos de acera. Están tan ensimismados bebiendo y contando anécdotas, que tampoco reparan en nuestro extraño tándem. La oscuridad juega a nuestro favor.

Oigo sirenas de la policía a lo lejos. Se me encoge el corazón. Intento ser racional. Igual suenan muchas veces y yo no me he percatado, pero hoy me parece que son todo signos contra nosotras. No he de perder la calma. Creo que en casa estaremos a salvo porque estoy segura de que nadie me ha visto y nadie me relacionará con la chica.

Llegamos a Vía Hispanidad, al portal de mi casa. Saco las llaves del bolso y las introduzco rápidamente en la cerradura. Ya es de noche. Un leve viento frío viene para acariciar nuestros rostros. En estos momentos nos envuelve como una bendición. Yo tengo sonrojadas las mejillas. En cambio, la chica está pálida.

—¡Ya estamos!

—¿Aquí vives? —me pregunta sorprendida—. Es una mansión de ricos.

—¡Qué va! Es una casa normal. No es de las mejores, ni mucho menos.

—Si supieras dónde vivía yo en mi país —exclama con un suspiro.

La fortuna nos sigue sonriendo porque no nos cruzamos con nadie dentro del portal y podemos llegar al cuarto piso en solitario. Abro la puerta y la cierro con llave. Ella se desploma en el sofá del salón que se halla justo en la primera puerta.

—¡Déjame ver! Te han sangrado las muñecas ¡Tengo que curarte! Pero antes, te dejaré ropa. Llevas todavía la camisa del pijama del hospital.

Me dirijo al cuarto de baño y allí cojo el botiquín con todo lo necesario. Sé que no debería tener el botiquín allí donde hay vapor y a veces temperatura alta, pero mi piso es pequeño y no se me ocurre otro lugar. Una alternativa sería el despacho de Eric, pero todavía no estoy preparada para entrar allí y mover las cosas que dejó. Por ejemplo, yo. Sí, yo me siento como una de esas *cosas más* que yacen en este resquicio presas del abandono.

¿Podéis creer que en esta situación tan límite para mí, aún tengo unos segundos para pensar en aquel que me rompió bruscamente el corazón? Sin duda, los humanos nos comportamos a veces de un modo extraño…

—Ven aquí, pequeña, déjame ver —susurro no muy alto pues son ya las diez y cinco y no quiero que los vecinos sepan que estoy con otra persona.

No obtengo respuesta. Se ha quedado medio dormida. Es lógico. No sé qué circunstancias le llevaron a intentar suicidarse. Le tuvimos que hacer una transfusión, después sedantes y, por último, la huida. No es que se trate de una huida larga y accidentada, pero sí puede haberlo vivido de esta forma debido a su debilidad. No importa. Le cojo primero una muñeca, luego otra, desinfecto los puntos de sutura y vuelvo a ver sus frágiles extremidades. Tiene los ojos medio abiertos y se deja curar sin decir nada. No me había percatado hasta ahora de su delgadez y de su belleza una vez retirado el cabello que ya se había escapado de la goma que le había proporcionado.

La dejo tumbada en el sofá y la tapo con una manta fina que siempre me gusta colocar sobre el apoyabrazos. Casi mejor que duerma. Yo necesito tiempo para pensar.

Me interrumpe el ruido del móvil. Lo saco del bolso. Hasta ahora no le había prestado atención. Miro la pantalla y veo tres llamadas perdidas de Leo y una del hospital. En este momento, siento mi corazón latir a doscientos por hora. En este momento soy plenamente consciente de que acabo de hacer algo que va en contra de todas las normas.

Enviaré un wasap a Leo. Creo que es mejor que de momento no sepa nada y conociéndome como me conoce, si hablo con ella notará en mi voz que algo pasa. Claro, que también cabe la opción de que solo me llame porque ha acabado el turno y quiera hablar.

YO, ٢٢:٠٣
«Veo ahora tus llamadas K pasa?»
«(…) Leo está escribiendo»

LEO, ٢٢:٠٥
«Voy bus, no puedo hablar Barr l xica suicida se ha escapado justo cuando venían a buscarla. l jefa está (emoji cara roja de enfado)».

YO, ٢٢:٠٧
«(emoji de cara asustada) No m l puedo creer! Kien ha ido a x ella?».

LEO, ٢٢:٠٨
«\os extranjeros del traje».

YO, ٢٢:٠٩
«(emoji de cara con ojos sorprendidos) mal rollo!».

LEO, ٢٢:١٠
«Luego hablamos!»

YO, ٢٢:١١
«(emoji con la mano de *perfecto*)».

¿Un hombre y un chico extranjeros? ¿Quiénes pueden ser? Ella me ha dicho que estaba en un centro de menas. Esto no encaja.

Voy a ver esta llamada perdida del hospital. La he recibido antes de que todo ocurriera, así que no tiene que ver con la huida de la chica, ¡menos mal!

Efectivamente corresponde al hospital, a recepción. Veo que me han dejado mensaje en el contestador. Lo escucho:

¡Hola Claudia! Soy Miguel. Te llamo desde el fijo porque me he dejado el móvil en la taquilla y por no ir a buscarlo… ¡A lo que voy! ¿Te importaría cambiarme el turno? Yo tenía fiesta y libraba el fin de semana, pero prefiero trabajar este finde para unir días y cogerme la semana que viene entera. Quiero irme con mi novia. Hemos discutido… Bueno, he pensado que como tú no estás con nadie y vives sola, es menos trastorno. Ya me dirás.

¡Hay que ver qué cara tiene la gente! Como yo soy soltera, tengo que tragarme trabajar una semana entera seguida. Y siempre pasa igual. Cuando no son los compañeros es la jefa, parece que los solteros somos los comodines oficiales cuando se trata de dividir los turnos. Bueno, no debería de protestar. En este caso, la verdad es que me viene genial, para qué negarlo. Si libro hasta el domingo, tengo tiempo para resolver esta situación. En realidad, me viene fenomenal. Parece que se van orientando las cosas a mi favor. ¡Eso es una buena señal! Le dejo un mensaje de conformidad en el móvil.

Vuelvo a mirar a la chica medio dormida en mi sofá. Creo que ha sido buena idea venir a casa. Lo contrario, hubiera sido muy sospechoso. No tengo nada para comer y vuelvo a tener mucho apetito. Llamaré para encargar una *pizza* y aprovecharé para darme una ducha.

Mientras todo está en marcha, me obligo a pensar. Si la mantengo en mi casa, seguro que estoy cometiendo un delito porque es una menor, aunque siempre podría declarar que lo ha hecho voluntariamente. Por otro lado, quizás sea mejor desaparecer unos

días…

Un ruido en el salón me interrumpe. Salgo a toda prisa de la ducha con el albornoz. Ella se ha despertado gritando.

—Eh, no pasa nada, pequeña. ¿Quieres beber agua?

Asiente y le doy de beber. Está temblando. Me siento junto a ella y le tapo un poco. Ella se incorpora con un cojín.

—Ahora que estamos más tranquilas, deberías de contarme qué te ha pasado —le indico con todo el cariño del que soy capaz.

Me mira y asiente. Por fin creo que se va a decidir a hablar.

Capítulo 10. La vida a mil kilómetros del cielo

—No soy de aquí. Vengo de Rumanía, de una ciudad llamada Bran, cerca de los Cárpatos Transilvanos. ¿Te suena?

—La verdad es que no. De geografía rumana no conozco más que la capital.

—¿Y si te digo que allí hay un castillo muy famoso conocido por ser el Castillo de Drácula?

—¡Vaya! Entonces sí que sé dónde está. Da un poco de miedo ¿no? —No se me ocurre otra cosa para intentar hacerle sonreír un poco y ganar más confianza.

—Bueno, en realidad es mentira, ese tipo no lo construyó, pero vienen muchos turistas y da mucha vida a la ciudad.

—¿Por qué viniste a España? —le pregunto ya más directamente.

—Mi familia es pobre. Muy pobre. Somos tres hermanos y mis padres no tienen dinero para mantenernos. Yo soy la mayor, tenía que hacer algo. Mi madre se ocupa de mis hermanos. El pequeño no nació bien y necesita muchos cuidados. No anda y no tenemos una silla para él. Ni médicos. —Sus ojos se inundan de tristeza.

—¡Está bien! ¡Bebe un poco de agua!

—Mi padre no tiene trabajo. Ahora mismo es muy difícil de encontrar, así que todas las mañanas baja a una plaza a ver si alguien le contrata para algo. Es difícil. A veces lo consigue, pero otras, cuando llega el camión que busca trabajadores, todos se agolpan, se empujan y a veces se queda sin poder subir.

» Empezó a empeñar cosas de la casa y a vender a algunos turistas para poder vivir. Primero las poquitas joyas heredadas de mi abuela. Luego, objetos de decoración, más o menos valiosos. Al final vendió muebles a otros compatriotas. — Toma aire y hace una pausa—. Nos

vimos durmiendo en montones de mantas porque la última vez logró vender las camas. Lo malo es que la comida se termina pronto y eso que mi madre sabe sacar partido y hacer sopa de cualquier cosa. Pero somos cinco para alimentar… Yo dejé de ir al colegio, que era gratuito, porque mi madre enfermó. Le dolían las articulaciones y se le amontonaban los dedos. No podía cuidar de los pequeños.

» Un día, un hombre trajeado, muy alto y con acento ruso, vino a nuestra casa y preguntó por mí. Me había visto varias veces bajando a comprar. Les dijo a mis padres que yo podía ir a Europa, a Francia. Que allí necesitaban chicas para limpiar y cuidar niños. Si yo lograba enviarles dinero, la situación mejoraría y podrían permitirse al menos comprar una silla de ruedas para el pequeño y un médico para curar a mi madre. Debíamos darle la respuesta en tres días.

La chica vuelve a refrescarse la garganta. Se le queda seca a cada recuerdo que me confía. Las palabras le salen con mucha dificultad.

—Claudia, yo era buena estudiante. Sé hablar español. De pequeña teníamos unos vecinos que veían series de televisión latinas y como yo siempre jugaba con su hija, poco a poco lo fui aprendiendo. Además, acompañaba muchas veces a mi padre para vender cosas a los turistas. Las cuentas siempre han sido lo mío. No quería irme, pero por encima de todo quería ayudar a mi familia. Necesitaban dinero para médicos y para vivir. Soy fuerte, podía trabajar de cualquier cosa, limpiar, llevar carga, cuidar de niños o de gente mayor o lo que sea.

» Mis padres me dijeron que no, sobre todo mi madre. Por ella, todos estaríamos siempre juntos viviendo bajo el mismo techo, siempre a su lado. Y yo soy la única chica. Estamos muy unidas. Mi madre lloraba sin cesar y dijo que no. Mi padre, que también me quería a rabiar y era mucho más práctico, confesó que quizás eso podría salvar a la familia, pero sería él quien se marchara, no yo.

» De esta forma, esperaron a que el hombre apareciera al tercer día. No obstante, no aceptó el trato. Incluso se enfadó. Dijo que él solo contrataba chicas jóvenes para limpiar casas y cuidar niños, no hombres. Y si cambiaban de idea, estaría esperando en la plaza el domingo siguiente al amanecer. Mis padres se miraron y se abrazaron. Habían tomado la decisión correcta. No permitirían desprenderse de mí. Mi padre buscaría la manera de salir del país para buscar trabajo fuera. Pero mi padre ya es mayor para realizar trabajos de fuerza. Tiene la espalda muy dañada porque siempre ha trabajado cargando y descargando camiones. Apenas fue al colegio cuando era pequeño y no sabe leer ni escribir. ¿Cómo iba a marcharse ahora con ٥٤ años a buscar trabajo fuera?

» No me lo pensé. El trabajo me lo habían ofrecido a mí, así que sería yo la que lo tomara, pero tuve que hacerlo en secreto porque de lo contrario, jamás me lo hubieran consentido.

—Eso es maravilloso. Eres muy valiente, yo no sé si me hubiera atrevido. Es una historia increíble. Pero no entiendo cómo te han podido traer hasta aquí para trabajar, si eres menor. No tienes dieciocho años ¿verdad?

—No, tengo quince, pero como soy alta, me dijeron que podría parecer mayor.

—De acuerdo, pero has dicho que te querían llevar a Francia. Entonces ¿qué haces aquí en España?

—Las cosas no fueron como nos habían hecho creer. Y aquí es donde empieza mi pesadilla. Todo se torció. Salí de casa con lo puesto y una bolsa con una muda de recambio. ¡Nada más! No tenía móvil ni dinero.

—Debió de ser muy duro para ti tomar esa decisión —exclamé con profundo respeto.

—Fue duro, pero la situación en la que vivía sé que estaba empeorando por momentos. No nos quedaba apenas dinero para pagar la electricidad y aunque era mayo, el invierno se presentaría largo y frío. Afortunadamente, la casa también la recibimos como herencia de la abuela y gracias a ella teníamos un techo. Todo este panorama me impulsó a irme e incluso tuve el pensamiento de que, si no lograba darles dinero, al menos yo sería una boca menos para alimentar.

» Fue muy triste decirles adiós el sábado por la noche. Recuerdo que mis hermanos jugaban en las mantas que servían de cama y me tiraban del pelo para que les hiciera cosquillas. Yo no sabía cuándo les volvería a ver. Mi padre me besó como todas las noches y se sentó en una de las pocas sillas que quedaban en el salón. Había adelgazado mucho y su figura en penumbra, un tanto torcida hacia adelante, me partía el corazón. Y después vino mi madre. Y me abrazó. Ese día no se encontraba bien. Lloraba de dolor, con sus dedos retorcidos, pero me decía: «Estos torpes dedos, nunca me impedirán abrazar a mi princesa» y luego, secándose las lágrimas, sonreía, porque a mi madre, nunca le gustaban los dramas. La abracé y me quedé con el calor y el olor de su abrazo.

Crisa llora. Llora en silencio. Mi corazón está encogido. Nunca me habían contado una historia tan triste y tan real en primera persona. Y ese llanto suyo toca las fibras de mi alma. Me acerco y yo también la abrazo. Y nos fundimos en una unión de dolores y tormentos silenciados.

Nos separamos. Cojo una bolsita de pañuelos de papel de mi bolsillo y le paso otra. Le doy un tiempo para respirar y recomponerse.

—No sé si podré seguir. Echo mucho de menos a mi familia, a mis hermanos, a mi padre y a mi querida madre —musita entre los últimos sollozos.

En ese momento, alguien llama a la puerta. Nos quedamos

petrificadas. No soy capaz de reaccionar. Ella me increpa:

—Es mejor que contestes al portero automático.

—¡Sí! ¡Claro! Pero ¿qué vamos a hacer? —pregunto angustiada.

—¡Claudia, por Dios, responde! Ya me esconderé. Es la segunda vez que llaman. ¿Puede ser tu novio o una amiga?

—No creo —contesto con melancolía y me dirijo a coger el telefonillo con el pulso acelerado.

—¿Quién?

—¡*Pizza* a domicilio! —responde una voz embotellada.

Un suspiro de alivio brota de mi esófago.

—¡Sí, le abro!

Sonríe. Aún tiene las mejillas mojadas, pero le divierte ver una adulta con tanto miedo como yo. Se esconde en la habitación, por si acaso, y yo despacho desde la entrada al muchacho.

Justamente ahora no es el momento, pero tenemos el estómago vacío. A mí no me entra nada, pero he pedido la oferta de 2x1 *pizzas*. Ella aplaude, cuando el chico se va y se dispone a cenar.

—No sé por qué, pero ese olor a pizza ha hecho que me entrara hambre —exclama mientras coge un triángulo y lo engulle con ansiedad. Me fascina cómo ha podido pasar de la tristeza a devorar una pizza con tanta pasión.

Creo que debo quitar un poco de tensión a su historia.

Hablamos de nuestros gustos en la comida. Como a la mayoría de los adolescentes le gusta la pasta, las hamburguesas y últimamente la comida china. Yo, que no puedo evitar mi profesión, le doy una pequeña charla sobre la comida sana y la combinación de alimentos saludables y ella ríe y come, a pesar del daño que todavía le provocan las recientes heridas de las muñecas.

Es una situación extraña y seguro que pensáis que estoy loca, pero os aseguro que estoy pasando uno de los mejores momentos en estas últimas semanas. Casi no me acuerdo de la situación apurada en la que me encuentro. Quizás sea porque me he atrevido a hacer algo que antes nunca hubiera hecho, pero ahora mismo, no tengo sensación de peligro y estoy con esta chica que, por lo que sea, ha removido mi instinto maternal.

—¿No tienes novio? ¿Y esa foto? —me pregunta señalando la foto de Eric y mía sonriendo frente a la Punta del Dichoso en Suances.

—Tenía, pero ya no. En esa foto estamos junto al mar, en un lugar del norte de España llamado Suances. También me gusta la montaña, pero sobre todo el mar.

—¡A mí también! —exclama con la boca llena de pizza—. En mi ciudad tenemos muy cerca la montaña, pero tal vez por eso y porque lo he visitado poco, me encanta el mar y las mareas, y las conchas, y mojarme los pies junto a las olas. ¡El mar es mágico! Hasta el cielo y

el viento es distinto cuando nos acercamos al mar.

—¿Sabes? tengo un apartamento en la playa. Cuando pase todo y arregles tu situación, si te apetece, podríamos ir. No sé, es una idea…

—Algún día, ¿por qué no? —me dice con los ojos brillantes—. ¿Dónde está?

—Como te he dicho está al norte, en una provincia llamada Cantabria. Allí hay una playa llamada playa de los Locos. Te encantará. Además, el apartamento es el primero de los cuatro pequeños bloques que presiden la playa desde lo alto. No dejaron construir más. Es un privilegio estar allí. Detrás, hay un lugar incomparable con un faro que vigila la entrada y al oeste varias rocas donde rompe el mar Cantábrico. En la Punta donde hicimos esa foto, se pueden contemplar unos atardeceres maravillosos. Es un marco incomparable.

Seguimos comiendo en silencio. Yo no puedo dejar de pensar en qué podemos hacer. Es la primera vez que me encuentro en una situación tan delicada y con una menor que ahora está a mi cargo.

He de cubrirme las espaldas con las llamadas de teléfono. He apagado el móvil dejando un mensaje a Leo y a Benjamín de que estaba muy cansada y les llamaría al día siguiente. Respecto a mis padres y hermanos, siempre nos vemos los domingos, entre semana no tenemos costumbre de llamarnos.

Hemos terminado las pizzas y voy a preparar su cama. Es la primera vez que voy a utilizarla desde que Eric se marchó. Esta vez, no me duele. Al contrario, me siento muy feliz de poder darle utilidad. A veces él dormía allí cuando trasnochaba por acabar su trabajo… pero en realidad era su excusa perfecta para no estar conmigo y no tener que compartir una cama que ya no latía.

—Es una habitación muy bonita —me confiesa con una sonrisa cuando la llamo para que venga a acostarse.

Pero yo sigo intrigada con su historia porque de alguna manera, algo debió de salir mal para terminar intentando cortarse las venas en un destartalado cuarto de baño de un bar.

—Crisa, ¿quieres seguir contándome tu historia? —le pregunto con delicadeza.

Se abraza a la almohada de la cama, semisentada y yo me siento en la silla del escritorio de Eric.

—Supongo que, si te has jugado el pellejo por mí, te debo una explicación.

—El pellejo y el cuello. ¡Cómo me duele! ¿Quién te enseñó a golpear así? —le pregunto acariciándome al área del golpe.

—¡Está bien, lo siento! Han sido daños colaterales —añade con cierto arrepentimiento.

—¿Daños colaterales? —cuestiono abriendo los ojos y exagerando.

Ella, sonríe y continúa su relato.

—Me escapé de casa con sigilo y me presenté en la plaza tal y como el hombre trajeado me había propuesto. Al llegar, vi una furgoneta y varias chicas jóvenes como yo, dentro. Me sentí aliviada de que hubiera otras chicas.

» Al verme, el hombre sonrió y exclamó: «Sabía que vendrías. Acertada decisión». No sé si se refería a la suya o a la mía. Me indicó que subiera a la furgoneta y él hizo lo propio en el asiento del copiloto ya que conducía otro hombre calvo, alto y fuerte. Intercambiaron unas palabras mientras sonreían y giraban su cabeza hacia nosotras. Los dos hablaban en ruso.

» Algo me decía que las cosas no iban bien, pero habían cerrado la furgoneta desde fuera y estábamos en ruta. Ahora era imposible salir de allí, además avanzaba a toda velocidad por lo que en pocos minutos ya nos encontrábamos lejos de nuestros hogares.

» Nadie hablaba dentro del vehículo así que me presenté en voz alta. Solo escuché el ruido de las ruedas y del motor. Las chicas que parecían ausentes e invisibles, no contestaron. Yo no entendía nada, estaba desconcertada y fuera de lugar. Pasados unos minutos, la que se sentaba a mi lado, me dijo: «Hola, soy Ioana. No sé dónde nos llevan, pero si me pasa algo, avisa a mi familia», y me pasó un billete de autobús arrugado con un teléfono anotado en el reverso. Lo cogí y lo guardé en mi bolsillo.

» En ese momento, me empecé a preocupar y a pensar que quizás no debería haberme montado en esa furgoneta. Yo intenté calmar a Ioana y decirle que íbamos a trabajar y a ganar dinero, pero las otras se lanzaban entre ellas miradas de incredulidad.

» Una de ellas, la más mayor, rompió el silencio, nerviosa y me dijo: «Mira bonita, ve cambiando el chip. Aquí vienes a trabajar, pero no limpiando suelos. Aquí vienes a hacer los trabajos que digan los hombres». ¿Qué significaba aquello? No lo entendí. ¿Cómo voy iba a entenderlo si no sabía nada de la vida?

» En ese instante quise morir. Me había metido en la cueva del lobo y mi vida estaba a mil kilómetros del cielo.

Capítulo 11. Contigo o sin ti

Jueves, 5 noviembre.

Ya es la una y media de la madrugada. En este punto de la narración, la chica guarda silencio. Intuyo que no quiere seguir hablando.

Me mira con unos ojos que han empequeñecido sin apenas haberlo apreciado. Está exhausta quizás por los acontecimientos últimos, por su pérdida de sangre o por los calmantes que le hemos dado en el hospital.

—¿Podríamos seguir mañana, Claudia? Estoy muy cansada —me pide con cierto aire de súplica.

—¡Claro cariño! Descansa y si necesitas algo, llámame.

¿Sabéis? Le daría un beso. No sé qué tiene esta niña que me enternece. Hemos empatizado desde el primer día que la vi. Pero no me atrevo porque aún no la conozco y no querría que se lo tomara a mal. Debe haber sufrido mucho. Si la engañaron y llegó hasta aquí se habrá enfrentado a muchos peligros. ¡Y la forma en la que me golpeó en el cuello para paralizarme! No es una chica débil.

Yo también estoy cansada, dolorida y preocupada.

Si seguimos aquí en mi casa y descubren que la chica está conmigo, se la llevarán y a mí me sancionarán o me acusarán de secuestro de una menor. Quizás podríamos irnos a casa de mis padres. Eso me daría tiempo para conocerla un poco más para ayudarla. ¡Dios mío! Me da la impresión de que puede tratarse de una red de inmigración ilegal, o lo peor, tráfico de personas o trata de blancas. Si eso es así, su vida ahora mismo corre peligro. Mejor borro la idea de implicar a mis padres. Es mejor mantenerlos alejados. Si estuviese Eric, tal vez él me podría aconsejar. Él siempre sabe lo que hay que hacer. Pero después

de tanto tiempo sin hablarnos…mejor no contar con él. Una vez ya me tildó de no saber ser una mujer independiente.

Por otro lado, podríamos presentarnos mañana mismo a la comisaría de Policía, explicarles todo y tal vez así, estaríamos protegidas. La chica puede contar su historia y dejar claro que yo no la he secuestrado, sino que la he protegido.

Sé que tendría que avisar al hospital y eso no me gusta nada. Seguro que la enfermera jefe podría intentar echarme. ¡Argumentos no le faltarían! Sé que he actuado incorrectamente, pero es la primera vez en mi vida que creo que puedo ser útil de verdad.

Me importa más el futuro de esta criatura y de todas las muchachas de su país o de cualquier otro en esta situación, que lo que pueda suceder conmigo en el clínico. Tengo entendido que existen muchas mafias de este tipo. Su forma de actuar es engatusar jóvenes para prostituirlas o abusar de ellas una vez aquí. A veces también lo hacen con chicos. Lo mejor será denunciarlo todo y que nos ayude la Policía. Esta es la decisión más lógica y seguramente acertada.

Es muy tarde y el sueño me impide abrir los párpados, así que decido ponerme el despertador pronto e ir a comisaría y enfrentarme a lo que me tenga que enfrentar. Es lo mejor que puedo hacer.

Silencio.

Suena el despertador. Pero si acabo de ponerlo… Lo miro y han pasado varias horas. He dormido profundamente y casi no distingo esa musiquilla, pero no cabe duda de lo que es. Lo apago con una mano y me quedo en blanco.

Poco a poco voy volviendo en mí. Me viene la consciencia de todo lo que ocurrió ayer y mi corazón se acelera. No puedo creer lo que me está ocurriendo ¡a mí! Vuelve a invadirme el desconcierto, pero tengo que seguir hacia adelante y ser consecuente con los acontecimientos de estos días.

Es jueves, son las nueve y tengo dos días libres sumados al fin de semana por el cambio de turno de Miguel. ¡Perfecto!

Voy a despertar a la chica. Afortunadamente me queda leche y chocolate en polvo para desayunar. Lo malo es que no tengo nada para mojar.

—¡Buenos días, Crisa! —saludo con voz moderada mientras subo un poco la persiana—. Espero que hayas dormido bien. ¡Déjame ver tus heridas!

Pero no se mueve. Me viene un pensamiento y me lanzo hacia la cama.

—¡Oh, no! ¡No puede ser!

Abro la cama y descubro que no hay nadie. ¡Se ha marchado! Demasiado fácil. ¿Cómo no se me ocurriría ayer cerrar con llave y guardarlas? Tenía que haber previsto esta situación, parece mentira.

Pero ¿cuándo? ¿Por qué? Si yo podría ayudarla. Me fijo en la habitación, pero no hay rastro de ella. Voy al salón y siguen ahí los restos del cartón y de la pizza. Y en la entrada, el cerrojo está descorrido.

¡La busco en el cuarto de baño y en la cocina! ¡Hasta en la galería! Pero ¡nada! Al final ha vuelto a huir en un contigo o sin ti…

¡Un momento! Ha abierto uno de los cajones del mueble del salón. Lo sé porque observo que uno de ellos está medio abierto. Allí solo está la nota anónima del día anterior desplegada, no hay nada más. No entiendo qué ha podido buscar, imagino que dinero. Me dirijo al bolso y busco el monedero. Lo abro y efectivamente, me faltan 50 €. No sé dónde puede llegar con ese dinero y con esas heridas. ¿Por qué se ha ido?

Encenderé el móvil.

Tengo un mensaje de WhatsApp de la enfermera jefe (imagino que con los protocolos de los que me habló Leo), otro mensaje de mi amiga y, por último, uno de Benjamín.

Primero abro el de Leo:

LEO ٩:٠٣ h
«Kedamos a desayunar?».

YO, ٩:٠٦ h
«(Emoticón con el dedo hacia arriba) ٩:٣٠h en el de abajo?».

LEO ٩:٠٨ h
«Mejor ٩:٤٥ h (emoticono de beso)».

Creo que me vendrá bien desahogarme y contarle lo que ha ocurrido. Bueno, a ver qué me dice. Es mi mejor amiga y me suele dar buenos consejos. Y así desayuno porque no tengo en la nevera nada más que un poco de leche.

Abro el mensaje de Benjamín. Casi no he pensado en él desde lo del chico del atropello.

BENJAMÍN ٨:٢٧ h
«¿Te apetece que quedemos esta tarde? Podemos tomar un té y hablar un poco (emoticón de carita de ángel)».

¿Eso es una cita? ¿En serio? O quizás simplemente quiere hablar de lo que ocurrió en quirófano… En el hospital muchas veces almuerzo o ceno con él si coincidimos, de una forma absolutamente informal, pero nunca hemos quedado fuera. Bueno, qué más da. Creo que puedo

considerarle un amigo y compañero de trabajo que puede estar pasándolo mal.

No sé qué hacer, así que le responderé luego, una vez que desayune con Leo. Aunque he decir que es una cotilla y no me dejaría en paz hasta que le de todos los detalles de nuestra *cita*, si puede llamarse así…

Me visto rápido con lo primero que alcanzo, me pinto los labios y bajo. Son las 9:30 h.

Allí está Leo, mi pelirroja. Siempre la llamo así con cariño, como si fuera una niña. Siempre tan puntual, con su vestido azul de florecitas y sus pecas traviesas. Esta vez lleva coleta, lo que hace que se le vean las canas que han empezado a cubrir sus cabellos como hilos plateados y rebeldes. Tal vez Leo no sea muy guapa pero como ya os dije, es muy atractiva. Es una mujer muy alta, robusta y seductora. Tiene un encanto que hace que confíes en ella inmediatamente. Desde luego, eligió bien su profesión.

Este don, también tiene su parte negativa y es que a veces, todo el mundo le cuenta sus penas, algo que ha sabido explotar muy bien. Muchas veces es ella quien me presenta compañeros o amigos y es la *culpable* de intentar ampliar mi círculo de amistades. Siempre ha tenido mucho éxito con los hombres y he de reconocer que a mí me da cierta envidia. Tal vez sea por su risa afable o su cuerpo voluminoso. En cambio, aunque siempre ha tenido dónde elegir, nunca ha querido comprometerse con nadie en serio. Y ahora, con cuarenta años como yo, menos todavía.

—¡Menos mal que nos vemos! Ayer no hubo manera de hablar contigo —me increpa—. ¡Qué mala cara llevas! ¿Estás bien?

—¡Sí! Es que llevo una semana…

Viene el camarero y le pedimos lo de siempre: un cortado, una café con leche y dos *croissants*. Leo está deseando contarme algo, la noto muy nerviosa.

—Escucha, la chica que se intentó cortar las venas, se escapó ayer. Justo venían a por ella de un centro de menas, porque debe de ser de Europa del Este. No sabemos cómo, se puso la ropa y se marchó. La cuestión es que están revisando las cámaras de seguridad. Pero fíjate, ¡qué casualidad! Justo aparecieron dos hombres con pinta de ser rusos o ucranianos preguntando por una chica joven. Yo los oí porque en ese momento bajé a recepción a pedir unos historiales y al verlos, no sé por qué, pensé que igual preguntaban por ella. Para mí que son los dos que aparecieron ayer montando jaleo en admisión. ¿Te acuerdas que te lo conté? ¡Qué casualidad que vuelvan a aparecer esos dos hombres extraños en el Clínico! ¿Cuántos hombres así puede haber en Zaragoza? Yo creo que está claro, ¿no?

En ese momento, me cambia el color.

—¿Esos dos hombres? ¿Qué aspecto mostraban? ¡Igual no tenían nada que ver con los de ayer! —pregunto preocupada. Percibo que mis manos han comenzado a temblar y tengo que coger la taza para disimular ante mi amiga.

—Ya te lo he dicho. Rusos o ucranianos o moldavos… ¿yo qué sé? Eso sí, iban trajeados y daban un poco de respeto. Como los mafiosos en las películas. Y eran muy altos. En fin, que no pasarían desapercibidos nunca en esta ciudad.

Nos traen los desayunos. Mi cerebro comienza a pensar a toda velocidad. ¿Y si fueran quienes trajeron aquí a la chica y fueran a por ella? Eso justificaría que quisiera marcharse aun encontrándose débil y quizás de ahí que me pidiera ayuda.

—¿Y qué pasó? —le pregunto a Leo para tener más información.

—Preguntaron por un nombre muy extraño y les dijeron que no había nadie con ese nombre en el registro. Buscaban a una chica diciendo que eran su tío y su primo. Esta vez no estaba Susana, la recepcionista del otro día, sino María Ángeles. Uno de ellos con muy malos modales exigió ver la lista de pacientes, pero claro, es confidencial y no se la facilitaron así que se enfadó, comenzó a gritar, pero uno le dijo algo al otro y se fueron. Nadie entendió sus palabras, aunque se supone que no fueron de agradecimiento precisamente —explicó mientras masticaba el *croissant*—. Pero no se marcharon. Salieron, pero volvieron a entrar por otro sitio, quizás consultas externas o Urgencias. Subieron a la planta donde estaba la chica ingresada y entraron a todas las habitaciones. Debieron dar con ella porque volvieron a bajar a recepción gritando y con la camiseta rota de la chica en la mano. Se llevó la parte de arriba del pijama del hospital. ¿Cómo no se dieron cuenta yendo así vestida en recepción? Luego se marcharon a toda velocidad y María Ángeles avisó al director. Él y la enfermera jefe han denunciado los hechos y ahora está investigando la Policía.

—¿Y la chica?

—Se había ido antes. Lo que pasa es que hay algo que no encaja —comenta Leo con cara de detective—. Esos hombres no podían ser de su familia por la sencilla razón de que nos han llamado de un centro de menas y, además, en recepción, no supieron dar los datos completos.

—¿Y la Policía? ¿Qué ha dicho? —pregunto ansiosa. El corazón me late muy fuerte y necesito saber todo lo que ha pasado. ¡Me va a dar algo!

—¿La Policía? Ni idea de lo que habrán determinado con el director. De esa conversación no sabemos nada. M.ª Ángeles se ha enterado de la llamada de la trabajadora social desde el centro de menas preguntando por la chica, pero por lo visto, dicen que no tienen

obligación de venir a por ella. El centro está saturado y muchas veces estos chicos terminan yendo a otras comunidades autónomas donde pueden encontrar más plazas en otros centros, así que, si se ha escapado, no es responsabilidad de nadie. ¡Yo flipo! Parece ser que estos chicos están en un vacío legal cuando son mayores, cuando debería de ser el Estado quien les protegiera o ayudara a ganarse la vida dignamente o a volver a su país.

Leo y sus ideas de política. En lo que a mí me importa, confieso que me deja totalmente aliviada con el tema de la Policía, ¡menos mal! Entonces yo no he cometido ningún delito ofreciéndole mi casa a la chica. Pero esto se está complicado demasiado ¿de quién huye? ¿De esos hombres o de la trabajadora social?

—Claudia, ¿qué llevas en la cabeza? —me pregunta Leo escrutándome.

—¿Yo? ¡Nada! —respondo intentando ocultar mis pensamientos.

—¡Vamos! Soy yo ¿recuerdas? Tu amiga psicóloga, la que puede interpretar el lenguaje verbal y no verbal. ¿No me vas a contar qué te pasa?

Leo es insistente y muy directa. Creo que no tengo escapatoria.

—Está bien, pero no se lo digas a nadie.

—Claudia ¿te crees que tenemos quince años y estamos en el colegio?

Si Leo supiera lo poco que me gustaría volver a los quince años… o volver, pero con mi conocimiento actual de la vida. A los quince yo era una pardilla total. E incluso ahora creo que lo soy.

—¡Está bien! Creo que te lo voy a contar porque si no voy a estallar. Ayer fui al hospital. —Paro para ordenar mis ideas y explicarlo todo tal y como ocurrió.

—No me lo dijiste seguro, pero lo imaginé. ¿Y?

—Fui a ver a la chica. Estaba sola en la habitación. No tenía compañera de cuarto ni nadie que estuviera de visita. Cuando fui a bajar un poco la persiana me asestó un golpe y quedé por unos instantes sin sentido. Seguidamente me di cuenta de que había cogido su ropa, salvo su camiseta y mi chaqueta (su camiseta estaba rasgada por la intervención de ayer cuando la trajeron de urgencia).

—¡Dios mío! Hay que denunciarla. ¡Te ha agredido! Esto no se puede consentir —exclama Leo que ha dejado de comer y solo tiene ojos y oídos para mí.

—¡No! No voy a denunciarla. Cuando pude recuperar el aliento, fui tras ella y la alcancé en la ciudad universitaria. Allí estaba a punto de desplomarse. —Vuelvo a parar. Casi no me salen las palabras. Miro a mi alrededor para asegurarme de que nadie me escucha.

—¿Y qué pasó? ¿Dónde está ahora? —me pregunta Leo con preocupación.

—Aquí viene lo mejor. Me pidió ayuda, no quería volver al centro donde estaba. Vi miedo en sus ojos, así que no sé por qué, pero me la llevé a casa y ha pasado la noche en mi piso.

—¿Cómo? Tú estás loca. Claudia, no quiero juzgarte, pero sabes que no deberías haber hecho eso. Aunque nadie la reclame, no deja de ser una paciente que se ha escapado, te ha agredido y además es menor. ¡Dime que informaste a la Víbora de la enfermera jefe o al director! Si no irá a por ti definitivamente.

—Bueno, pues… no exactamente. Simplemente le di cobijo por una noche y esta mañana ya no estaba. Ha vuelto a escabullirse, esta vez de mi casa, y yo he venido aquí contigo a contártelo todo y para que me ayudes a buscarla porque no sé nada de ella.

—¡Madre mía! Creo que te has metido en un gran lío —me replica con gesto serio y voz autoritaria.

Se le han subido los colores a la cara y ahora mismo está completamente roja. Cuando se pone así es que va a comenzar a soltar por la boca cualquier improperio. He de calmarla.

—Leo, escúchame. La chica comenzó a contarme su historia y aunque no terminó de explicarme todo, creo que se trata de un caso de trata de blancas.

Leo abre los ojos como platos. Creo que su pulso comienza a ir tan rápido como el mío.

—Por lo visto ella y su familia vivían en condiciones de pobreza en Rumanía. Un hombre justamente *trajeado* le prometió un trabajo para cuidar niños en Europa y se la llevaron junto a otras chicas. Evidentemente no fueron esas sus intenciones. No me ha contado todo, pero creo que lo podemos imaginar. Ha debido de estar huyendo y de alguna manera ha acabado en el centro de menas. Pero ha sido descubierta y quizás por ello intentó huir o finalmente no se le ha ocurrido otra cosa que suicidarse. Esto es lo que yo me imagino, claro. No llegó a explicarme más y como te digo, ahora se ha ido.

—Claudia, esto se nos escapa. Es demasiado grande y serio como para mantenerlo en secreto entre tú y yo —sentencia mi amiga. Sus ojos verdes reflejan ahora una gran preocupación y su voz se ha convertido en un sonido grave, varios tonos por debajo de su risueña voz.

—¡Sí, lo sé! La verdad es que ahora me he quedado mucho más tranquila después de contártelo. Fíjate, yo siempre había oído hablar de este tema de esclavitud de personas, pero pensaba que ocurría sobre todo en lugares de costa… pero aquí en esta ciudad que es relativamente pequeña…

—Vete tú a saber. ¡Hay tantas cosas que desconocemos cuando llevamos una vida normal! En cualquier caso, esto no es ninguna broma e imagino que estará detrás el centro de inteligencia contra el

terrorismo y crimen organizado que son quienes se ocupan de este tema.

—¿Quién has dicho? ¿Y tú cómo sabes de esto? —le pregunto.

—Porque leo los periódicos, niña, porque tengo más vida que solo el hospital. Además, te recuerdo que no hace mucho te comenté que había salido una noticia en el periódico sobre tráfico de órganos y que se la envié a la enfermera jefe para comentarla en el hospital y la rechazó como siempre, diciendo que eso no ocurría aquí y que no debíamos de generar alarma. ¡Qué tristeza cuando quien ocupa un cargo es tan inútil!

—Es verdad, me acuerdo. En fin, Leo, he pensado en ir a la Policía y contarlo todo, pero me da miedo que me interroguen a mí o me hagan cómplice de haberme llevado a la chica. A ver si me van a acusar de secuestro o algo así.

—¡Hombre! Yo creo que, si lo explicamos todo bien, no tendría por qué pasarnos nada. Y cuanto antes mejor, no vayan a complicarse las cosas, que nunca se sabe. El destino es muy caprichoso —sentenció dejando la cucharilla sobre la taza y apartándola de su lado—. Creo que hemos terminado de desayunar y es hora de pasar a la acción.

—¡Claudia! ¡Mira! —me susurra con sorpresa Leo—. Juraría que acabo de ver en la calle a los dos hombres rusos que vinieron al hospital. Desde luego esos trajes, las gafas de sol y los zapatos caros no son muy habituales en este barrio. ¿Qué hacemos?

Capítulo 12. La serpiente sigilosa

—¡Son ellos! ¡Qué duda cabe! ¿Qué pueden hacer aquí, en este barrio? Parece que vienen de tu casa.

—Leo, escúchame. Creo que la chica huía de esos hombres y creo además que me conocen y han podido venir a por mí. —Me pongo de pie decidida—. ¡Tenemos que encontrarla! ¿Vienes?

Salimos de la cafetería con precaución, mirando a los dos lados de la calle. Leo me señala dónde acaba de ver a quienes cree que son los tipos rusos y miramos en esa dirección. No vemos nada. Seguimos avanzando. A lo lejos, Leo divisa dos hombres altos con traje oscuro. Podrían ser ellos. Avanzamos con rapidez.

—¡Son ellos! ¡Vamos! —exclama Leo con una fuerza y energía que me arrastra. El corazón me late a mil por hora, pero me puede el impulso de averiguar lo que ocurre. Esta vez el miedo no me paraliza, sino que me ha dado alas en los pies.

Lo vemos al final de la calle. Son ellos, no cabe duda. Su aspecto extraño y excesivamente elegante, su altura, el coche junto al que se encuentran… todo esto llama la atención en la ciudad de Zaragoza donde todos vestimos de una forma parecida y los coches, salvando las diferencias, también suelen ser bastante similares como si todos perteneciéramos a un mismo conjunto uniforme.

Nos aproximamos un poco intentando ocultarnos entre la gente para pasar desapercibidas. Un coche con chófer les espera. Miran hacia todos lados. Leo me agarra del brazo y me vuelve el cuerpo hacia un escaparate para disimular. Ellos llevan gafas de sol, así que no sabemos si nos han podido divisar a nosotras o no. El coche va en dirección opuesta a mi casa, es decir, al centro.

—Leo, tenemos que ir a mi casa. Creo que debemos revisar mi casa

de nuevo en busca de alguna pista que Crisa haya podido dejar. Yo estaba tan triste por su desaparición que realmente no me he fijado bien.

—¡De acuerdo! ¡Vamos! —exclama Leo colocándose bien el bolso que se le había escurrido hasta el antebrazo—. Está muy cerca de aquí. Luego ya veremos.

Al llegar, nos saluda don Jaime. Está hablando con otro vecino de su misma edad. Al verme, interrumpe su conversación. Son las 10:55 h.

—Doctora Claudia, tengo que decirle que ha venido una visita preguntando por usted —me dice el conserje un tanto emocionado—. No sabía que tenía amigos tan elegantes.

—¿Elegantes? ¿Quién ha venido a verme? —le pregunto intentando aparentar normalidad controlando el pánico. Miro a Leo quien ha agrandado sus pupilas. Su rostro muestra la misma preocupación que yo.

—¡No lo sé! Les he preguntado dónde iban y me han dicho que, a casa de la doctora, pues eran sus amigos y querían darle una sorpresa. Yo les he dicho donde vivía, pero cuando han vuelto a bajar, me han preguntado que dónde estaba. Yo les he respondido que en el hospital trabajando. ¡Lo siento, pero creí que estaba trabajando!

Esto es lo bueno y malo de los porteros como don Jaime. ¿Era necesario dar esa explicación? Si no estoy en casa, simplemente no estoy. Ya está.

—¿Dejaron algún recado?

—¡Sí! Que volverían. Y me han dado una propina muy sustanciosa.

Suspiro. Este pobre hombre no tiene ni idea de con quién ha tratado. Y está loco de contento porque le han dado dinero. Claro que con lo poco que cobra por estar en la portería, no puedo culparle.

—Gracias, don Jaime —le respondo intentando sonreír. Pero esa sonrisa falsa solo puede colar con él porque Leo y yo estamos temblando.

Pulsamos el botón de llamada del ascensor sin hablar y una vez dentro, Leo rompe el hielo.

—Hay que darse prisa, Claudia, en buscar a la chica y encontrarla antes de que lo hagan ellos. Piensa dónde puede ir una adolescente extranjera (no creo que su situación esté legalizada), perseguida, herida y sin dinero.

—Bueno, tiene 50 €.

—¿Te robó?

—Digamos que lo cogió prestado. De todas formas, pienso que, si no encontramos nada en casa, deberíamos ir al centro de menas donde ha estado. Dices que llamó una trabajadora social, ¿no?

—Sí, me parece muy bien ir allí. Buscaré la dirección en internet

mientras buscas alguna pista en tu casa. Espero que no sea otro pajarito sin cabeza porque a estas alturas más que broma de niños, esto suena a coacción psicológica de unos mafiosos.

—Sí, Leo, ya lo he pensado y encaja. Podría haber sido una advertencia o algo así.

—Por cierto, tenías libre hoy, ¿no? —me pregunta para asegurarse. Leo como veis, se preocupa mucho por mí. A veces los mejores amigos no son los más antiguos, sino los que aparecen de forma inesperada en tu vida.

—Sí, tranquila. Estoy libre. Bueno, precisamente hoy me ha llamado Benjamín para tomar algo por la tarde.

El ascensor se ha parado ya en mi piso.

—¿Cómo? —me pregunta abriendo mucho los ojos—. ¿Que Benjamín, el *guaperas,* te ha dicho de quedar? ¡Lo sabía! ¡Cuánto tiempo llevo diciendo que le gustas? Y tú que no te lo crees… ¡cabezota!

—Bueno, ahora ¡a lo que estamos! —le digo aprovechando el momento de abrir la puerta. Ahora tenemos un asunto grave que resolver, y sinceramente, no me apetece seguir hablando de él. Prefiero guardar mis pensamientos para mí—. Yo miro en el salón y en el despacho de Eric y tú en la cocina y baño.

—Muchas gracias, me dejas lo mejor —protesta Leo. Sonrío y comenzamos a escudriñarlo todo.

—¿¡Qué es esto!?

¡Dios mío! ¡La casa está hecha un desastre! Todo tirado, los cajones abiertos, las sillas por el suelo… La foto de Eric y yo en Suances yace rota junto a un mar de cristales. Me quedo en silencio. Impactada. Vejada. No puedo imaginar las manos sucias de esos tipos rompiendo mis recuerdos, mi vida, tocando mi ropa, violando mi intimidad. Siento impotencia, rabia y asco.

—¡No pasa nada, Claudia! —me dice Leo mientras me sostiene de un brazo.

Todo tirado como si no valiera nada. Y los dibujos de Eric con huellas de pisadas… Me siento en el suelo y lloro. Lloro por ver machacada mi vida sobre el suelo de madera. Por lo poco que vale. Por lo poco que valgo. Y muy en el fondo, lloro por Eric. Ver sus dibujos pisoteados es romper lo más sagrado que tenía, una auténtica metáfora de alguien enamorada y abandonada.

—¡Claudia, levanta! ¡No hay tiempo para lamentaciones! Ya lo recogeremos y todo estará como siempre. Yo te ayudaré. Pero no ahora. Tienes que hacer un esfuerzo. Piensa que por fortuna no estabas en casa. ¡Si llegas a estar no sé qué te podrían haber hecho! Las mafias no tienen escrúpulos.

He parado de llorar porque Leo tiene razón. Tengo que

controlarme. Tengo que saber plantar cara. No hay tiempo para lamentaciones. Solo son cosas materiales.

—Vas a coger tus cosas y vas a venir a mi casa. Aquí no puedes quedarte de momento. Piensa antes de irte, si ha habido algún detalle que te haya llamado la atención.

—¡Sí! Falta mi chaqueta, la misma con la que ayer fui al hospital porque por la tarde empieza a refrescar —le contesto con la voz aguda y débil que sale de mi garganta seca—. Estoy pensando en el porqué de su huida. Quizás lo haya hecho para no meterme a mí en problemas. ¡Leo, estoy segura de que ha sido así! ¡Lo ha hecho por mí!

—Puede ser, tiene sentido. ¡Mira! —me dice Leo señalando un corazón en uno de los cartones—. ¿Lo has dibujado tú?

—No. Ha sido ella.

—Bien, eso indica un «gracias» por su parte. Esta chica guarda secretos, y seguramente muchos sentimientos ahogados.

—Leo, tenemos que ir al centro de menas. ¿Tienes la dirección?

—Sí, hoy en día con Internet es fácil buscar información.

–Cogeremos un taxi. Confiemos en que nos atienda la asistente social que llamó al hospital o alguno de los educadores.

Llegamos allí. Preguntamos por alguien que nos pueda ayudar y que conozca a la chica y finalmente aparece la trabajadora social. Es muy joven y huele a tabaco. Se llama Elsa. Creo que podría ser de origen africano, a juzgar por su piel de ébano. Lleva un pañuelo en forma de diadema y de allí le sobresale una cascada de rastas. En su nariz un aro y un *piercing* en forma de luna.

—¡Hola! Soy Elsa. Espero que tengáis noticias de la chica que se fugó de nuestro centro. He hablado con el hospital y me han contado lo ocurrido. Estoy preocupada.

—Sí, bueno, la trajeron al hospital el martes. Se había intentado cortar las venas.

—¿Cómo? Eso no me lo habían dicho, solo que tenía algunas heridas —Elsa se queda paralizada.

Capítulo 13. Todo se vuelve negro

—¿Y ahora cómo está? —pregunta nerviosa.

Toma la palabra, Leo.

—Ahora, desaparecida. Se marchó del hospital y creemos que está huyendo de algo. Tal vez tú puedas ayudarnos a encontrarla. De hecho, esperábamos que vinieras al hospital.

—¿Os importa salir fuera y así puedo encenderme un cigarro?

Asentimos y salimos a la calle. Un viento fresco nos envuelve. Luce el sol y comienza a calentar tímidamente.

Elsa nos ofrece un cigarro y aunque Leo lo rechaza, yo lo cojo bien a gusto, aunque sé que no debería. Ha sido un acto reflejo. No lo sabéis, pero cuando Eric se marchó, yo no podía dejar de fumar. Antes lo hacía habitualmente en casa hasta que él me pidió que fumara en la ventana. Pero después, fumaba a todas horas y por todas las estancias, aunque luego abriera las ventanas porque me molestaba ese olor. Fue duro acostumbrarme a estar sin él. Y después dejar de fumar. Para esto último, me ayudó un paciente con cáncer de pulmón. Él me hizo reaccionar y me dijo que no merecía la pena autodestruirse y sufrir una enfermedad como la suya si al final todos íbamos a morir. Era mejor tener una buena calidad de vida. ¿Cómo iba yo a curar a alguien si no me curaba a mí misma? Desgraciadamente ya no está aquí con nosotros, pero me dio unos cuantos buenos consejos y a cambio, le hice unas cuantas esperanzadoras promesas. Algún día, en el más allá, le daré las gracias porque él me salvó la vida a mí, y yo no pude salvársela a él.

—Estamos saturados. No tenemos sitio para nadie más. Hemos recibido una oleada de inmigrantes que nos han traído de Canarias y están durmiendo hasta dos en la misma cama hasta que se los lleven a

otras comunidades autónomas. Esto no son condiciones. No damos abasto y como hay prioridades, nos volcamos en los más pequeños. Si hubiera más familias de acogida, estos centros se descongestionarían. Pero nadie quiere a niños extranjeros mayores de 12 años. No les culpo, a veces pueden ser problemáticos, pero cuando se les da cariño saben responder. Son víctimas del sistema. A Crisa nunca le ha gustado estar aquí y había días que no aparecía. Por eso, tardé en llamar al hospital. Tuve la intuición de que pasaba algo. Pero no podía desplazarme allí. Estamos esperando más personal de refuerzo.

Doy un par de caladas al cigarrillo, pero la falta de costumbre hace que el cigarro me sepa fatal así que lo tiro. Elsa me ha dirigido una mirada por el rabillo del ojo. Igual es porque he desperdiciado su cigarro…

—Elsa, a mí me contó que vino a Europa pensando que se establecería en Francia pero que la engañaron. ¿Sabes algo? —le pregunto directamente.

—Pues no. Crisa es muy introvertida. En el poco tiempo que ha estado aquí no ha hablado con casi nadie y no le gustaba participar en ninguna actividad. En cambio, parece muy inteligente. Yo he hecho todo lo posible para que ese abriera, pero no ha habido manera.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —pregunta Leo.

—Solo 2 meses. Pedimos su permiso de residencia, pero hay que esperar aproximadamente un año así que está indocumentada. Le salva que es menor y existe esa protección, pero no deja de estar en riesgo de exclusión social.

—¿Tiene algún objeto personal? —le pregunto.

—Sí, algo de ropa y una foto arrugada de su familia, creo. Nada más.

—¿Podemos verla? —pregunta Leo con ese tono seductor que solo ella sabe adoptar.

—¡Sí, no hay problema, pero no os podéis llevar nada! Tiene que venir ella a por sus cosas o bien, pasado un año, entra a formar parte del material del centro para ayudar a otros jóvenes de primera acogida.

Elsa nos enseña la ropa. Un pantalón vaquero, dos jerséis bastante viejos y un chaquetón que pronto le hará falta.

La foto es conmovedora. Después de hablar de su familia, allí la puedo contemplar por primera vez. Aparecen todos sonrientes. Incluso su hermanito sentado en una silla de plástico delante del resto de la familia sonriendo. Los reconozco a todos tras haber escuchado su relato. No me ha mentido. Parecen el vivo retrato de la humildad.

—Una última pregunta. ¿Sabes la dirección de la familia?

—Ni idea. Nos dijo que venía de Rumanía, pero cuando le pedíamos su dirección siempre se escabullía y nunca nos la daba.

Leo y yo nos miramos. No sabemos ya qué más preguntar. El problema es que tampoco sabemos muy bien qué hacer.

Me vuelve a sonar el móvil con otro mensaje de Benjamín. Sé que lo ha visto Leo por el rabillo del ojo al iluminarse la pantalla. Vuelvo a guardarlo en el bolsillo del pantalón mientras salimos de nuevo hacia la calle.

Cuando bajo las dos escaleras de entrada, noto unas manos que me tapan la boca con fuerza y me levantan del suelo. Leo grita. La oigo, pero no la veo. También retumbar voces cargadas de histeria de Elsa. Yo pataleo para deshacerme de esos brazos. El móvil sale disparado. Un coche negro se para y me intentan meter a la fuerza. Lanzo una patada y golpeo al que me ha atrapado. Siento que me arroja al suelo.

Luego todo se vuelve negro.

Silencio.

Solo oigo el ruido del motor.

Creo que ha pasado mucho tiempo. Está todo oscuro pero noto perfectamente unos golpes y el ruido de un coche. Me duele mucho el cuello, el hombro y la cabeza. Intento no perder la calma. Juraría que oigo a Miguel.

—¡Claudia, Claudia! ¿Estás bien?

Me mueven entre varios. Intento abrir los ojos y solo veo manchas a mi alrededor y una luz que me hace daño. Oigo el ruido del tráfico y de la gente. Sí, parece la sirena de la Policía.

—¿Dónde está Leo? —alcanzo a decir. Mi voz suena más débil de lo que me gustaría. Siento que me han elevado en una camilla portátil. Es curioso, años atendiendo a pacientes que venían en este armatoste y esta vez yo ocupo su lugar. En la vida no podemos darlo todo por sentado. En unos minutos los papeles se invierten y no podemos hacer nada, salvo adaptarnos.

—¿Estás bien Claudia? —Miguel no me ha oído antes. Intentaré lanzar la voz con más potencia, pero noto que me fallan los pulmones. Aun así, me muevo y compruebo que estoy bien. Abro los ojos con cuidado y percibo un techo blanco, un espacio cerrado, un hombre junto a mí cogiéndome de la mano.

—Sí, un poco entumecida, pero estoy bien —le contesto con el tono de voz más elevado, por fin.

He perdido la noción de cuánto tiempo llevo aquí. No sé muy bien qué ha pasado. Mis pensamientos parecen borrosos. Creo que estoy en una ambulancia, pero no se ha puesto en marcha. Voy recordando lo que ha pasado. ¿Dónde estará Leo? Me intento incorporar y a pesar del dolor de los golpes, lo consigo. Miguel me retiene.

—¡Espera Claudia! Puedes marearte. Te he curado los rasguños y llevas hielo en la cabeza. También un hematoma en la nuca, reciente pero no de hoy. Hay que trasladarte al hospital por si tuvieras alguna

lesión interna. Pero ¿qué ha pasado Claudia? La Policía quiere hablar contigo y les he dicho que esperen a esta primera cura.

Reacciono con rotundidad, sacando las fuerzas de donde no están.

—No, al hospital no, me encuentro bien. Lo sé. Ha sido solo un golpe que me ha conmocionado. ¿Ha sido un intento de secuestro? No me lo puedo creer. ¿Dónde está Leo?

Ya incorporada en la camilla, me sitúo. Menos mal que me han metido a la ambulancia porque una gran cantidad de curiosos se ha arremolinado a nuestro alrededor. Incluso me parece distinguir a los menas del centro al que hemos acudido y a Elsa que veo que está conversando con un agente.

—¿Dónde está mi bolso y mi móvil?

—Aquí —me indica Miguel—. No sé si te funcionará el móvil porque ha salido disparado según me ha dicho la chica africana. Toma este Nolotil y déjame ver la inflamación de los golpes. ¿Vas a decirme qué pasa?

—Miguel, yo tampoco lo sé. Estábamos Leo y yo hablando en la calle y alguien ha aparecido por detrás y nos ha sorprendido. Creo que pretendía secuestrarnos. He oído gritar a Leo. ¿Puedes decirme dónde está? —le increpo de nuevo con impaciencia.

—No lo sé, Claudia —me responde bajando la mirada. No me ha gustado el tono. Sé que le ha pasado algo malo.

Siento un dolor agudo en el estómago y rabia, mucha rabia. Intento levantarme, y lo hago con dificultad. Entran dos agentes. Uno de uniforme, pero otro no.

—¡Buenos días! Soy el inspector Ortigosa y este es el subinspector Rey. Queremos hacerle unas preguntas.

—Agentes, por favor, este no es el momento. La paciente está en *shock*. Debemos trasladarla al hospital —exclama Miguel con voz firme e intentando interponerse entre los policías y yo.

Uno de ellos, el que no lleva uniforme, responde:

—Lo sentimos, pero si la víctima está consciente debemos hablar con ella. En los casos de desapariciones es vital tener el máximo de información lo antes posible. Es la única manera de llegar a tiempo a detener a los delincuentes —replica con firmeza.

Incorporo la cabeza para verle pues ya voy recuperándome. Es un hombre de unos cuarenta y cinco años con una camisa azul impecable. Me da confianza. La confianza suficiente para sincerarme con él.

—¡Por supuesto, inspector! Aquí me tiene y, además, no pienso ir al hospital. Soy enfermera y sé que estoy bien, solo ha sido un golpe. Mi nombre es Claudia. Mi amiga y yo estábamos en la calle y alguien nos ha sorprendido por detrás y ha intentado introducirnos en un coche. ¿Dónde está mi amiga? ¿Qué le han hecho? ¿Por qué no responde nadie? ¡Por favor, hay que hacer algo! ¡Son hombres muy peligrosos!

El inspector me mira fijamente.

—Siento decirle que su amiga no ha corrido la misma suerte. Han logrado llevársela a ella y por este motivo debemos interrogarle lo antes posible.

—¡Dios mío, no! —exclamo con la voz que voy recuperando poco a poco—. Esto no puede ser verdad.

Me llevo literalmente las manos a la cabeza y cierro los ojos. Tal vez todo sea una pesadilla. ¿Cómo he podido arrastrar a mi amiga a esto?

—Los datos personales se los pedirá un agente después para firmar la declaración, pero es muy importante que colabore en todo lo que pueda porque es crucial encontrar a su amiga cuanto antes. Necesitamos su consentimiento para grabar la conversación.

—¡Lo entiendo! No hay problema. —Me recompongo, como me pediría Leo y respiro hondo. He de salvarla—. Quiero colaborar en todo y sobre todo encontrar a mi amiga.

—¡Muy bien! ¿Qué hacían aquí, en esta calle? Hemos contrastado sus datos con el DNI y está lejos de su domicilio habitual.

Me lo temía. Creo que ha llegado la hora de decir la verdad. En el fondo, deseo hablar y contarle todo.

—Verá, inspector. Soy enfermera y mi amiga Leo (bueno, Leonarda García) es psicóloga. Las dos trabajamos en el Hospital Clínico de la ciudad. Hace dos días llegó a nuestras instalaciones una adolescente que había intentado suicidarse. Es rumana y tendrá unos quince años, aunque parece mayor porque es muy alta. Ayer se escapó de la habitación de hospital donde estaba ingresada y, como gracias a una llamada de la asistente social descubrimos que se trataba de una menor extranjera no acompañada, decidimos venir a este centro para ver si había regresado. Me dijo que la habían engañado, que un señor trajeado, posiblemente ruso, la buscó junto a otras chicas con el pretexto de un futuro mejor. Le prometió que iría a Francia a trabajar cuidando niños y realizando labores del hogar. Pero terminó aquí en España. Se llama Crisa. Creo que puede estar en peligro. Se escapó del centro de menas y del hospital.

Creo que he logrado decir todo de forma coherente. Bueno, he obviado que la llevé a mi casa, no me atrevo a decirlo. El inspector ha tomado alguna nota a mano mientras, el subinspector está grabando la conversación.

—¿Cómo es esa chica? —pregunta muy serio. Me parece que esta historia no le coge por sorpresa.

—Es muy alta, se le dan más de quince años. Es guapa, piel blanca y lleva el pelo largo, rubio. Está muy delgada. Viste vaqueros y camiseta negra. No tiene papeles que la identifiquen.

—¿Habla español?

—¡Perfectamente! Tiene un ligero acento de su país de origen, pero se expresa correctamente —respondo con nerviosismo. Me sigue doliendo el cuerpo y el alma…

—Llevamos tiempo detrás de una red de tráfico de personas y por el perfil, podría encajar en dicha red. Es importante encontrarla, porque ella nos puede llevar al cabecilla de esa organización.

Me siento un poco mareada. El inspector baja de la ambulancia para hablar por teléfono y su acompañante parece que está enviado algún archivo por el móvil. Miguel también está abajo y me pregunta gritando si estoy bien. Le respondo con el pulgar hacia arriba. En cuanto aparece el inspector, este continúa con las preguntas.

—Dígame ¿por qué cree que la chica se intentó suicidar?

—No lo sé. Por lo poco que he hablado con ella, me pareció una joven de carácter fuerte. Precisamente mi amiga que es psicóloga y yo queríamos hablar con ella. Creemos que unos hombres extranjeros, posiblemente rusos, la perseguían. También quiero decirle que yo debo de estar implicada, ya que la atendí personalmente en el hospital. Antes de ir al centro de menas, alguien entró en mi casa y lo revolvió todo. Me la habían registrado completamente. No sé qué podían buscar.

El inspector se queda sorprendido.

—No tiene mucho sentido que fueran a su domicilio. ¿Tenía usted una relación de amistad con la chica? ¿Estuvo en su casa?

No puedo admitir que sí porque creo que esto conllevaría problemas para mí, así que no me atrevo a contarlo.

—La atendí en el hospital y sabía mi nombre, Claudia. Tal vez si esos hombres investigaron, dieron con mi domicilio —logro decir con la voz temerosa. No sé si sospechará algo. No se me da bien mentir.

—En ese caso, enviaré a dos agentes por si pueden encontrar alguna huella. Sería bueno que fuera con ellos por si ve algo distinto y aproveche para hacer un equipaje y ocultarse de momento en casa de algún familiar o amigo.

Creo que tiene razón. No podría dormir sola esta noche. Tengo miedo. Yo solo soy una enfermera. ¿Y qué le habrá pasado a Leo? ¡Estoy tan preocupada!

—Hasta que llegue, los agentes pueden pedir la copia de las llaves que guarda el portero. Es en el 4.º A —añado rápidamente—. ¡Por favor, encuentren a mi amiga! —les suplico.

—Estamos en ello —me responde el policía con una mirada serena y tranquilizadora—. Aún no he terminado. Le ruego un esfuerzo más. ¿Desde cuándo hace que conoce a su amiga?

—Desde hace 21 años.

—Descripción —me pide con voz casi autómata.

—Es alta, de constitución fuerte sin estar gorda, voluptuosa. Es pelirroja y hoy llevaba el pelo recogido en una coleta, un vestido azul estampado de flores y un bolso de paja muy grande. Sus ojos son azules, la nariz pequeña y el rostro salpicado de pecas pelirrojas.

—Buena descripción —me dice mientras lo anota—. ¿Cuántos hombres piensa que les asaltaron y cómo fue? Explíqueme todo lo recuerda y no se deje ningún detalle. Hasta lo más anodino puede tratarse de una pista.

—Está bien. Estábamos distraídas cuando, de repente, una mano me tapó la boca con fuerza y sentí que me alzaban del suelo. Oí gritos de Leo y de Elsa (la chica africana del centro de menas que estaba entrando en el edificio tras haber hablado con nosotras). Forcejeé con tanta fuerza, que una de las patadas que lancé al aire, chocó con la pierna del secuestrador y automáticamente me tiró al suelo, imagino que por un acto reflejo debido al dolor. Allí todo se volvió oscuro. El siguiente recuerdo que tengo es el de volver al mundo real y escuchar a mi compañero Miguel que es quien me ha atendido.

—Muy bien. ¿Podría darme algún detalle de alguno de esos dos hombres?

—No sé, nos sorprendieron por detrás.

—Algo acerca de la ropa o quizás algo en las manos…

—¡Sí, inspector! Recuerdo unos zapatos de piel muy nuevos y muy caros de color negro. Y con esos zapatos, creo recordar que llevaba un pantalón de vestir, quizás un traje de color azul marino. No iban vestidos de forma casual.

—Buen detalle. ¿Algo más?

En ese momento, nos interrumpe el sonido de mi móvil que yace en mi inseparable bolso mochila sobre un rincón de la camilla de la ambulancia.

—¡Cójalo! —me ordena el inspector Ortigosa con voz autoritaria. No cabe duda de que está acostumbrado a dar órdenes. Me acerca el bolso y temblando, lo saco.

Capítulo 14. Las sorpresas son la sal de la vida

Veo el nombre del interlocutor reflejado en la pantalla y suelto el aire que llevo dentro más aliviada. Miro al inspector.

—Es un amigo. Tenía que haberle respondido un wasap, nada importante.

He perdido la noción del tiempo. Me duele todo el cuerpo y toda el alma. Me siento culpable de haber arrastrado a mi pelirroja a este lío. ¿Cómo le voy a explicar todo esto a Benjamín o a mis padres? ¿Y a Eric? Igual entonces se preocupaba un poco por mí. Pero ¡maldita sea! ¿Por qué tengo que acordarme de él en estos momentos?

El inspector Ortigosa me pregunta si puedo decirle algo más. Mi cabeza sí recuerda, pero algo diferente. No sé por qué se cuela en mi cabeza un recuerdo.

Cuando llegó la decisión de seleccionar una rama de estudios de bachillerato, elegí la opción de ciencias, siguiendo los consejos de doña Teodosia y tuve la mala suerte de que la líder también escogiera esa opción. Ese año, destaqué más que nunca en Matemáticas y Física y ella también. De forma natural, comenzamos a competir porque éramos las mejores, pero siempre que podía seguía buscando la forma de ponerme zancadillas. Tenía una capacidad inusual para humillarme solo con sus miradas de desprecio.

Un día, desapareció mi cuaderno con todos los apuntes de Matemáticas. Teníamos el examen al día siguiente. Lo busqué en el cajón, después en la mochila, pero no aparecía. Estaba segura de quién me lo había quitado. Esperé a que bajara al recreo y rápidamente me lancé a mirar su cajón antes de que la profesora de guardia me echara del aula.

No encontré nada.

En el recreo, lo comenté con mis compañeras mayores y una de ellas, sin pensárselo dos veces, exclamó:

—Claudia, creo que vas a tener suerte. Justo hoy he traído el cuaderno del año pasado porque no recuerdo bien cómo se hacían los sistemas y allí lo tengo todo explicado. Si quieres, cuando subamos, te lo doy.

—¿De verdad? —pregunté con sorpresa.

—¡Pues claro! Y aunque no lo tuviera, niña, tú sabrías hacer ese examen sin estudiar. ¡Menudo coco tienes! ¡Si a mí me has explicado cosas de este año que todavía tú no has visto!

—Bueno, tampoco exageres. Hay cosas que se pueden deducir, sin más. No hay que ser un genio. ¡Gracias, gracias y mil gracias! ¡Me has salvado la vida! —le dije sonriendo.

Y así ocurrió. Pude repasar unas fórmulas y en el examen obtuve un 10 al igual que la líder. Cuando nos felicitaron en clase, en lugar de alegrarse por su nota, solo se mordía el labio con nerviosismo e incredulidad. Su jugarreta, no había salido bien.

Pero esto no se podía quedar así. Mi cuaderno apareció a los dos días en mi cajón, totalmente rayado y manchado con boli y corrector. Eso me dolió. Mucho. A quienes nos gusta estudiar, nos gusta conservar los apuntes perfectos, limpios para poder consultar en un simple vistazo lo que buscamos y aquella malnacida había llenado de borrones mi cuaderno al igual que mi vida escolar.

Llena de rabia, decidí actuar. Debía hacer algo, aunque no tenía evidencias de que hubiera sido ella, salvo mi instinto y mis sospechas.

Pues bien, nos dieron la fecha del examen eliminatorio de una parte de matemáticas correspondiente a trigonometría. Si la hacíamos bien, en el examen final, no tendríamos que estudiarla de nuevo.

Para la trigonometría, hay que tener unos buenos apuntes con las figuras y sus medidas muy bien representadas. Así pues, decidí copiarme los apuntes buenos en casa en otro cuaderno mientras estudiaba y cambiar los signos de las operaciones matemáticas y las fórmulas del que se suponía que era mi cuaderno de clase.

Una vez más, cuando fui a recoger mi material, no estaba mi cuaderno de Matemáticas. Me volví hacia la líder y me lanzó una sonrisa irónica de unos segundos mientras disimulaba conversando con sus secuaces. Yo, por mi parte, fingí desesperación cuando en realidad, estaba contenta de que mi plan saliese adelante. Y llegó el día del examen. Fue bastante duro, creo que duró tres horas.

De nuevo, siguiendo el patrón anterior, fácilmente predecible, mi cuaderno volvió a aparecer manchado y lleno de borrones como en la anterior ocasión. Esperé con calma la semana de corrección y llegó, por fin, el momento de los resultados.

Obtuve de nuevo un 10. Y la líder suspendió con un 1,5. Se quedó

blanca, con cara de incredulidad. Increpó luego a la profesora, quien la expulsó de clase. Y se marchó dando un portazo que le costó una nueva sanción de parte de la directora. Creo que no estuvo mal darle un poco de su propia medicina, ¿no os parece?

—Claudia, le he preguntado si recuerda algo más —me repite el inspector Ortigosa con una mirada de preocupación que a mí me resulta de lo más seductora. Tengo que volver a donde estaba.

Tengo que rememorar la mala experiencia del secuestro. Esto es lo malo de las víctimas de cualquier agresión. Hay que contar lo que ha pasado y volver a revivir esos desagraciados momentos.

—Creo que no.

—¡Está bien! Tenemos suficientes datos para continuar. Si recuerda algo más, por favor, llámeme a este teléfono —exclama el inspector alargando con su mano una tarjeta de visita con su móvil.

—¡Un momento! —interrumpo—. Igual es una tontería…

—No, no, a veces los detalles más anodinos pueden ser importantes.

—Olía a perfume o *aftershave*. El que me agarró desprendía ese perfume en manos y cuerpo. Las manos eran muy anchas. Llevaba un tatuaje, creo, en el dorso de la mano. Me tapó la boca de lado a lado y… sí, llevaba un anillo grueso que me hizo daño porque se me clavó en el labio. De hecho, tengo esta herida —le explico señalándome el labio interior.

—¿Cómo era el tatuaje?

—No lo sé, lo tengo todo borroso en mi cabeza. Yo diría que era algo parecido a una estrella.

El inspector Ortigosa apenas me mira. Asiente con la cabeza, no parece mostrar sorpresa sino preocupación. Termina de anotar datos y se dispone a salir. No puedo evitar dirigirle una súplica.

La encontrarán, ¿verdad?

El inspector ahora me dirige una mirada directa:

—Haremos todo lo que esté en nuestras manos. Ahora es muy importante darnos toda la prisa posible. Las primeras 24 horas son cruciales para encontrarla a tiempo. Váyase tranquila y deje este asunto en manos de la Policía. Es conveniente que no se marche fuera del país.

Me mira con preocupación y con ternura. Se va. Me quedo sola en la ambulancia. No es necesario que me lleven al hospital. Miguel y el médico entran y les agradezco sus cuidados, pero les digo que me ha dicho la Policía que debo ir a casa. No me apetece contarles nada más. Miguel insiste, pero no me presiona. Entiende que debo estar pasándolo mal. Quiere llevarme a casa, pero en ese momento, le llaman por una urgencia. Le prometo que estaré bien así que me marcho. Caminar me vendrá bien.

Esa estrella del tatuaje es la misma estrella de cinco puntas que deslizaron bajo mi puerta el día en el que me dejaron aquel pajarillo en la bolsa de plástico. Sin duda era una advertencia. ¿Quiénes son? ¿A qué banda pertenecen?

Comienzo a caminar para despejarme absorta absolutamente en estos pensamientos cuando veo un rostro amigo. Es Benjamín. Se me ilumina la cara.

—¿Cómo sabías…?

—Me avisó Miguel. Clau, ¿qué es eso de que han secuestrado a Leo? ¿Qué está pasando?

Siento que me desvanezco y caigo a cámara lenta, pero me recoge. No llego a perder del todo la consciencia. He medido mal mis fuerzas. Benjamín me da un caramelo y me dice que necesito azúcar y comer algo.

—Te voy a llevar a casa —afirma con voz contundente. Cuando saca su lado autoritario es imposible llevarle la contraria.

—¡No! Tenemos que buscar a Leo —replico sin éxito. No tengo fuerzas, pero me puede el corazón.

—De eso se encarga la Policía, pequeña. Primero tienes que comer algo, descansar y recuperarte —añade con dulzura.

Si no fuera tan mujeriego, Benjamín sería el hombre ideal. Atento, amable, divertido, a veces serio, y siempre seguro de sí mismo.

Al principio Eric también irradiaba esa seguridad, pero poco a poco la desconfianza comenzó a hacer mella en nuestras vidas y comenzó a replegarse en sí mismo. Yo no supe saber lo que ocurría. Simplemente se estaba desenamorando. Las cosas son así. A veces no hay razones, ni siquiera otras personas. Simplemente un desgaste debido a la rutina y la falta de admiración por el otro que va decayendo poco a poco de forma imperceptible pero certera. A mí no me ocurría, pero a Eric sí. Y con que a uno de la pareja le ocurra, esa carcoma destruye el corazón de cualquier relación.

Mejor no seguir pensando en él. Debo concentrarme en lo que está ocurriendo y Benjamín es quien ahora mismo me está brindando su apoyo.

—Perdona, Benjamín. ¿Has dicho comer? La verdad es que en casa no tengo comida. Hoy debía de haber acudido a llenar la despensa y mira dónde estoy. Además, no me apetece mucho porque han ido unos agentes a buscar huellas a mi casa y no quiero ver cómo miran el desbarajuste que me han montado.

—¿Qué desbarajuste? ¿Les has dado tus llaves a los policías?

—Les dije que se las pidieran a don Jaime, él tiene copia.

Benjamín me ayuda a sentarme en su coche y me dice que le espere. En el restaurante de comida rápida que casualmente se encuentra cerca al coche, compra dos hamburguesas y patatas fritas.

Aparca junto a un parque cercano y nos sentamos en un banco mientras vemos a unos niños corretear y varios ancianos paseando bajo el tímido sol de otoño.

Me como la hamburguesa en silencio. Parecía que no tenía hambre, pero poco a poco me la como entera y me sienta bien. Él también se la ha comido y espera con impaciencia a que yo acabe.

—¿No has ido al hospital? —le pregunto.

—¡No! Después de lo del chico del accidente, la jefa me ha dado un permiso. Mejor así. Además, me debían días. Necesito pensar en otras cosas.

—¡Qué bien te trata la jefa! ¿No? —le digo con ironía.

—¿Estás celosa? —pregunta con esa media sonrisa pícara ensayada pero natural, fruto de tantos años siendo un seductor.

—¡Por favor! ¿Te crees que soy la presidenta de tu club de fans?

—No me importaría que lo fueras —responde con descaro.

—Eres lo peor —le respondo desviando la mirada hacia los restos de hamburguesa.

Sonríe y pasan unos instantes en los que nos quedamos en silencio. Yo ya me siento bien, aunque dolorida. Benjamín intenta aparentar normalidad, pero las ojeras le delatan. Imagino que será por la muerte del chico. Los sanitarios vivimos así, intentando esquivar la muerte y reparar cuerpos, pero no siempre lo logramos y comprenderlo forma parte de nuestra profesión y de nuestra vida.

—¿Me lo va a contar ya? —Ahora Benjamín se dirige a mí en un tono más grave. Nos ponemos serios. ¿Debería contarle todo? Bueno, estoy asustada y creo que me vendrá bien confiar en alguien. Al fin y al cabo, es mi amigo.

—Sí, claro. Todo comenzó el martes cuando trajeron a Crisa al hospital, la chica que intentó suicidarse.

Su rostro cambia la expresión. Parece preocupado. Le relato toda la historia. Mientras, él me escucha atentamente. A él sí que le revelo que fui al hospital a visitar a la chica, no sé por qué y que la alojé por la noche en mi casa. Le cuento nuestras conversaciones y no me interrumpe, pero se queda muy pensativo. También le explico lo de la estrella de cinco puntas y el pájaro.

—Claudia, sé que todo lo has hecho con buena intención, pero deberías haber explicado a la Policía que la chica pasó la noche en tu casa. Es un dato que te pone en el punto de mira. Si cuentas la verdad, aunque puede que hayas actuado mal, esto te da el estatus de víctima, no de verdugo. Ten en cuenta que lo más probable es que revisen las cámaras de seguridad del hospital y vean que fuiste tú la que estuviste con ella antes de escaparse de allí. Y, sobre todo, esos hombres te buscan a ti y por eso han intentado secuestrarte. Seguro que volverán, no puedes quedarte en tu casa. Pero hay una cosa que quería decirte.

—¿Qué?

—Creo que, en realidad, la chica no quería cortarse las venas. Las heridas no eran del todo profundas, aunque perdió sangre y no las realizó en la dirección más temeraria. Además, lo llevó a cabo en los servicios de un bar donde sabía que pronto la verían —afirma Benjamín—. ¿Por qué crees que lo hizo?

—Es cierto, todo encaja. Pienso que igual lo hizo para escapar. A lo mejor esos hombres la habían localizado y solo se le ocurrió esa forma de huir de allí.

—Eso tiene sentido. Parece muy lista, pero casi muere en el intento. Esto no es un juego, Claudia, y me temo que tanto ella como tú estáis en grave peligro. Esta noche vendrás a dormir a mi casa.

—Será una broma —le pregunto con incredulidad—. Te lo agradezco, pero puedo ir a un hotel.

—No, no pienso dejarte sola ahora. Y tranquila que no muerdo, si es eso lo que piensas —me dice acariciándome la cara. Casi me siento culpable por desconfiar de él y ponerle en entredicho.

De repente, se ilumina algo en mi interior. Creo que sé dónde puede haber ido Crisa. Me acaba de venir una idea a la cabeza. Es como un pálpito.

—Vamos a mi casa, Benjamín. Tengo que comprobar algo —le digo con energía y agarrándole del brazo.

Él me mira con sorpresa y sonríe al verme reaccionar. Yo también puedo ser una mujer de acción. Arranca el coche sin hacer más preguntas y pone rumbo directo a mi casa. Puede que encontremos alguna pista.

Capítulo 15. Al fin del mundo

En la portería hay varios vecinos arremolinados picados por la curiosidad de ver un coche patrulla en la puerta. Nada más verme, don Jaime se hace paso entre el grupo de gente un tanto nervioso, casi a empujones y se produce un silencio sepulcral. A estas alturas, todos saben que los policías han entrado a mi piso.

—Doctora Claudia, han venido unos policías y me han pedido las llaves de su casa. He tenido que dárselas. No le parece mal, ¿no?

—No se preocupe, don Jaime, ha hecho bien, les estaba esperando.

—¿Está usted bien? —Me mira preocupado la herida del labio y también mira a Benjamín que discretamente se ha colocado detrás de mí.

—Sí, no se preocupe —le contesto con voz tranquilizadora.

Pero su mirada y la de los demás está esperando una explicación. ¿No os ha pasado alguna vez que sin quererlo sois el centro de atención de algo y no sabéis cómo dejar de serlo? En este caso, a mí no me apetecía dar explicaciones de ningún tipo, pero el portero sabía lo de la nota, había visto la visita extraña de aquellos hombres extranjeros, después aparecía yo con Leo, ahora los policías y mi labio ensangrentado… Me veo obligada a excusarme con lo primero que se me ocurre.

—Ha sido un robo, pero no puedo decir más porque tengo que ir con los agentes. Muchas gracias por todo —exclamo como hacen los famosos cuando quieren desembarazarse de algún periodista fastidioso.

—¡Oh claro, claro! —asiente don Jaime, a la vez que deja un pasillo para que tanto Benjamín como yo podamos llegar al ascensor. Todos los vecinos nos miran. Mientras esperamos, oímos que ahora

comienzan a hablar sobre las puertas blindadas, la seguridad en el barrio, las bandas de delincuentes, cómo habían cambiado las cosas, etc.

—¡Vamos, Benjamín!

Él sonríe y me abre la puerta del ascensor. Siempre ha sido muy caballeroso y a mí eso, la verdad es que me encanta. Ojalá todo el mundo tuviera esos modales. Nada tiene que ver con machismo ni feminismo. A mí me parece simplemente buena educación, un gesto de deferencia, ¡me encanta! Me hace sentirme especial.

—¡Estoy tan preocupada por Leo! Espero que no le hagan daño. No puedo dejar de pensar en ella.

—¡Eh, pequeña! No estés preocupada —vuelve a acariciarme la mejilla—. Hemos de confiar en que la Policía la encuentre pronto. Pero cuéntame cuál ha sido tu revelación.

—Espera que entremos en casa y te digo.

Al entrar, un agente de pie en el salón está terminado de hacer fotos. No veo ni al inspector Ortigosa ni al subinspector Rey. Imagino que eso es buena señal y que dejan a los agentes hacer este trabajo para investigar ellos por otro lado.

—Soy Claudia Márquez, la dueña del piso. Tal y como lo ven lo dejaron esta mañana. No he echado en falta nada. Este es mi amigo Benjamín Lorenzo. Me está acompañando.

Un agente viene hacia mí. Lleva su identificación sobre la solapa y se presenta. El otro, está en el despacho de Eric. No ha salido cuando ha oído la puerta. Imagino que está buscando huellas.

—Buenas tardes, señorita Márquez. Estamos indagando e intentando encontrar pistas ¿le importaría decirnos a qué hora salió de casa y a qué hora volvió?

No espera a que deje mi bolso para apabullarme con preguntas. Benjamín sigue detrás de mí.

—Salí a las 9:30 h aproximadamente y volví con mi amiga Leo, la que acaban de secuestrar, sobre las 10:55 h, más o menos. Miré la hora cuando subía con mi amiga en el ascensor.

El agente lo anota todo. Su seriedad me pone un poco nerviosa. Me impone mucho respeto ver agentes uniformados en mi casa. Me enseña una bolsa de plástico que contiene la nota de la estrella del día anterior.

—¿Puede decirme algo sobre esto? ¿De dónde lo ha sacado? ¿Reconoce el dibujo?

—Lo recibí el miércoles. Más bien llamó alguien a la puerta. No había nadie cuando miré por la mirilla. Al salir, casi lo piso. Lo habían dejado en el suelo junto a una bolsa con el cuerpo ensangrentado de un pajarillo sin cabeza. La verdad es que pensé que sería una broma macabra de algún niño de la casa. No tengo ni la más remota idea de

quién ha podido enviarlo…

Creo que este comentario no le ha gustado demasiado. El policía ha fruncido el ceño y ha movido la cabeza con gesto de desaprobación.

—¿Por qué no lo denunció antes? —me pregunta de forma inquisitoria.

—Vamos, agente. Es un simple dibujo. Si hemos de llamarles a ustedes cada vez que alguien envía alguna nota anónima o mensaje… no darían abasto —dice Benjamín para ayudarme. Yo me he quedado casi sin reaccionar porque me siento una estúpida. Tiene razón, debería haberlo denunciado.

El agente se va enfadando cada vez más.

—Le preguntaba a ella, no a usted. ¿O es que acaso estaba aquí cuando sucedieron los hechos?

Benjamín se dispone a responder a ese tono desafiante así que me adelanto e intercepto su respuesta lo antes posible.

—No, no, disculpe, por favor, mi amigo solo quiere ayudar y ha sido una opinión. Verá, estamos muy nerviosos con todo lo que ha ocurrido.

El agente sostiene la mirada de Benjamín unos segundos.

—A usted no le corresponde juzgar este tipo de mensajes. Trabajando donde trabaja hasta esta nota puede conllevar un peligro. No sabe en lo que podría convertirse, así que le recomiendo que no haga esos comentarios. Sigamos ¿echa en falta algún objeto personal, documentación, tarjetas de crédito?

—¡Sí! Bueno, ¡no!

Terrible contestación. Me he puesto nerviosa.

—Señorita Márquez, ¿está ocultando algo?

—¿Yo? ¡No!

He de salir del paso como sea.

—Bueno, es que he perdido mi chaqueta azul pero no estoy segura si me la dejé en el hospital, en la cafetería donde he desayunado con mi amiga, en la ambulancia o, tal vez, en el coche.

Percibo que Benjamín parpadea en un gesto claramente reprobatorio. Me temo que no debería haber dado este detalle.

—¿Le ha comentado esto al inspector Ortigosa?

—Creo que no…

—¿Podría decirme cómo era?

—Una chaqueta azul marino de punto con dos solapas y unos botones de color transparente. Pasa muy desapercibida, una prenda del día a día.

El segundo policía parece haber terminado su trabajo. Ha salido del despacho de Eric y ha recogido unos dibujos del suelo. Imagino que habrá sido por si veía huellas.

—Si recuerda más datos, por favor háganoslo saber. Nosotros ya

hemos terminado. Nos vamos ya. Aquí le dejamos las llaves —añade con gravedad.

—¿Pero han encontrado algo? ¿Alguna huella?

—Verá, esto forma parte de la investigación y todo ha de pasar por el laboratorio, así que no puedo decirle nada más. En principio todo estaba limpio de pruebas. Quien le ha desvalijado el piso llevaba guantes y sabía lo que hacía. Gracias por su colaboración.

El otro agente se marcha detrás de él sin despedirse y sin mirarnos. Por el pasillo se va quitando unos guantes blancos de plástico y me fijo que lleva un maletín. Allí ha debido de ir a parar la nota que ha recogido el policía con el que he hablado.

Benjamín y yo nos quedamos solos. Me mira. Me mira de una manera en la que nunca me había mirado antes. Yo diría que con cierta admiración. Me retira el pelo para examinar la herida de mi labio. Me encanta cómo huele. Es la mezcla de su colonia con su cuerpo. Me tranquiliza estar junto a Benjamín ahora mismo.

—Claudia, ¿en qué lío te has metido, preciosa? Parece que has dejado de sangrar hace rato.

Sonrío y bajo la mirada. Creo que no es momento para coquetear tal y como están las cosas, pero reconozco que me siento atraída por él y ahora mismo, desearía que me abrazara. Que me abrazara fuerte.

—Benjamín, tengo que mirar una cosa en este cajón.

Él se aparta y me deja pasar al salón. Creo que acabo de romper un momento mágico. Allí abro uno de los cajones y con un suspiro lo vuelvo a cerrar.

—Creo que ya sé dónde está Crisa —susurro en voz baja, pero con seguridad—. ¡Está en Suances! Ha cogido las llaves del apartamento.

—¿Y cómo sabe que tienes un apartamento en Suances? —me pregunta.

—Salió ayer por la noche en el transcurso de la conversación. Y las llaves están en un llavero en el que aparece el faro y «Suances» grabado bajo el dibujo.

—¡No eres muy precavida! —musita Benjamín.

Observo a Benjamín unos segundos. Con esos vaqueros y la sudadera gris parece mucho más joven. También ayuda que tiene mucho pelo y su cuerpo fuerte y bien tonificado. En Medicina, Leo y yo nos reíamos porque muchos compañeros de carrera ya sufrían de alopecia. No sabíamos si de estudiar mucho o por trasnochar tanto, pero el día de la fiesta de graduación, algunos parecían nuestros padres.

—¿Y cómo podría pensar que esta niña iba a huir tan débil como estaba y además me iba a robar las llaves del apartamento?

Benjamín sonríe y cuando lo hace sus ojos se empequeñecen y brillan. Los tiene muy oscuros pero muy expresivos. Toma la palabra

mientras se sienta en el sofá, en el único hueco que no contiene ningún objeto tirado sobre él.

—Claudia, es hora de ponerse en marcha. ¿Qué te parece si vamos allí? Yo tengo libre y podemos coger mi coche. Solo tienes que hacer un equipaje sencillo.

—¿Y no se lo decimos a la policía? —pregunto con temor—. Me han dicho que no debo alejarme de aquí, de mi ciudad. No sé si esto es muy legal.

—Sé lo que quieres decir. Ahora te entra la sensatez. Pero piensa ¿les vas a explicar que te la llevaste del hospital? Le he hecho una consulta a mi hermano Marcos, el abogado y ¿sabes lo que me ha dicho? Te leo textualmente: «Existe un delito en el artículo 460 del Código Penal por el que se castiga a todo aquel testigo, perito e intérprete que, sin faltar sustancialmente a la verdad, la altera con reticencias, inexactitudes o silenciando hechos o datos relevantes que le fueran conocidos».

—¡Benjamín, por Dios! ¿Cómo me dices eso? —le pregunto con una mezcla de sorpresa y miedo—. ¿Cuál es la pena por ello?

—Según mi hermano, se podría imponer una multa, así como un tiempo de suspensión de empleo o cargo público.

Yo también me dejo caer en el sofá pálida.

—Eh, vamos, me has dicho que nadie te vio y solo lo sabemos tú y yo —me dice cogiéndome de la mano. Su mano quema. La mía está helada. Se la retiro en un movimiento reflejo. Se da cuenta, pero no le da importancia.

—Y la pobre Leo.

—Bueno, pues seguro que nadie se entera y, además, siempre podríamos justificarlo con ella. Como bien dices ahora estamos preocupados por Leo ¿No ponemos en marcha?

—No sé. Déjame que tome una ducha y me cambie de ropa y lo pienso.

—Clau, es una opción encontrar a la cría antes que ellos. Está claro que ella debe saber algo y nos puede decir quiénes son esos hombres y por qué parecen perseguirla. También puedes acudir al inspector de Policía y que envíe a unos agentes. Pero te preguntará que de dónde ha podido sacar las llaves del apartamento y tendrás que contarle que te la llevaste tú del hospital. Calculo que en cuatro horas podemos presentarnos allí. A mí no me importa conducir, Clau.

Me quedo pensativa mirándole. Algunas veces se toma la confianza de llamarme así. Y me desarma.

—Venga, date esa ducha y yo te ayudo a recoger un poco esto.

Benjamín se agacha y pone las sillas de pie y los cuadros sobre la mesa. Alguno está rajado al haberlos tirado al suelo.

Le dejo que me ayude porque yo no tengo fuerzas. Oigo que está

recogiendo cristales. En mi habitación puedo encontrar unos nuevos vaqueros y dos sudaderas. Con eso será suficiente.

Ya en la ducha el agua caliente parece abrazarme. Mis músculos se relajan. Me descubro un hematoma rojo que hace que mi muslo esté endurecido y dolorido. Menos mal que no estoy sola ahora mismo porque no sabría qué hacer ni cómo actuar.

Volver a Suances no será fácil. Desde lo de Eric no he vuelto a ir. Lo he echado de menos, sobre todo el mar, el silencio por la noche, la soledad que tanto me gusta. Pero cada ola, cada grieta, cada pedazo de agua atrapada en las rocas me recordará mis años felices. Cuando sentía que teníamos toda la vida por delante. Cuando no nos preocupaba el tiempo ni el espacio ni el dinero. Tan solo mirar las estrellas y acariciarnos en la noche.

Creo que es el momento de volver, porque por encima de mis sentimientos hay una chica a la que deseo ayudar. Siendo tan joven ha debido de sufrir mucho y no voy a consentir que le pase nada. No hay derecho a que alguien se apodere de otras personas y menos una joven que apenas ha empezado a vivir.

La decisión está tomada. Iré con Benjamín. Salgo de la ducha y comienzo a vestirme. Vuelvo a tomar un analgésico para la cabeza y el dolor del golpe.

Ahora que estoy haciendo mi equipaje, siento una energía única y podría marcharme al fin del mundo.

Al fin del mundo.

Capítulo 16. Viaje al Norte

Son las 18:15 h.

Acabo de devolver la copia de las llaves que utilizó la policía a don Jaime. Está preocupado, pero le tranquilizo. Si hubiera estado doña Puri, ya le habría contado a todo el barrio lo ocurrido: a la peluquera, a la carnicera, a los del supermercado… Seguramente la visita de la policía a mi casa haya sido el *trending topic* del día. Menos mal que los abuelos no tienen redes sociales. Pero yo ya estoy montada en el coche, rumbo al norte.

Benjamín ha puesto el GPS y un poco de música de una emisora de radio. Antes de salir, me pregunta cómo vamos a entrar en el apartamento si no tenemos las llaves. Le respondo que, en el bar de abajo, en El Caserío, guardan una copia… Son viejos amigos. Allí pasé muchos días de lluvia tomando café con Eric y muchas tardes de refrescos y cervezas.

Siento que tengo sueño.

—Duerme tranquila —me susurra Benjamín. ¿O es Eric? No sé, pero duermo. Los calmantes, el dolor de los golpes, los últimos acontecimientos… no puedo más.

Sueño con la universidad.

Entro en el aula llena de gente. Solo veo sitios libres en la primera fila. No es muy popular, pero yo estoy ya acostumbrada a lidiar con estas situaciones. Oigo a alguien que dice:

—Ya llegó la *insulsa*.

Suenan risas. Me vuelvo. Es la líder que también ha elegido hacer Medicina. Sabía que quería porque lo había dejado claro en alto, pero también barajaba Biotecnología. ¿Cómo puede dedicarse a la Medicina

un ser sin corazón? ¿Cómo podrá mostrar empatía con los pacientes?

Las risas van en aumento y yo siento algo en la cara. Me noto algo debajo de la nariz y siento que tengo bigote. Y empieza a crecer y a crecer y se desparrama por los laterales. Yo no puedo pararlo y trato de esconderlo. Entra el profesor y me observa. Yo le dirijo una mirada de súplica y en ese instante también se echa a reír y a reír cada vez más fuerte y todos los alumnos de la sala comienzan a burlarse de mí y cada vez que lo dicen el bigote crece y crece y yo lloro de vergüenza e impotencia.

Siento algo en la cara.

—¡Déjame! —grito dando manotazos.

—Tranquila, pequeña.

Es Benjamín que me ha dado unos golpecitos suaves para despertarme.

—Creo que tenías una pesadilla —confiesa mientras sigue conduciendo—. Casi me has hecho dar un volantazo, no sé con qué soñabas. Si lo necesitas, paramos. ¿Estás bien?

—Sí, sí, perdona. Lo siento, ¡estoy tan cansada y dolorida! Y no puedo asimilar que todo esto me esté pasando a mí, una persona tan normal e insignificante… ¡No sé!

—¡Eh! No estás sola ¿vale? Además, todos llevamos una vida normal hasta que de repente, da un vuelco, un giro inesperado, todo se invierte y solo hay una opción, Claudia, adaptarse. Adaptarse o morir.

Tiene razón Benjamín. Y él sabe adaptarse. ¡Ojalá yo fuera como él! Perdió al chico del accidente el otro día y aquí está conmigo. Y yo… teniendo pesadillas de cuando era estudiante, pero cómo le voy a contar que cuando te hacen la vida imposible en la infancia, te conviertes en una adulta con miedo a las relaciones sociales con los demás… Dirijo mi vista al frente, para no marearme, aunque de reojo miro a Benjamín. Es muy atractivo. No puedo evitar pensarlo. Debo disimular para que no lo note. Vuelvo a mirar la frente. La carretera es recta y el paisaje ha cambiado un poco. Se está haciendo de noche.

Me estiro. Ahora sí que me duele todo. Pero sobre todo el alma. ¿Por qué sigo oyendo esas risas, esos insultos, esas humillaciones? Tengo 40 años, ya soy una mujer adulta, hecha y derecha que tiene una profesión que le apasiona con la que se gana la vida. ¿Por qué no puedo liberarme de estas situaciones de colegio? Tengo que pensar en otras cosas más reales. Vuelvo en mí.

—¿Dónde estamos? —pregunto. Se me ha quedado la boca seca.

—Estamos en Logroño. Podemos parar ahora o esperar más adelante para cenar. ¿Cómo estás?

—Muy dolorida.

Me he despertado de una pesadilla, pero ahora estoy inmersa en

otra. No sé qué ocurre ni por qué me está sucediendo esto. Siento rabia y ganas de llorar. Miro a Benjamín. Él conduce con la tranquilidad, concentrado en la carretera como cuando se concentra en una operación quirúrgica. Sin ningún gesto de duda, cómodo al volante y seguro de sí mismo. Miro el móvil, no tengo ningún mensaje. Ni siquiera de mi madre. Hace dos días que no hablamos. No tardará en ponerse en contacto conmigo. Lo hace cada dos días, con la precisión de un reloj. Siempre se preocupa mucho por mí…

—Benjamín, creo que cuando paremos, llamaré al inspector Ortigosa a ver si sabe algo de Leo. Sé que es pronto, pero estoy preocupadísima. Me siento culpable de todo. Podría estar yo en su lugar ahora mismo ¿sabes?

—Pero no ha sido así. No merece la pena que te culpabilices. Con eso, no conseguimos nada. No sé. Yo pienso que deberías esperar un poco, pues no han pasado más que algunas horas. Yo también estoy preocupado. Y sobre todo me fastidia la sensación de impotencia, de saber que no podemos hacer nada. Si esos rusos son una mafia, es muy difícil y peligroso llegar a ellos.

Benjamín me mira. Supongo que mi aspecto es lamentable.

—En la guantera hay Ibuprofeno y Nolotil. Aquí tengo agua —me dice mostrándome la botella que guarda en el hueco de su puerta.

—¡Vaya, Benjamín! Aquí guardas toda una farmacia.

Sonríe. También veo que hay una caja de preservativos al fondo. Esto solo confirma que cambia de mujer como de camisa. No puedo caer en sus redes.

La radio comienza a mezclar emisoras, canciones y voces y no se entiende nada. Se superponen las cadenas y el barullo aguijonea mis tímpanos. Benjamín la apaga.

—Necesitaba salir de la ciudad —me confiesa con su voz suave y rasgada—. Después de perder el otro día al chico, necesitaba desconectar y nada mejor que hacerlo contigo. —Hace una pausa—. ¿Qué te pasó con Eric? Nunca me lo has contado. Se os veía bien. Recuerdo aquel día en el que vino a la cena de Navidad del hospital. Estuvo brillante contándonos mil anécdotas.

—Sí, él es así. Le gusta llamar la atención. Siempre sabe qué decir y en qué momento para hacerse con todo el auditorio. Cuando estaba él, brillaba y yo me quedaba muy en la sombra. Muchas veces estoy convencida de que me invitaban a mí solo para que fuera él. Pero no me importaba. A mí nunca me ha gustado ser el centro de atención de nada. Me encanta ser anónima. Invisible.

Me mira por el rabillo del ojo. Vuelve a sonreír con misterio y sus ojos oscuros se empequeñecen y vuelven a brillar con especial magnetismo.

—Pero tú también te lo pasabas bien, ¡confiésalo!

—Sí, pero a veces quería marcharme o no estar en esos sitios donde al final él no me dirigía la palabra y se olvidaba de mí. Solo hablaba con los demás y sonreía a todos. Es curioso porque luego, en la intimidad, era muy reservado. Entonces se ponía serio y no me decía qué le pasaba. A veces se encerraba toda la mañana y toda la tarde diciendo que tenía trabajo. Yo creo que pintaba o dormía o se conectaba a internet. Con mis turnos, había días que no le veía. Hubiera sido difícil tener un hijo y criarlo con él.

—¿Te gustaría ser madre?

—Creo que siempre ha sido mi asignatura pendiente, sí. Pero ahora creo que ya soy mayor para dar a luz a un bebé y criarlo. Aunque médicamente se pueda, yo soy de la opinión de que los niños deben tener padres jóvenes y llenos de energía. Tú sabes que a las mujeres mayores les cuesta muchísimo recuperarse mientras que las jóvenes se recuperan con una facilidad asombrosa. Nos empeñamos en ir en contra de la naturaleza, pero la naturaleza es sabia.

No me miréis así. Si vosotros pudierais elegir ¿qué elegiríais? ¿Unos padres jóvenes llenos de salud, energía e ilusión o uno padres mayores de otra mentalidad?

—No seas radical, Claudia. Yo como médico no opino así. Yo pienso que hoy en día el ser humano envejece cada vez más tarde y cada vez en mejores condiciones. Hay mujeres y padres maravillosos con 40 o 50 años que además pueden transmitir más sabiduría que los jóvenes. Cada vez la gente se cuida más y eso se nota.

—Tal vez tengas razón, pero yo no me veo. Como diría mi madre «ya se me ha pasado el arroz». Incluso pensé en los niños de acogida, pero estando yo sola y teniendo turnos, no podría atenderles como se merecen. Pero claro que me habría gustado tener un bebé, sentirlo crecer dentro de mi cuerpo, sentir sus pataditas y luego ver su carita nada más nacer. Debe de ser tan maravilloso.

Lo digo en alto y me siento triste. Tal vez no debería contárselo a Benjamín. Imagino que está muy lejos de este instinto maternal. Pero me ha salido del alma. No puedo evitar la frustración.

—Y en lo íntimo ¿cómo era Eric?

No me puedo creer que Benjamín me esté preguntando esto. ¿Qué se ha creído? ¿Que le voy a contestar algo?

—No me apetece hablar de ese tema. —Nunca me ha gustado hablar de sexo, pero mucho menos con un hombre y, en este caso, Benjamín… Son parcelas privadas e íntimas. ¿A quién le importa? Si no guardamos algo de nosotros mismos y lo publicamos todo, perdemos nuestra esencia, nuestro misterio, nuestro yo. Nunca me he fiado de la gente que lo cuenta todo.

—Bueno, Claudia, pues no hablemos de ello, pero todo importa en una relación, no te estoy preguntando nada fuera del otro mundo. El

sexo es lo que diferencia a una pareja de dos amigos ¿no? Y al igual que comer o beber, tú sabes que es necesario tener las necesidades básicas cubiertas. —Se hace un silencio incómodo. Él lo rompe. Tiene siempre recursos para todo.

—Dime entonces por qué no seguís juntos —me pregunta con curiosidad.

Trago saliva. Solo he hablado de Eric a Leo. Ni siquiera he tenido valor para decirle a mi familia lo hundida que me sentía. Les hice creer que fui yo quien le dejé. No sé por qué preferí que creyeran que era yo la mala a que sufrieran pensando que me había dejado. Me daba vergüenza. Cuando lo que necesitaba era el cariño y el soporte de mis padres. En cambio, me reprendieron. Igual me lo merecía.

—Simplemente un día dijo que no quería seguir. Ya hacía mucho tiempo que casi no hablábamos ni coincidíamos casi por el tema de los turnos del hospital. De hecho, cuando estábamos en casa, él se metía en el despacho. Yo ya no le contaba mis problemas ni nada del trabajo y él tampoco me decía nada de su empresa. Aunque no le gustaba nada DADE, sus padres le obligaron a cursar estos estudios en la universidad para continuar el negocio financiero familiar. En realidad, lo que a él le gustaba era pintar. Yo creo que vino conmigo porque así se oponía a su familia y eso le hacía feliz. Ya sabes, la rebeldía de la juventud. Pero no encontró en mí lo que andaba buscando o yo no se lo pude dar.

—Vaya, la falta de comunicación, al final, dice mucho. No obstante, parece que te sientes culpable y te recuerdo que en las relaciones de pareja siempre hay dos personas y las dos son responsables de todo.

—Sí, supongo que tienes razón. El caso es que, al poco tiempo, ya estaba con otra chica según me dijo Leo y yo en mi casa sola —añado con tristeza—. Ojalá no me lo hubiera dicho, pero Leo es así. Siempre está empeñada en que debo de enfrentarme a los problemas de frente y no me da margen ni para soñar un tiempo…

—Bueno, ¡no sabe lo que se pierde! —exclama, yo creo que para animarme.

—¿Y tú? Nunca te he conocido una pareja estable.

—Yo tampoco.

—¿Tú tampoco qué?

—ja, ja, ja —ríe con descaro—. Que yo tampoco he conocido a una chica que encajara conmigo como para ser mi pareja estable.

—No te entiendo.

—Muchas chicas han venido conmigo para divertirnos un rato o porque soy médico y creen que tengo mucho dinero… Hay tanta gente que solo va por interés. Y a pesar de que la mujer hoy en día está luchando para cambiar su rol en la sociedad, muchas al final buscan esto, digan lo que digan. Realmente he de admitir que no he conocido

a casi ninguna mujer que fuera de verdad lo que busco.

Me lanzó una mirada por el rabillo del ojo.

—¿Y qué es lo que buscas? —me aventuré a preguntarle. Ahora la que siente curiosidad soy yo.

—Buscó a una mujer sencilla, sensible, con personalidad propia y que no se deje llevar por las superficialidades del momento, marcas de ropa, coches de lujo o un estatus según dicta la sociedad de nivel. Alguien que me dé mi espacio y no me monte escenas cada dos por tres. Alguien que esté siempre ahí, pero sin asfixiarme, que tenga su vida particular y la comparta a veces conmigo.

—¿Y no te importa que no sea guapa para presumir un poco como hacéis la mayoría de los hombres?

Benjamín vuelve a sonreír. No le ha sabido mal mi ataque. Creo que tiene muchas tablas…

—Antes sí me importaba, he de reconocerlo, pero ahora cuando estoy a mitad de mi vida, eso ha pasado a segundo plano. A muchas tías buenas no hay quien las aguante. ¿No te parece que alguien como quien te acabo de describir no es bella?

Sonrío y bajo la mirada. En el fondo, yo me veo así, pero no sé si Benjamín está diciendo eso como truco para ligar conmigo o porque realmente lo piensa. Si es porque lo piensa, entonces puede que esté empezando a enamorarme. Creo que he de cambiar de tema. Es un absoluto maestro de la seducción. Hay en él algo misterioso e irresistible que es imposible de explicar. Es como un don. Aunque seguramente no esté hablando de mí para nada y mi pequeño ego se ha sentido halagado sin motivo. Suelo ser así de cándida.

—¿Benjamín, alguna vez has tratado a algún menor extranjero en las condiciones parecidas a Crisa?

—Ahora que sacas el tema, sí. Hace unos diez años, tuvimos una oleada de chicos en esta situación. La mayoría procedía de Magreb, Marruecos y Argelia. Algunos habían venido de Francia porque el gobierno francés les había facilitado autobuses clandestinos y los depositaba en la frontera. Daban mucha pena porque a la mayoría de ellos les habían engañado diciendo que aquí iban a convertirse en futbolistas y podrían sacar a sus familias de la miseria y a las chicas, les prometían trabajo para cuidar niños y ancianos. Luego la realidad era otra.

—¡Qué miserables! —murmuro con desprecio—. Así debe de ser el caso de Crisa.

—Me los traían para que los examinara, ya que muchas veces sus proxenetas mentían con la edad. Les hacían pasar por mayores cuando en realidad eran menores. Tanto con chicas como con chicos.

—¡Es terrible! —exclamo mirando las líneas de la autovía.

—En una ocasión, tuve que atender a una niña colombiana de 15

años a quien le habían obligado a prostituirse. Pertenecía a una red de esclavitud sexual que destaparon en una operación policial en España. Le dijeron que venía a Europa a atender a personas mayores, pero al llegar, le retiraron el pasaporte y le dijeron que había contraído una deuda de 15 000 €. Si no pagaba, matarían a su familia. No se lo creyó, pero su padre sufrió un accidente *extraño* con el coche que le puso en sobreaviso. La única manera de pagar era la de hacer lo que ellos decían. Una auténtica esclava en pleno siglo XXI.

—¡Qué horror! Y ¿qué pasó? —pregunto intrigada.

—Un día con un cliente no sé qué le pidieron, pero la chica se negó. Le dieron una paliza brutal. Tenía contusiones por todo el cuerpo y una hemorragia en la cabeza. Estuvo muy grave, pero consiguió salvarse y volver a su país protegida por la Policía. Nunca delató al grupo que le extorsionaba. Cuando se marchó, parecía una anciana. Le habían arrebatado todo su futuro. Esas secuelas les quedan grabadas de por vida como tatuajes invisibles llenos de cicatrices.

—¡Ojalá Crisa no haya vivido esa situación! Tenemos que hacer algo por ella y por esos chicos.

—Es difícil cambiar el mundo, Claudia, pero todos podemos aportar nuestro pequeño grano de arena. Cuando estos chicos cumplen 18 años, ya no tienen la protección del Estado y sufren de exclusión social. Para obtener sus papeles piden que tengan un contrato de más de un año de duración, pero eso es casi imposible —afirma con tristeza Benjamín.

—¿Cómo sabes tanto del tema? —le pregunto intrigada.

—Recuerda que mi hermano Marcos es abogado. Muchas veces en las comidas familiares nos cuenta estos casos en los que trabaja y te das cuenta de que algo falla en el mundo para que ocurran cosas así.

Saco la cabeza por la ventanilla, necesito respirar. Ya ha oscurecido. Distingo a lo lejos las luces de una ciudad. Me duele la cabeza, pero he preferido no tomar otro calmante. Es mejor esperar a la noche. Solo necesito un poco de aire fresco y poder asimilar todo lo que me está pasando y que jamás hubiera imaginado.

Distingo miles de luces a mi derecha, como un campo de estrellas salpicado de brillos intermitentes. Es una imagen muy bella. Me recuerda a la Navidad.

—Es Bilbao. Si te parece podemos parar allí a cenar. No tengo casi gasolina y el coche está haciendo un ruido raro.

Asiento. Creo que necesito salir del coche y mover un poco las piernas. Ya se respira otro perfume y eso que no puedo contemplar el paisaje verde. Todo está oscuro salvo las luces de la carretera y de las poblaciones que atravesamos.

El coche continúa con un ruido seco y Benjamín reduce la velocidad. Menos mal que hemos entrado a la ciudad. De repente el

motor se para. Creo que se ha averiado. Son las 20:00 h.

Capítulo 17. La noche es para los gatos

El coche no arranca. ¿Os lo podéis creer? ¡No arranca! Y Benjamín investigando el motor, la batería, la correa del ventilador. Dice que cree que ese es el problema.

Ha llamado al seguro y van a venir a por él. Afortunadamente cierran el taller tarde, así que podrán llevárselo para repararlo lo antes posible. Pero no sabemos si podremos continuar el viaje.

Salir de Zaragoza en este momento, es como una liberación. Reconozco que he tenido miedo. O más bien debería de confesar que tengo miedo. Pensaba que había conseguido superar el pánico a la responsabilidad de la medicina siendo enfermera. También había logrado superar mi miedo a sentirme sola tras mi situación con Eric. Pero no. Y ahora, en espacio de escasos días, conozco a una chica con problemas, me intentan secuestrar, se llevan a mi amiga y me encuentro rumbo a Suances con mi compañero de trabajo. Volver a Suances y escapar de Zaragoza y lo que ha ocurrido. No dejo de pensar en Leo. Dios mío, si le ha pasado algo, no me lo perdonaré nunca. No sé cómo he llegado aquí, estoy descolocada. Pero hay algo interior que me empuja a seguir, una fuerza extraña, una necesidad de ser útil o de mostrarme por fin tal y como soy, sin caparazones.

Las calles de Bilbao están mojadas. Me fijo en los charcos de agua caprichosa y veo las pinceladas de luces de las farolas y bares que las bordean. Respiro aire frío, pero puro. Solo hay algunos viandantes que caminan con prisa a refugiarse en sus casas. También hay algunas personas fumando en las puertas de los bares. Huele a yerba. Eso es lo que más me gusta del Norte. El olor a naturaleza viva, la naturaleza que ha triunfado ante los edificios altos, las filas de coches y la contaminación humana. Bilbao supo ahogar sus humos y florecer de

nuevo como una planta fresca y nueva.

Mientras Benjamín sigue buscando papeles y dando datos a su interlocutor, yo respiro ese aire distinto que reina en las calles de Bilbao. Veo pasar a un chico corriendo, con cara de esfuerzo y de disfrute. Yo también querría correr ahora mismo, dejar mi vida atrás o retomar la vida que imaginaba cuando iba a la universidad. Salir corriendo y sentir el aire fresco y la leve llovizna que abraza la ciudad sobre mis mejillas. Y ver pasar los coches, los árboles y las aceras como una sucesión de fotogramas infinitos.

Pero sigo aquí. Sentada en el portal donde Benjamín ha podido estacionar el coche. Le miro. Me siento segura a su lado. Me aporta paz, tranquilidad… es como si supiera lo que hay que hacer a cada minuto. Sabe vivir sin hacer caso de los problemas porque sabe resolverlos. Incluso cuando las pocas operaciones quirúrgicas de las que se encarga terminan mal, desaparece dos o tres días y vuelve siempre como es él. Con su talante bromista, eficaz y seductor.

En cambio, yo sufro por cada paciente, por cada médico que no puede salvar vidas, por cada madre o padre que pierde a sus hijos, por cada conductor de ambulancia que se juega la vida por llevar lo más rápido posible al enfermo al hospital. Porque el hospital no siempre es el paraíso donde todos se curan. Y esa realidad, es difícil de asumir incluso para mí, tras años de formar parte de él como una extensión de mi casa.

—¿Estás bien? —me pregunta Benjamín que ha guardado todos los papeles y ha dejado de hablar por el móvil.

—Sí, sí, solo un poco cansada. ¿Qué hacemos ahora? —digo mirando al horizonte.

—Podríamos pasar la noche aquí y continuar el viaje mañana. Calculo que en hora y media podríamos llegar a Suances. Estaríamos allí a primera hora.

Ciertamente, es una opción, pero estando tan cerca de Suances, yo preferiría llegar ya. Siento algo en mi interior que me dice que debo ir. Es una llamada extraña, como una voz desconocida pero amiga. Como una intuición. Miro a Benjamín. Él también parece cansado, pero es tan amable, que sé que hará lo que le pida.

—Yo preferiría llegar a Suances esta noche. No sé si Crisa está en el apartamento o dónde está y además no sabemos nada de Leo. No puedo soportar la idea de que le hayan podido hacer algo.

En este momento, la voz ha salido de mí muy bajita y aguda y en mi garganta se ha formado un nudo doloroso que no me deja casi tragar saliva. No he podido evitarlo y una lágrima incontenible se ha escapado de mis ojos para estallar en mi chaqueta. Intento sorber el agua que comienza a inundarme también la nariz.

Él se agacha y me abraza con ternura. Siento su fuerza, su piel

suave y sus cabellos donde se depositan más lágrimas acompañadas de fuertes suspiros. ¡Qué difícil es contenerse e intentar llorar en silencio! Benjamín me acaricia el pelo y me dice que todo pasará. Siento su olor a perfume de marca y su olor corporal en una simbiosis dulce y maravillosa que me encanta. No sé por qué en este abrazo donde mi pecho se ha unido al suyo, siento ganas de besarle. Necesitaba ese abrazo. Necesito muchos abrazos. ¿Cómo será un beso con él? ¿A qué sabrán sus labios? Seguro que es un amante delicado y firme. ¡Basta! Me retiro de él y le doy las gracias por consolarme. Me siento fatal por haber tenido ese impulso en un momento de tristeza.

Ya recompuesta, me levanto, me sueno la nariz y tomo las riendas.

—Definitivamente voy a llamar al inspector. Me dio su número de móvil y me dijo que lo hiciera, que no importaba la hora o el momento. Necesito saber si saben algo.

Benjamín no pone buena cara. Eso me hace pensar que quizás esté cometiendo un error.

—Claudia, el inspector te dijo que le llamaras si recordabas algún detalle, es decir, si podías aportar algo, no para atosigarle en su trabajo.

—A ver, no creo que le esté *atosigando* por hacerle una llamada. Si no tiene información me lo dirá y ya está.

Al final, cambia el gesto y asiente mientras sigue mirando el coche. Creo que debo hacerlo. No puedo con la incertidumbre. Así pues, me alejo un poco (no me gusta nada que quien esté a mi lado escuche mis conversaciones telefónicas) y llamo por teléfono al inspector Ortigosa.

—¡Buenas noches, inspector! Soy Claudia Martínez. Perdone que le moleste. Le llamo para preguntar por mi amiga Leo. ¿Saben algo?

—Buenas noches, señorita Martínez. Disculpe, pero no puedo darle información, ya sabe que es confidencial.

—Pero necesito saber algo. En seguida va a ser de noche. No sabemos qué pueden hacerle. Inspector, estoy muy preocupada.

—Sí, lo entiendo, pero no puedo explicarle nada. Solo le puedo adelantar que hemos localizado un coche parecido y vamos ahora a identificarlo.

—¿Sí? ¿Dónde? —pregunto ansiosa.

—Señorita Martínez, le repito que no puedo decirle nada más. Solo que en cuanto sepamos algo le avisaremos —contesta el inspector con cierta impaciencia. Creo que Benjamín tenía razón. Es hora de colgar.

—De acuerdo. Muchas gracias.

Aprieto el botón de colgar y siento el silencio. Respiro profundamente. Igual he metido la pata y me he precipitado abusando de la confianza que me dio el inspector, pero me he quedado más tranquila. Se lo tengo que decir a Benjamín. Ojalá los encuentren y los detengan. Y ojalá Leo esté bien y no le hayan hecho nada.

Me vuelvo y camino hacia él. Está apoyado en el coche, de nuevo hablando por teléfono tranquilamente. ¿Cómo hará para estar tranquilo con todo lo que está pasando? Al ver que me acerco, noto que se pone nervioso y termina la conversación de forma precipitada. No sé con quién estaría hablando, pero poco me importa. Tengo nudos más importantes en mi cabeza que me martillean el cerebro y se me clavan en el corazón.

—Benjamín, me dice el inspector que tienen una pista. Han localizado un coche y creen que puede ser el del secuestro. No me pueden decir nada más.

Me mira con curiosidad. No se esperaba la información.

—Es una noticia estupenda, Claudia. ¿Ves cómo hay que dejar que la Policía haga su trabajo? Por cierto, acabo de concertar un coche de alquiler. Vamos a la empresa que está cerca de aquí. Así podremos continuar el viaje.

—¡Maravilloso! ¿Cuánto cuesta? ¡Lo pago yo!

—No, Claudia, déjalo. Ya hablaremos de eso en otro momento. ¡Vamos, en marcha!

Nos ponemos a andar y seguimos las indicaciones de Google Maps. En diez minutos llegamos a nuestro destino. Nos han reservado un coche más pequeño. Pasamos mi equipaje al maletero y me doy cuenta de que él no tiene nada.

—¿Quieres cenar en este bar? —me pregunta indicándome con una inclinación de cabeza un bar tras cuya puerta está abierta. Miro en esa dirección y puedo distinguir el mostrador salpicado de tapas de todos los tipos.

—Sí, muy bien, es perfecto. Pero no podemos tardar mucho porque tenemos que llegar a tiempo a El Caserío para poder recuperar mis llaves.

—Por supuesto —exclama Benjamín—, pero hay que reponer fuerzas y estas tapas tienen una pinta deliciosa. Estoy hambriento.

Sonreímos y entramos. Hay bastante gente, pero justo se levanta una pareja al fondo y ocupamos rápidamente la mesa. Nos pedimos varias raciones y devoramos todo.

—¡Qué bien se come en esta ciudad! —comenta en voz alta Benjamín.

Está contento. Habla y me cuenta anécdotas de viajes que ha hecho con sus amigos por España y por el extranjero y por un momento, me saca de mi angustia y me hace sentir que no pasa nada, que estamos cenando como dos amigos que han quedado para charlar. Y me lo estoy pasando muy bien, como hacía tiempo que no ocurría. Es más, empiezo a pensar en qué pasaría si comenzásemos una relación. Pero no, no saldría bien, él es tan encantador como mujeriego y yo no podría soportar una infidelidad. Eso me trae a la realidad.

Miro el móvil cada poco tiempo para comprobar que no tengo ningún mensaje.

Nada. Silencio.

No me deja pagar. Le miro, pero no hay nada que hacer. Ya ha soltado la tarjeta. Le sonrío. En quince minutos nos ponemos en ruta.

Ahora la carretera está muy oscura.

—Benjamín, ¿puedes poner la radio? Tal vez digan algo en las noticias.

—Claro, pequeña. Relájate y disfruta de lo poco que nos queda de viaje. —Me lanza esa sonrisa pícara y enorme que me envuelve. El coche es más pequeño y más incómodo, pero ya falta poco. Benjamín no está cansado. Conduce rápido pero suave.

—Escuchamos las noticias, pero no hay ninguna referencia al caso. Solo las mismas declaraciones de políticos echándose la culpa los unos a los otros de los problemas de convivencia de Cataluña y de no saber formar gobierno en España. ¡Me aburren tanto esas declaraciones vacías e inútiles!

Me fijo en el espejo retrovisor y me doy la vuelta. Tenemos un coche detrás desde hace rato. Me vuelvo a girar inquieta. Benjamín se da cuenta.

—¿Qué ocurre?

—Nada, es solo que juraría que he visto antes ese coche. ¿Y si nos estuvieran siguiendo? —pregunto en voz alta y con cierto temor ineludible.

—Es imposible Claudia. Es un coche oscuro, pero circulan miles de ellos por la carretera. ¿Quién nos iba a seguir? Los hombres raros se han marchado tras su intento de secuestro. Y, además, he de añadir que hemos cambiado de coche.

—Es cierto, lo siento. Supongo que estoy sugestionada.

—Está bien, relájate y cálmate.

Un intenso olor a mar nos invade. Ya estamos cerca. Llegamos a Torrelavega y unas enormes fábricas iluminadas con focos rompen el paisaje natural. Son como tubos gigantescos dorados escupiendo humo. Parece ser que ese tipo de humo no es contaminante, pero la imagen es grotesca. Sin embargo, por la noche todo parece diferente. Las luces engañan la fealdad y las fábricas se alzan luminosas como esculturas triunfantes que se exhiben para los viajeros desafiantes.

—¿Vamos bien por aquí? —me pregunta Benjamín—. No sé qué pintan aquí estas fábricas rompiendo la armonía del paisaje.

—Sí —le contesto. A pesar de no conducir mientras estaba con Eric, conozco perfectamente el camino.

Benjamín continúa y mi corazón comienza a palpitar cada vez con más fuerza. Tras pasar Torrelavega, nos sumergimos en carreteras oscuras donde solo aparecen balizas intermitentes que se iluminan a

nuestro paso. Llegamos ya a Suances pueblo y lo atravesamos. Está solitario, irreconocible. No hay coches ni turistas. Reina la calma y la soledad. Ahora es cuando Suances vuelve a su ser y se muestra tal como es. La invasión del verano lo convierte en un escaparate diferente. A mí cuando más me gusta es así, en su autenticidad. A la derecha queda una tapia de piedra que encierra una casuca antigua donde celebran bodas y eventos.

—Debes continuar. Ahora la carretera va hacia abajo y luego sube hacia el faro y la playa de los Locos.

—Menudo nombre ¿no? Creo que puede ser nuestra playa.

No puedo evitar soltar una carcajada. ¿Cuántos habrán hecho esa misma broma? Hasta Eric. Es extraño ir a Suances sin él. Es raro volver.

Recuerdo que tras la tarde-noche en la que nos conocimos, me pidió el WhatsApp. Nada más llegar a la casa que mis padres habían alquilado allí, como todos los veranos, recibí su mensaje. Me deseaba buenas noches ¡Era tan detallista!

Al despertar ya tenía otro mensaje para vernos en la playa. Y yo le dije que sí, así que fuimos a la punta del Dichoso donde un acantilado planta cara al oleaje del cantábrico. Eric había llevado unas coca-colas frías y unas aceitunas. Era tarde, las 21.30 h y empezaba a declinar el sol. De nuevo el universo nos regaló un crepúsculo inmensamente bello.

La noche fue cayendo lentamente y unos dedos invisibles dibujaron formas caprichosas, malvas y naranjas, en el horizonte. Después el sol fue cambiando a un color rosáceo sabiendo que le estábamos contemplando para acabar dentro del mar, sumergiéndose para descansar de su eterno esplendor.

Y Eric me besó. Y yo le correspondí. Cuando me besaba notaba calor en sus labios y cosquillas, miles de cosquillas en mi cuerpo. El mundo se detenía, solo estábamos él y yo. Sus labios sobre los míos. Abriendo con la boca la puerta de la pasión.

No sé por qué se fijó en mí. Yo no era la más guapa ni la más simpática. Era normal, tan normal como para llevar la 38 de ropa, 39 de calzado y el pelo y ojos castaños. Recuerdo que un día se lo pregunté y si algo tenía Eric, es que encontraba la respuesta perfecta para todo. Me miró con una leve sonrisa y me dijo que yo me distinguía de las demás por mi forma de pensar, mi vocación científica y mi discreción. ¿Os podéis creer que me sentó mal la respuesta? Me pareció que, al responder así, me estaba diciendo que era fea, aunque lista y la verdad, en ese momento me habría gustado que me dijera algo bonito de mi físico ¿por qué no? Yo también necesito sentirme guapa y sexy o que mi pareja me vea así. Si no, no hay pasión ni vida de verdad.

De hecho, si ese era mi atractivo, al final, para Eric, eso no fue suficiente.

Cuando decidimos vivir juntos sus padres se enfadaron mucho. No me consideraban adecuada para su niño. Desde su infancia, sus padres ya le habían trazado un futuro plagado de éxitos y pensarían que necesitaba a alguien de mejor posición social que yo, de una familia más pudiente y físicamente más espectacular que yo para cumplir el papel de esposa ideal.

Eric estaba en un momento de rebeldía y le dio igual todo lo que sus padres, en especial su madre, le decían. Es más, siempre he pensado que cuanto más hablaban mal de mí, más le apetecía estar conmigo para desobedecer a su familia. Así pues, siguió adelante como quien comete una travesura. Y yo continué con él porque me había enamorado. Fue como una droga. Me decía una hora y acudía a la cita sin pensarlo, aunque no me viniera bien la hora o el lugar. Intentaba estudiar y me descubría escribiendo su nombre sobre los apuntes. Mi cabeza no hacía más que pensar en él a todas horas. Menos mal que logré centrarme y terminar Enfermería con matrícula de honor.

Pero a pesar de la tenacidad de Eric por vivir nuestra relación, no dejo de pensar que nunca se casó conmigo ni me lo propuso. Yo guardaba en secreto ese deseo. Quería vestirme de blanco y darle el «sí» en cualquier lugar, en una boda íntima, junto a la playa, solo él y yo y dos testigos. Y en nuestros aniversarios, soñaba con que me lo propusiese. Pero nunca llegó ese día y el secreto de mi deseo terminó enterrado en mi corazón.

Decidimos comprarnos un apartamento en Suances, en el lugar que nos unió. Allí fuimos felices, apartados de todo y de todos. Solo él despertándome cada mañana, trayéndome el desayuno, llevándome a visitar parajes grandiosos. Solo él y yo en la playa, dibujando formas con los pies en la arena, sumergiéndonos en sus aguas verdes y azuladas, a veces en calma y a veces bravas.

Sin embargo, tras un año de silencios y malas caras, él rompió conmigo en Zaragoza. La separación fue muy dolorosa, nadie se lo imagina y la última escena, por mi parte, suplicándole que se quedara, llorando, de rodillas en el suelo… fue ¡tan patética! Desde ese día no hemos vuelto a hablar frente a frente y yo me quedé en poder de las llaves por puro azar y Eric aún no me las ha pedido, quizás para evitarme o quizás porque con su dinero seguro se ha comprado otra casa en el mar quizás en otro lugar. Pienso que ni él ni yo hemos tenido ganas de regresar a nuestro lugar favorito porque nos duele.

Y ahora aquí estoy, en un momento crucial y con otro hombre.

Comenzamos la subida hacia el faro. Todo está iluminado levemente. A la derecha sé que está la playa de la Concha. No se

aprecia apenas. A la izquierda, en cambio, vemos el hotel con forma de Castillo que, con sus luces tibias, se alza como si fuera dorado y vigilase imponente la playa de los Locos.

—Gira a la izquierda, Benjamín, ya hemos llegado. Este es El Caserío y menos mal que está abierto. Voy a ver al dueño para pedirle las llaves mientras aparcas.

—Es un lugar precioso —me dice sonriendo mientras estira los brazos tras aparcar el coche—, precioso de verdad. No quiero ni imaginármelo de día.

—Ya lo verás —le replico con una sonrisa y dejando escapar un suspiro ante el reencuentro con esa tierra tan lejana y tan cercana al mismo tiempo.

Salgo del coche y casi me caigo. Ha cruzado un gato negro a toda velocidad por delante de mí, como huyendo de algo. La noche es para los gatos. Yo en otro tiempo era como ellos o al menos, eso decían mis padres. Creo que nunca me han entendido de verdad, al igual que el impredecible comportamiento de los mininos.

Antes de entrar en la cafetería, giro la cabeza para ver el apartamento. No está iluminado. Seguramente Crisa no se encuentre allí y hayamos venido para nada. Y, además, tengo que compartir apartamento con Benjamín. Esto me inquieta un poco, aunque no tendría por qué.

¡Un momento! Juraría haber visto un destello en mi terraza. Agudizo mi mirada y me parece ver una pequeña ráfaga de luz reflejada en los cristales. Vuelvo a mirar, pero ahora no veo nada. Creo que ha sido fruto del cansancio.

O son cosas de la noche, o hay alguien en el apartamento.

Capítulo 18. La luna está oculta entre las nubes

Jueves 5, por la noche.

No está Tomás ni su mujer y el nuevo camarero no me conoce. Tengo que llamarle por teléfono para que comprueben quién soy y me den las llaves y casi no me queda batería. Lo prefiero porque Tomás era muy amigo de Eric y me habría preguntado por él. De esta forma todo es más rápido y no tengo por qué dar explicaciones.

Nos sacude una bandada de viento fresco que hace que vuelen mis cabellos en distintas direcciones. Cierro los ojos y dejo que ese profundo aliento de mar me llene. Benjamín también lo recibe con agrado después de haber conducido tanto. Nos quedamos en silencio y sentimos pequeñas gotas de mar que el viento arrastra hacia nosotros. El mar protesta bravo, como es el alma del Cantábrico.

—Esta es la famosa playa de los Locos —le anuncio a Benjamín señalando hacia abajo. Todo está oscuro, pero debido a la marea alta, se divisan hilos de espuma como resultado de la furia de las olas.

—Claudia, esto es fantástico —exclama mientras se apoya en la barandilla y respira el aire salino.

La luna está oculta entre las nubes y el mar se muestra oscuro. Sin embargo, ruge como para decir que está ahí y que somos nosotros los que nos adentramos en su territorio. Yo también me paro a dejarme llenar de él y acto seguido, me giro para contemplar los cristales de la terraza del apartamento. Ahora no veo nada.

—Juraría haber visto unos destellos en mi terraza. Mira, es allí, en el tercer bloque, en el último piso —le digo mientras le señalo con el dedo mi apartamento.

Al oeste la playa, al fondo de un pequeño acantilado. Al este cuatro

bloques de tres alturas de apartamentos y dos casas camino de la punta del Dichoso. Y en uno de esos bloques, mi pequeño reducto, mi trinchera. ¿Sabéis? Nunca me ha gustado que nadie viniera a mi apartamento porque es mi espacio, mi casa, mis objetos, mis cosas. Llamadme maniática, pero detesto que beban de mis vasos, se sequen con mis toallas y duerman donde yo duermo. No lo puedo evitar. Por eso siempre guardo como precaución mis cosas en un armario aparte.

—¡Vamos! —animo a Benjamín mientras le toco el brazo y subimos las escaleras exteriores de madera. Se ha empeñado en llevarme la bolsa con el equipaje de fin de semana. Me gustan esos detalles.

Mientras subimos pienso que me he quedado sin batería en el móvil, justo después de haber mandado un wasap a la víbora de la jefa y tras haber hablado con el dueño de El Caserío. Tengo que ponerlo a cargar por si hay novedades.

Una vez en el rellano abro la puerta exterior. Aparentemente no hay nadie y, de hecho, está cerrada con llave. Acto seguido, atravesamos la terraza acristalada donde me ha parecido ver los destellos de luz. Seguramente habrá sido el reflejo de las farolas de abajo porque está todo intacto. Abro ahora la puerta interior y me doy cuenta de que puedo encender la luz desde el interruptor. Esto es imposible porque siempre dejábamos Eric y yo la electricidad cerrada. A menos que hubiera venido Eric…

—¡Hola! ¿Hay alguien? —exclamo en alto como en las películas.

—Claudia —me dice Benjamín divertido—. Si hubiera un ladrón, no te lo iba a confesar, digo yo.

Mientras deja mi equipaje en el suelo y estira la espalda con suaves ejercicios, yo me dirijo a la cocina. Hay restos de papeles y migas. Es la evidencia que confirma mis sospechas.

—¡Mira! ¡Ha estado alguien! —exclamo mientras señalo los restos de comida de la cocina.

Se acerca y lo inspecciona.

—Sí, estas migas son recientes, no cabe duda —comenta ahora serio mientras aplasta algunas de ellas en la encimera para comprobar si están tiernas.

Nos miramos a los ojos y avanzamos hacia los dos dormitorios. Benjamín se lleva el dedo a la boca para señalar que guardemos silencio y avanza delante de mí con los puños cerrados. Nada en el primero. Es una habitación muy pequeña en la que solo caben dos camas de escasas dimensiones.

Entramos ahora en el dormitorio de matrimonio y veo que el edredón no está bien puesto. Está arrugado como si alguien se hubiese posado encima y yo sé que no puede ser porque soy una maniática de dejar la cama perfecta y estirada. Ahora no cabe duda de que alguien ha estado ocupando la casa. Miro a mi izquierda donde se sitúa el

armario empotrado blanco. Quizás en el armario obtengamos una respuesta. Lo abro, pero está vacío. Ni rastro de equipaje o de objetos personales. Y nada en la galería trasera que da al faro. Esa galería comunica las dos habitaciones y solo sirve para guardar trastos, una lavadora que no funciona, radiadores tapados con mantas y otros objetos obsoletos. Habría que hacer una gran limpieza.

—Estoy desconcertada. El apartamento está vacío, pero como has visto por la comida y el edredón, ha habido alguien. Pero ¿quién? y ¿cuándo?

—Ni idea. Tal vez sea tu exnovio o algunos amigos de él que hayan podido alojarse aquí. Igual deberías de llamar y preguntárselo —me responde Benjamín con ojos de preocupación y rostro que intenta disimularla.

—No, no me apetece nada. Hace más de un año que no hablamos —le contesto con cierta acritud—. No querría preguntarle por esto porque no quiero hablar con él. Hace más de un año que no lo hago, no quiero romper nuestro pacto de silencio con una llamada a estas horas de la noche.

—Entiendo lo que me dices, pero ¿no crees que en esta situación límite debes de pensar un poco más allá? En cualquier caso, creo que lo mejor es que ahora descansemos y cojamos fuerzas. Mañana veremos todo desde otro punto de vista. Podríamos empezar preguntando a los vecinos y en el bar donde has recogido las llaves si han visto a una chica joven con su descripción. Quizás encontremos una respuesta.

—Sí, la verdad es que no puedo más. Puedes dormir en este cuarto, ya ves que las camas están preparadas —le indico con un gesto de la cabeza.

No sé por qué me siento un poco incómoda al tener que compartir el apartamento con él. Es una tontería porque sé que es un caballero y es mi amigo, pero no puedo evitar estar un poco alerta. Pongo a cargar el móvil en mi habitación y veo que hay mensajes. Tengo una llamada perdida del inspector. Es muy tarde, pero he de saber qué pasa. Mi corazón vuelve a latir a mil por hora.

—Inspector, soy Claudia. ¿Qué ocurre?

—¡Buenas noches! Han liberado a su amiga Leonarda.

—¿En serio? —exclamo en voz alta—. ¡Gracias a Dios! Inspector dígame cómo está, qué le ha pasado ¿está bien? No puedo creérmelo. ¡Qué alegría!

Benjamín ha oído mis gritos de júbilo y llama a mi puerta. Le abro con una mano mientras con la otra espero la respuesta del inspector.

—No del todo. Ha recibido una paliza, está inconsciente. De hecho, no hemos podido hablar con ella para que nos diera pistas. Creemos que la han dado por muerta y la han dejado tirada tras un contenedor

en una zona de polígonos industriales. Tiene marcas de estrangulamiento.

Me siento en la cama y me quedo en silencio. Han comenzado a brotar lágrimas de mis ojos y siento un dolor hondo y punzante que me ha partido el pecho. No puedo hablar. El inspector continúa dándome datos de una forma profesional. No sé si es consciente de la impresión que siento cuando los recibo.

—Pensamos que se trata de un reducto de la mafia rusa que opera en España, en concreto en Barcelona y Tarrasa. Llevamos tiempo tras ellos. Una sección se dedica al tráfico de estupefacientes y blanqueo de dinero y otra sección enlazada con Europa del Este, trafica con personas. La chica rumana es presuntamente una testigo y por ello la buscan. Debió de escaparse de sus garras justo cuando la iban a subastar. Está en peligro. Posiblemente a ustedes las han intentado secuestrar para que los llevaran a la chica, pero las cosas no les han salido bien. Creemos que a su amiga Leonarda, la confundieron con usted. Está viva de milagro. Seguramente la dieron por muerta. Localizamos el coche gracias a una cámara de seguridad del centro de menas que visitaron esta mañana, así que hemos seguido el rastro con un GPS lo hemos localizado muy rápido. Han abandonado el coche y a su amiga con el pulso muy débil.

Se hace un silencio incómodo. Benjamín se halla de pie, pero yo he tenido que sentarme en la cama. Sigo sin contestar al inspector. No sé muy bien lo que me está diciendo porque al oír que Leo ha estado a punto de morir me he quedado bloqueada. No sé cuál es su estado ni el alcance de las lesiones. Si me dice el nombre del hospital, llamaré para preguntar. El inspector continúa hablando. Nunca me había dado tantas explicaciones:

—Claudia. —Esta vez se dirige a mí por mi nombre—. El dato que nos facilitó sobre el tatuaje del hombre que la intentó secuestrar ha sido definitivo. La mafia rusa desde hace años tiene sus propios ritos y códigos y, entre ellos, usa los tatuajes. Cada punta de la imagen de una estrella indica los años que han pasado en prisión. Con esto le quiero decir que no es un juego y que ahora mismo usted y la joven están en peligro. Debe venir a comisaría lo antes posible porque necesito volver a repasar los hechos y hacerle nuevas preguntas.

—Inspector Ortigosa, ahora no puedo —le respondo con la voz grave pero sincera. Estoy fuera de la ciudad, en Suances. Necesitaba desconectar y usted me aconsejó que no durmiera en mi casa. Este es el único lugar al que puedo ir. Aquí tengo un piso apartado del mundo. Ahora es muy tarde y me voy a quedar a dormir, pero puedo volver mañana. Quisiera visitar a mi amiga Leo. Necesito estar con ella. Todo ha sido por mi culpa. ¿Podría decirme en qué hospital está ingresada, por favor?

Se hace un silencio incómodo de unos segundos. Finalmente, el inspector se decide a responder:

—¿Está sola?

—No, he venido con un amigo y compañero del hospital, el doctor Benjamín Lorenzo. Yo no me atrevía a conducir sola hasta aquí en mi estado.

Vuelve a hacerse el silencio y oigo los pitidos de un *walkie-talkie* y unas sirenas de fondo.

—Está bien. No me diga dónde está y no vuelva a utilizar este teléfono. Podría estar pinchado. Quédese ahí. Respecto a su amiga, es mejor que no la llame ni intente ponerse en contacto con ella. Cabe la posibilidad de que la hayan dejado viva a posta pensando que es usted para forzar que la chica rumana se interese y salga de su paradero. Puede que piensen que la joven le ha soplado toda la información de la banda. Esto sería bastante probable y muy peligroso.

—Entiendo lo que me dice, pero entienda usted, que yo necesito saber cómo está mi amiga.

—Escúcheme. Apague el móvil y desconecte su ubicación. Quiero que confíe en mí. Yo me pondré en contacto con usted si hay algún cambio. Si no tiene noticias es que todo va bien. Solo puedo decirle que necesitamos su colaboración más que nunca y que siga nuestras consignas.

Tiene razón. Todo esto ha ido demasiado lejos.

—Pasó la noche en mi casa —le digo de forma atropellada.

—¿Cómo? —pregunta con sorpresa el inspector desde el otro lado del aparato. Benjamín asiente. Creo que está oyendo la conversación porque en el silencio, el tono de móvil suena alto.

—Crisa vino a mi casa cuando se marchó del hospital. Yo la vi en la calle y la seguí. Me pidió ayuda. Se la di.

—Claudia, no siga hablando. Hágame caso y desconecte el móvil. Conéctelo solo en caso de peligro. ¿Está entendido? El móvil puede ser un arma peligrosa.

—Claro que sí, inspector. Muchas gracias —susurro con desaliento, pero agradecimiento sincero.

Me tumbo en la cama. La cabeza me estalla. Benjamín me ha traído un vaso de agua y unos calmantes. Ha oído todo y está de acuerdo con el inspector, aunque me dice que no tenía por qué haberle contado lo de la noche con Crisa en mi casa. Sin embargo, para ser sincera, yo me siento ahora mejor. Si eso puede ayudar en la investigación ¡adelante! Fui yo la que cometí el error. Y ahora que lo he soltado, me siento más aliviada.

—Tómate esto y descansarás. De momento hemos de seguir las instrucciones del inspector Ortigosa.

—Gracias Benjamín. Tú también estarás cansado. Es hora de

desconectar.

—Sin duda, pequeña. Recuerda que si quieres algo, estoy en la habitación de al lado. No tienes más que llamarme.

Al cerrarme la puerta, todo se queda en penumbra. La persiana no está cerrada del todo y puedo comprobar las luces intermitentes del faro que me ayudan a conciliar el sueño. Recuerdo que a Eric le sacaban de quicio. Se volvía hacia el otro lado de la cama, incluso se compró un antifaz para no verlas. Pero a mí me gustaban y me hacían sentirme más segura, como los barcos que necesitan de su luz para no chocar con las rocas. Y ahora estoy aquí y mi amiga Leo herida y yo muriendo de rabia e impotencia.

Los párpados van cayendo con todo su peso hasta cerrar por completo mis ojos. No puedo mover casi el cuerpo y me abandono al descanso.

Aunque algo me dice que no voy a poder descansar por mucho tiempo.

Capítulo 19. Llevo un ancla en el pecho

Estoy durmiendo. Mi mente confunde escenarios y personas. Veo a la jefa hablando con la mafia rusa. Ella ha dado la pista sobre mí. Ahora estoy perdida. Saben quién soy, saben dónde vivo. Me escriben notas con sangre y llenan mi casa con ellas. Quiero gritar, pero no puedo mover los labios. Quiero acabar esta absurda pesadilla, pero de nuevo la jefa me mira. Lo hace con satisfacción. Se regodea ante mi desgracia. Ellos me atrapan y sus ojos de serpiente brillan de placer. Busca a Benjamín y le agarra de la cintura mientras parece decir que es de él, que siempre ha sido de él. Y yo tengo los labios sellados por una mano invisible. Llevo un ancla en el pecho que me tira hacia abajo. Al instante siguiente hay humo, un incendio. No puedo respirar. Ella cada vez más grande y yo cada vez más pequeña. Caigo al suelo. Me falta el aire.

Abro los ojos y siento que me ahogo. Tengo que salir a tomar aire. El cuerpo no me responde bien, tengo los músculos entumecidos y me muevo con dificultad. Supongo que se debe a la pesadilla y a los calmantes. Salgo a la galería de atrás, que da al faro y abro con dificultad la ventana. Procuro no hacer ruido para no despertar a Benjamín, ya que su habitación también da a la galería. Me cuesta abrir la ventana. Tiene telarañas e insectos que en su día quedaron atrapados. Miro el faro. El faro me calma con sus brillos acompasados. Cojo aire puro y salino y lleno mis pulmones.

Noto unos brazos que me rodean la cintura. Percibo su olor, un olor familiar, dulce, embriagador, y no tengo miedo. Sus labios cálidos comienzan a acariciar mi cuello. No hago nada. Debería decirle que pare, pero en el fondo no puedo porque estoy deseando. Me acaricia la nuca con su cabeza y yo aprieto los labios. Deja de rodearme la

cintura y me da la vuelta. Lo tengo frente a mí. Hay silencio. Le veo en cada ráfaga de luz que emite el faro, como en una película de cine mudo. Sus ojos verdes son cada vez más pequeños. Me miran con calidez y brillan. Me retira el pelo con cuidado y alza mi barbilla. Ha llegado el momento que tanto esperaba. Me acerca hacia él y se inclina sobre mis labios. Siento su calor y el mío como una llama intensa de dulzura y de pasión. Juguetea con su lengua sobre mi boca y yo le correspondo atrapada en un universo de magia. Creo que es Eric. Abro los ojos, pero le veo a él y sé que debo parar. No es el momento.

—Clau, dime que no lo deseas —me susurra con una voz tierna que derrite mi alma.

—Es mejor que te vayas, no podemos echar todo a perder en un minuto —le respondo con una fuerza de voluntad sacada del fondo del pozo de mis auténticos impulsos. ¿Cómo ha sido capaz? ¿Por qué lo ha intentado? Así solo afianza mis temores. Al final es un hombre, un hombre al que le gustan demasiado las mujeres y yo no estoy en esa historia y menos ahora con todo lo ocurrido. ¿Se ha vuelto loco? Pero a la vez me siento halagada. En realidad, yo también lo deseo.

—Como quieras.

No insiste. Se va. ¿Se va? ¿Ni siquiera va a intentarlo de nuevo? Hace tanto tiempo que nadie me abraza ni me besa ni hago el amor… Me siento sobre la cama con la puerta de la galería abierta. Sostengo la cabeza con mis manos. Igual he sido una estúpida, pero en este momento no soy capaz de entregarme a él en el mismo lugar donde fui feliz con Eric. Y además ¿qué futuro puede esperarme con él? Pasar a engrosar su número de conquistas…

Suspiro y vuelvo a levantarme a tomar el aire. No puedo abrir la ventana, pero el cristal está muy frío y apoyo allí la barbilla. El faro sigue lanzando sus rayos intermitentes.

De pronto percibo un movimiento. Me vuelvo. En la esquina, junto a la lavadora rota, hay una manta que parece moverse de forma intermitente como temblando. Me acerco con sigilo. Se halla entre esa lavadora y la pared, casi sin espacio. ¿Qué puede ser? Tengo miedo. Lo mejor es llamar a Benjamín. Sin embargo, es mi casa y no quiero parecer una tonta si luego es un animalillo o solo ha sido una percepción mía. Tengo que averiguarlo.

Me acerco con sigilo y la destapo. ¡Una imagen aparece! Me quedo sin aliento, paralizada. No puedo gritar, como en mi sueño. Es alguien acurrucado temblando. Me mira con miedo. ¡Es Crisa!

Doy un pequeño salto hacia atrás hasta tropezar con Benjamín quien ha salido también a abrir la ventana, imagino.

—¡Eres tú! ¡Por fin!

La imagen semioscura sale hacia la luz y contemplo el rostro de

color blanquecino de Crisa y sus ojos llorosos. Está temblando. ¿Cómo no nos dimos cuenta de que había alguien ahí?

—Claudia, yo…

No le doy tiempo a explicaciones. La abrazo. La he encontrado y está bien. Apenas la conozco, pero desde el primer día me ha provocado un sentimiento maternal que nunca había experimentado con nadie.

Es un abrazo de amor y para ella supone la rendición. Me aprieta con fuerza y llora. Yo también lloro. Quizás sea el cansancio, el dolor o el miedo, pero en este momento parece que el mundo se ha parado y nos ha unido para estar juntas pase lo que pase.

Benjamín no se atreve a reaccionar. Sigue de pie, sin dar un paso. Simplemente observando y a buen seguro, sintiéndose un poco de más. Después veo que se aproxima. Ha cogido una manta y nos ayuda a salir de ese hueco. Con la manta por encima acompaño a la niña al salón. Parece que camina con dificultad y sigue temblando.

—Ven Crisa, debes entrar en calor. Tus vendajes están sucios, hay que curarte, pero antes, debes sobreponerte. ¡Benjamín, trae una sudadera de mi equipaje! —ordeno al hombre que hace unos minutos me estaba besando.

Benjamín obedece y vuelve al salón con la prenda de vestir sobre sus manos. Ayudo a Crisa a colocarse la sudadera sobre mi chaqueta azul que no le ha dado la temperatura suficiente y ha permitido que la humedad se introdujera en sus finos huesos en mitad de la galería inundada por la noche.

Finalmente reacciona y dejo de abrazarla. Nos alejamos un poco y Benjamín intenta acercarse, pero Crisa se separa con miedo. Le hago un gesto a Benjamín para que no se aproxime.

Crisa me mira a los ojos con una mirada dolorosa y cansada. Parece un animal asustado. Me mira a los ojos y se decide a hablar:

—Perdóname Claudia, no quería quitarte el dinero. Si salía de esta te lo devolvería.

—¡No pasa nada! —le digo con voz suave.

—Vi el dibujo de una estrella en un papel de tu casa y comprendí que me tenían vigilada y a ti también. No sé cómo lo hacen, pero esta gente tiene tentáculos, ojos y oídos por todas partes. ¡Es tan difícil escapar!

Para de hablar. Mira con recelo a Benjamín. No lo reconoce, ya que lleva solo una camiseta y los calzoncillos y dudo que Crisa tenga muchos recuerdos de su entrada en urgencias. Tiene miedo porque deja de hablar en seco y me mira haciéndome preguntas en silencio.

—No te preocupes —la tranquilizo—. Es Benjamín, un buen amigo mío, de toda confianza. También es médico y fue él quien te atendió cuando te trajeron al hospital. No creo que lo recuerdes.

Le vuelvo a colocar la manta por los hombros.

—Te prepararé un té para que entres en calor —le digo con mi mejor voluntad, pero estoy mareada y caigo al sofá.

—¿Qué te pasa? —me pregunta preocupada.

—Nada, he tomado unos calmantes para dormir y evitar el dolor y todavía estoy bajo sus efectos. Han pasado varias cosas que luego te explicaré, pero ahora no te preocupes. Se me pasará.

Benjamín se ofrece para hacer el té y creo que se da cuenta de que Crisa le mira con desconfianza. Le indico dónde está todo, aunque la cocina va a dar al salón, así que no desparece del marco de la estancia. Menos mal que guardé bolsitas de té y paquetes de café en el apartamento la última vez. La miro y le sonrío mientras le cojo las manos con cuidado…

—¿Por qué te has ocultado ahí en vez de salir en cuanto hemos llegado? Podrías haber cogido una pulmonía…

—Venías acompañada y yo no tendría que estar aquí. Ha sido una imprudencia. Si me has encontrado tú, cualquiera podría encontrarme. No fue buena idea, pero no sabía dónde ir —confiesa con ojos suplicantes de perdón.

—Todavía no sé de qué o quién huyes. No terminaste de relatarme tu historia.

—Sí, bueno, más o menos. ¿Te acuerdas lo último que te conté? ¿Recuerdas que me monté en aquella furgoneta escapando de mi hogar para buscar un trabajo fuera de mi ciudad y ayudar a mi familia?

—Sí, lo recuerdo perfectamente. ¿Qué pasó?

—Aquel hombre trajeado junto con el otro nos metieron en esa furgoneta con el resto de las chicas. En un momento dado, pasamos por un control y nos tuvimos que tumbar en la parte trasera del vehículo bajo la amenaza de uno de los hombres. Estábamos aterradas. Nos taparon con mantas y nos dijeron que nos darían una paliza si decíamos algo o nos movíamos. Allí fui consciente del descarnado engaño. Yo pensé en gritar y pedir ayuda. Casi no podíamos respirar, pero la chica que estaba junto a mí, Ioana, debió de adivinar mis intenciones porque me puso su mano encima y me suplicó con los ojos que no me moviera. Si gritaba tal vez podría ser el fin para todas nosotras. Luego, tras varios kilómetros y unas dos horas de viaje aproximadamente, nos separaron y nos hicieron cambiar de furgoneta. Nos llevaron a Bosnia. Claudia, no nos dejaban solas ni para ir al baño, era humillante. Teníamos que hacer nuestras necesidades con la puerta abierta y uno de ellos nos miraba de forma sucia. Temíamos que se lanzara a por nosotras en el momento en el que paraban en estaciones de servicio. Nos hacían disimular nuestro miedo frente a las personas con las que nos cruzábamos y nos

amenazaban con que nos romperían los dientes si decíamos algo a alguien. Yo quería gritar, pedir auxilio y salir corriendo, pero el miedo no me dejaba ni respirar. Mucho miedo. Pasamos la noche en esa furgoneta. Imagino que ir a un hotel hubiera dado pistas. Siempre estábamos vigiladas porque mientras uno dormía, el otro se quedaba en vela. Al día siguiente nos trasladaron de Bosnia a Alemania. A mí me dijeron que me llevaban a Francia y luego a otro país. Imagino que no querían decir el destino exacto para que nadie me localizara. Por una rendija del cristal mal tapado, podía ver los letreros de las ciudades que atravesábamos.

Crisa para para coger aire y lo lanza en un largo suspiro. Habla, pero sus ojos no están en ese apartamento sino en la furgoneta que describe.

—Al llegar a Berlín, mi compañera Ioana, que era más joven que yo, perdió los nervios. Le dio un ataque de ansiedad. La intenté calmar, pero comenzó a gritar en voz alta que dónde nos llevaban, que nos estaban secuestrando y que o la dejaban libre o avisaría a la policía. Pararon la furgoneta en la cuneta y allí le dieron una brutal paliza con golpes hasta en la cabeza. Lo vi porque no cerraron la puerta del vehículo… Me tapé los oídos para no escuchar sus gritos, pero en un instante, no se oyó ya su voz, solo unos golpes rápidos y secos. Cada embestida retumbaba en mis entrañas, en lo más profundo del estómago. Y la dejaron allí, sin moverse. Y antes de cerrar la puerta de mi celda ambulante me dijeron que eso me pasaría a mí también si hablaba. Allí dejé de ser yo y me convertí en una marioneta a su disposición. Pensé en mi madre, en mis hermanos, en mi padre y que ellos ahora no podían ayudarme. Y lo que es peor, yo a ellos tampoco.

Crisa guarda unos minutos de silencio. Sus recuerdos le duelen. Quizás soy yo la primera persona con quien los comparte.

Mi rostro empalidece y se queda rígido al momento. Simplemente pienso en su sufrimiento y pienso también en Leo. Tal vez a mi amiga le han hecho lo mismo. Me muerdo el labio, sin darme cuenta de que lo hago sobre la herida que ya tengo. No obstante, no me duele más que lo que me está contando Crisa. Mañana tengo que intentar ponerme en contacto con Leo de alguna manera.

—Aquí está el té —interrumpe Benjamín mientras trae en una bandeja las tres tazas de té verde.

Noto tensión en el rostro de Crisa. La presencia de Benjamín no le gusta. Me mira a los ojos y yo intento transmitirle calma. Creo que Benjamín lo sabe y para ganar su confianza, se introduce en la conversación:

—Eres una chica muy valiente. Seguro que todo saldrá bien y pronto estarás con tu familia, ya lo verás. Todo lo que cuentas encaja

con la forma de actuar de esta mafia, según tengo entendido por los periódicos y por mi hermano que es abogado. Has caído en una red peligrosa, aunque todas lo son. La mafia rusa, la china, la yacuza[3]. Lo malo es que después de utilizar a las chicas, en cuanto dejan de dar beneficios, simplemente las abandonan como género inservible. Y más vale que no pidan ayuda a los clientes porque si se enteran o intentan escapar, las torturan y matan de forma cruel.

Esta información nos deja aún más preocupadas. Nos miramos Crisa y yo. Solo hay silencio, no sabemos qué decir. De repente, Benjamín se levanta.

—No os quiero molestar. Tengo que hacer unas llamadas, así que me voy a la galería.

En realidad, Crisa y yo lo agradecemos. Ella necesita complicidad y solo confía en mí.

—Sí, me lo han contado otras chicas —asiente Crisa—. En Bosnia me subastaron a mí también. Fue el momento más humillante de mi vida. Me hicieron desprenderme de la ropa y colocarme con los brazos en forma de cruz delante de varios hombres que rugían como animales. Allí me abrieron la boca, me miraron los dientes, me tocaron el pelo, los pechos, me dieron palmadas en las nalgas y en los muslos, intentaron palpar mi parte íntima, pero el hombre trajeado ruso no se lo permitió. Yo miraba hacia abajo y quería morirme, pero no podía hacer nada. Con otras chicas más mayores se sobrepasaron más. Incluso a alguna que no tenía buen tipo, le escupieron en la cara y en la espalda, pero al final, a todas las compraron. Allí quedaba dispuesto nuestro destino. Yo temblaba de miedo. Cuando me dejaron vestirme, el hombre trajeado me dijo que viajaría a España con el nuevo dueño y con él. ¿Por qué España si ninguno era español? No sé por qué ese hombre tenía fijación conmigo. Parecía que yo era su protegida. Cuando volvió a introducirme en la parte trasera de un coche amplio y lujoso, dijo que yo sería primero para él.

—Entiendo —le contesto mientras le ofrezco la taza de té caliente. Aunque creo que nadie puede entender una situación así y mucho menos acercarse a sentir esas sensaciones tan salvajes de miedo y de impotencia—. ¿Y cuánto hace que viniste aquí?

—No estoy segura porque he perdido la noción del tiempo. Estuve en Barcelona. Paramos allí tras nuestro viaje desde Francia. Me llevaron a un sitio bastante elegante para lo que yo esperaba. Las chicas eran muy guapas. Alguna podría haberse ganado la vida como modelo. El hombre trajeado me dijo que debía pasar la noche allí para que las chicas me enseñaran todo lo que yo debía saber. Lo cierto es que tras decirme varias cosas que me sorprendieron y preocuparon, a partes iguales, lo que en realidad me contaron fueron consejos para sobrevivir en ese ambiente. Sí, sobrevivir.

Crisa hace una nueva pausa para volver a tomar un sorbo de té. Me pide un pañuelo de papel porque a veces se le escapa una lágrima. Su voz suena como un cántico desesperado con ese dulce acento extranjero que añade dramatismo a su relato.

—Después apareció él y mandó salir a todas de allí. Yo quise marcharme, pero me agarró de los brazos y me lanzó sobre el sofá. Se quitó la americana y se desabrochó la camisa mientras se acercaba hacia mí. Yo intenté volver a escapar, pero volvió a retenerme lanzándose sobre mí como un cazador. Sus ojos rugían de deseo y su boca se ensalivaba mientras sobre mí me apretaba las muñecas y me inmovilizaba.

—Vamos a ver lo que tenemos aquí. No has estado nunca con un hombre, ¿verdad puta?

Y me abofeteó. Me quedé aturdida y comenzó a desabrocharse el pantalón. Me manoseó todo el cuerpo, los pechos el abdomen y bajó hasta mi intimidad donde metió sus dedos bruscamente para abrirse camino. No podía cerrar las piernas, me retorcía, pero todo era inútil. Iba a consumarlo.

—Si te mueves, te haré más daño —me dijo escupiendo sus babas mientras buscaba su miembro para introducirlo en mi pequeño cuerpo.

» Luego noté una embestida fuerte y comprendí que ya no había nada que hacer. Lo había logrado, estaba ya dentro de mí, abriendo mi cuerpo a golpes de cadera, quitándome mi primera vez con violencia y jadeos sonoros a cada impulso y yo no me lo podía quitar de encima. Solo sentía dolor y vergüenza y ganas de que todo acabara pronto. Y así fue. Después de agilizar el ritmo de su furia contra mi tierno y vulnerable cuerpo, gritó y se desplomó sobre mí dejando su sudor esparcido sobre mi pecho que ya estaba mojado por mis lágrimas. Yo no podía moverme de dolor, no me reaccionaban las piernas y ya no me daba vergüenza mostrar mi sexo porque sentía que ya no valía nada.

—Muy bien, pequeña furcia —me dijo mientras se limpiaba con un papel y volvía a subirse y abrocharse el pantalón—. Espero que hayas aprendido algo. Mañana volveré y todo será más fácil, pero tú tendrás que intervenir para que a mí me guste.

» Me lanzó una mirada lasciva y se fue. Dos chicas entraron y no tuve que hablar con ellas. Sabían todo lo que me había hecho. Tal vez ellas también estuvieron en algún momento en mi lugar. Me tranquilizaron, le quitaron importancia, me ayudaron a lavarme y curarme porque sangraba. Y me dijeron que estuviera preparada porque no me había hecho casi nada. Pronto vendría para seguir y violarme por todo. Solo cuando mi cuerpo estuviera preparado, me dejaría en manos de mi dueño.

Se hace el silencio. Estoy inmóvil. No sé si debo decirle algo o no, pero no me salen las palabras. Ella suspira y saca aire de sus pulmones a la vez que ha sacado ese infierno de su pensamiento. Coge de nuevo la taza y bebe. Yo solo puedo mirarla con ternura y con lástima.

Crisa continúa.

—Durante una semana, ese hombre continuó violándome y me vejó de todas las formas posibles, pero yo ya no tenía alma. Aprendí a separar mi cuerpo de mi alma. Ya no me importaba nada. Solo quería morir. Pero una noche soñé con mi hermano. Me pedía ayuda. Mi madre estaba mal. Los dedos se le habían retorcido y no podía hacer las tareas de la casa. No sé de dónde saqué la fuerza, pero como no tenía miedo a morir, decidí luchar y buscar la forma de escaparme.

» En Barcelona la vida se apiadó de mí y me dio una oportunidad para llevar a cabo mi plan. En un descuido, cuando vino el repartidor de bebidas y un vigilante se encargaba de hacer los pagos, me deslicé y me introduje en el interior de la furgoneta de reparto. Se dirigía a Zaragoza así que aparecí en esa ciudad sola, sin dinero y aterrada. Una mujer africana me ofreció ayuda, comida y techo así que estuve en un lugar de acogida junto con otros jóvenes en situación de soledad y abandono. Pero sin saber cómo, volvieron a localizarme. Una mañana me secuestraron mientras paseaba por la calle y me encerraron en otro local. Necesitaba tomar aire y respirar, pero fue un error imperdonable. Me propinaron una paliza, pero no en la cara para no desfigurarme y estuve mucho tiempo, no sé cuánto, hasta que las marcas desaparecieron. Las del rostro, claro. Las otras... no sé si algún día cicatrizarán. Una mañana dijeron que me trasladarían de nuevo a Barcelona, que ese era mi lugar hasta que pagara mi deuda. Esa noche el hombre trajeado que conducía, quería pasarla conmigo y yo tenía que huir de alguna manera. Decidí cortarme las venas en el baño de ese bar donde paramos a cenar antes de partir de viaje. Si alguien me llevaba al hospital, entonces tendría alguna opción de escapar. Me había ganado la confianza de mi verdugo y me dejaba ir al servicio sola. Pensaba que estaba bajo su control y que no me atrevería a hacer nada. Sin que se diera cuenta me guardé las anillas de las dos coca-colas que pedí y las guardé en el bolsillo. Me servirían de cuchillas. Y así fue. Me senté en el suelo a la vista de cualquiera que entrara y lo hice. Cuando una señora abrió la puerta y me vio, comenzó a gritar y a llamar al dueño. En seguida un grupo de clientes me rodeó y me pusieron una toalla para parar la hemorragia mientras esperaban a la ambulancia y, ante ese incidente, el hombre trajeado y su acompañante se acercaron y él me propinó una bofetada. Se le echaron varios hombres encima y tuvo que salir huyendo de allí enseñando su pistola y arrastrado por el otro que no quiso intervenir; imagino que por precaución. El resto, ya lo sabes.

—Una idea brillante —exclamo sorprendida.

—Bueno, hice lo que pude —replica—. Porque era mi única salida. O me llevaban al hospital o morir que, al fin y al cabo, es otra forma de escapar.

—Pero esa tarde, el destino jugó a tu favor. ¡Menos mal, Crisa! Si no, no sé qué hubiera pasado y seguramente no te habría conocido.

Me sonríe. Es la primera vez que lo hace en toda la noche.

—Aun así, no entiendo cómo te dejaron sola en el hospital. Lo más lógico hubiera sido vigilarte de cerca o haberse hecho pasar por algún familiar tuyo para atraparte. Ellos fueron a visitarte, pero justo después de que te fueras. No te pillaron por poco. Y, por otro lado, ¿cómo sabían de mi existencia? ¿Quién les informó de que yo te estaba curando? Crisa alzó los hombros. No lo sabía.

Benjamín vuelve a la estancia.

Todos nos quedamos en silencio. El reloj marca las 02:00 h de mañana. Benjamín me ve mirar el reloj y exclama:

—Creo que ahora nos toca a todos ir a descansar. Es muy tarde. Antes te curaré el brazo. ¿Dónde tienes el botiquín?

—En el cuarto de baño —respondo mientras sonrío a Crisa y la abrazo de nuevo.

Benjamín vuelve, le lava la herida y le cambia los vendajes. Crisa le da el brazo con recelo. Yo aprovecho para dejar las tazas de té en la cocina.

—Crisa, tú duermes conmigo ¿vale? —le digo con dulzura una vez que ya está curada…

—¡Sí! Claro —me responde.

Desaparecemos todos. A Crisa le he dejado una camiseta antigua de Eric que estaba en el armario… Creo que podré dejarle algo mío mañana, pero no ahora.

Mañana puede ser el día en el que se resuelva el misterio. Presiento que el final está cerca.

---

3 Yacuza: mafia japonesa equivalente al crimen organizado. Dicen que procede de los números 8, 9 y 3, una mala jugada según un juego de cartas japonés.

Capítulo 20. Hacia el faro

Viernes, 6 noviembre.

No sé cuánto tiempo he dormido. Crisa ha salido a la galería trasera donde la encontré y está contemplando el horizonte. Desde allí se ve el faro, el mar y la roca Blanca. Una roca rugosa que recibe su nombre debido al color. El mar está tranquilo y el día se ha alzado limpio y claro, algo que no ocurre muchas veces en el norte. Es un día maravilloso, un nuevo regalo de la vida. Escucho las gaviotas. Sé que Leo está viva y a salvo. Y nosotras también, pero no sé hasta cuándo. La situación se ha complicado y tras las explicaciones de Crisa, estamos frente a una mafia de delincuencia para quienes nuestras vidas no valen nada.

Me levanto, pero siento el cuerpo dolorido. Tengo que volver a tomar algo, pero lo haré después de desayunar.

—Crisa, ¿qué tal has dormido?

—Bien, mejor que estos últimos días.

—Déjame ver tus heridas —le pido para examinarle las muñecas—. ¡Vaya!, la mano izquierda está bien, pero la derecha no. Mira, estas heridas han vuelto a sangrar y están inflamadas. Se te han infectado. Tenías que haberte echado un desinfectante; ven que te cure y te vuelva a poner el vendaje.

—Bueno, es la mano dominante. Además, ayer estuve escalando esa roca —me dice señalándome la roca Blanca.

—¿Por qué?

—Estuve paseando para aclarar las ideas. Allí vi a un pescador en una barca e intenté hablar con él, pero no pude acceder. Me dijo que, si quería algo, me esperaría en el puerto en una hora. No me lo pensé

y fui allí. Tras hablar con él cerré un trato.

—¿Qué clase de trato, Crisa? —le interrogo con preocupación. Esto no me lo esperaba.

—Es preferible que no lo sepas. Debes volver a tu vida y olvidarte de que me has conocido.

—¿Qué clase de trato? —pregunto con voz firme y gesto serio—. Es demasiado tarde para no implicarme. Lo estoy desde que te vi en la camilla. No sé por qué, pero sentí que nuestras vidas iban a estar unidas de alguna manera.

La miro con franqueza. Ella me devuelve su mirada. Está tan delgada y parece tan frágil. Se lo piensa y finalmente me responde:

—Está bien, Claudia. Hoy a las cinco, cuando acabe de faenar el pescador, me puede llevar a un barco en Santoña donde un amigo suyo me introducirá en otro barco mayor que se dirige a Santander y una vez allí podré subirme a la embarcación que me permita escapar a Inglaterra. Quizás allí no me encuentren. A mi país no puedo volver aún porque estoy segura de que tienen a mi familia vigilada. Lo haré, pero más adelante. Tengo que pensar bien en cómo. El hombre trajeado vino a por mí a mi casa y conoce perfectamente a mi familia. Ya les he puesto en peligro, no puedo comprometerles más.

Ese plan no suena nada mal. Quizás esa sea la salida. Es más fácil escapar en barco que en avión, además ella no tiene papeles ni pasaporte. Lo medito un poco mientras me mira buscando mi contestación.

—Espera, esto tenemos que pensarlo bien. Me parece buena idea ir en barco. De esta forma pasarás desapercibida. Además, nadie pensará en esta vía porque en Zaragoza no hay mar. No es fácil relacionarlo.

—¡Así es! —me dice entusiasmada porque comprende que la idea me ha gustado.

—Pero ¿cómo vas a pagarlo? No creo que te quede mucho de los 50 €…

Su rostro se ensombrece. Yo sé que no se siente orgullosa de haberme cogido dinero. Por otro lado, a mí me da igual. ¿Para qué sirve el dinero si no es para solucionar asuntos vitales? Aunque ganes tu sueldo con esfuerzo, el Estado te acaba quitando buena parte en impuestos. Quizás sea mejor invertirlo en nuestras vidas.

—Tuve que vender los pendientes de mi abuela —confiesa con la mirada triste—. Mis abuelos tenían un negocio y lograron hacer dinero. De hecho, vivimos en la casa que nos dejaron. Pero todo fue mal por culpa de la crisis y se quedaron al borde de la ruina. Mi abuelo murió joven y mi abuela diez años después.

—Es cierto, cuando te vi en el hospital, llevabas unos pendientes pequeñitos brillantes. Te los quitaron y te los pusieron en el armario con tu ropa.

—Eran de oro blanco y las dos piedrecitas eran dos diamantes. Me han dado poco dinero por ellos, pero lo suficiente para poder comprar esos pasajes.

—Está bien. No estés triste por ello. Supongo que a tu abuela le habría parecido bien que lo hicieras para salvar tu vida. Ahora lo importante es que te voy a acompañar a Santoña. Está a unos cincuenta minutos. Necesitamos a Benjamín. ¿Dónde está? ¿Aún no se ha despertado?

Crisa sonríe y me responde:

—Claudia, es la una de la tarde. Benjamín nos subió desayuno de la cafetería de al lado y se fue a Bilbao a por un coche o algo así. Volvió y dijo que se iba a pasear. Yo preferí quedarme contigo. ¡Qué menos puedo hacer después de cuidarme tanto!

—Vale, pero no era necesario. Creo que deberíamos comer algo y ponernos en marcha hacia Santoña.

Me levanto y me visto. Aunque un poco dolorida, me encuentro mucho mejor. Estoy feliz por Crisa. Puede que todo se soluciones y pueda escapar. Mientras, sigue mirando por el cristal la exhibición del mar majestuoso lanzando sus olas contra la playa de los Locos, yo aprovecho para ducharme y comer algo. Aunque sea la una prefiero un café y el *croissant* que me ha traído Benjamín que la comida. Tengo tentaciones de mirar el móvil, pero sé que debo hacer caso al subinspector Rey.

Estoy deseando verle, tras nuestro beso de ayer, pero a la vez, me da un poco de vergüenza. Creo que hice bien en parar. Si hubiera ocurrido algo entre nosotros hubiera sido muy difícil trabajar codo con codo en el hospital. Sin duda es mejor así.

—Claudia, ¿por qué no vives aquí? Es un lugar muy bonito —exclama la joven.

—Supongo que porque tengo mi vida hecha en Zaragoza y es una ciudad que me encanta. Allí está mi familia, mis amigos, mi día a día. Adoro sus calles antiguas y empedradas, llenas de encanto. Adoro el clima tan extremo como el carácter de los aragoneses, cálido y austero, y el cierzo seco y el Ebro poderoso. Me gusta la actividad cultural, los cines, los teatros, los edificios históricos. Y cuando quiero cambiar, entonces vuelvo al Norte. Galicia es mi referencia y por circunstancias de la vida, Cantabria mi puerto. Si este refugio se transforma en un día a día perdería su encanto.

—O sea que eres de esas personas que no retiran el plástico de la pantalla cuando compran un móvil y guardan todo en sus cajas.

Las dos sonreímos.

—Bajemos a la playa y respiremos un poco —le propongo. Crisa acepta encantada. Sin saber por qué comienzo a hablar. Imagino que se debe a que me siento conectada a esta playa, a este cielo y a este

mar. Las palabras brotan de mí para mí misma. Pero las pronuncio en voz alta, casi sin darme cuenta.

—Cuando vivía con Eric nos gustaba bajar a pasear temprano antes de que vinieran los turistas con sus hamacas y sus campamentos de toallas y sombrillas. Era el momento en el que jugando con los pies en la arena Eric aprovechaba para cogerme de la cintura y contarme historias de gente que conocía por su familia. Nos reíamos de esos amigos de sus padres encorsetados en la alta posición que les daba su dinero, de sus hipocresías y de sus juegos de sociedad. Y Eric disfrutaba con sus dibujos y conmigo al lado tan solo respirando el mar y viendo atardecer. Pero era todo un espejismo. Una felicidad que se fue rompiendo en mil pedazos sin saber por qué. Creo que es su madre quien ganó la partida inoculando veneno en él día tras día. Y cuando le dije que no podía tener hijos, allí nuestra historia de amor quedó desquebrajada.

Crisa me mira con asombro. Yo también estoy sorprendida de contar mis intimidades a una niña. Aunque su madurez es impropia a su edad.

—¿Te dejó porque no podías tener hijos? Pero ¿para qué necesitaba hijos? ¿No era más importante tenerte a ti?

—No me lo dijo abiertamente. Tenía una fortuna como herencia e imagino que su madre le grabó este cometido en su cerebro desde pequeño. Aunque quizás la razón es que se hubiera cansado de mí. Yo pasaba el día fuera, trabajando a turnos y siempre un poco descolocada y agotada cuando regresaba a casa. Es difícil llevar así una vida de pareja.

Algo interrumpe nuestra conversación. Oímos unos gritos que nos hacen mirar hacia arriba. Es él. Benjamín nos hace señas. Lleva la misma ropa de ayer, pero está intensamente atractivo.

Subimos por las escaleras de la playa y nos reunimos con él. Benjamín se ha sentado en un banco mientras nos espera con una sonrisa triunfal. Mientras nos acercamos, me percato de que sus ojos pequeños son cada vez más oscuros y misteriosos. Se levanta para dejarnos sitio en el banco y se sienta en una esquina del respaldo. Me mira y me ruborizo pensando en su intento de ayer.

—Ya tengo nuestro coche arreglado. Podemos volver a Zaragoza e ir a comisaría. Allí te darán protección —le dice a Crisa con voz serena y contundente.

—Bueno, hay otros planes. Vamos, mientras os enseño el faro te cuento el cambio de planes que hemos decidido —le respondo con una sonrisa deseando decirle lo que vamos a hacer y esperando que nos apoye como hace siempre. No sé qué hubiera hecho son él en estos momentos.

Aprovecho para mostrarles la belleza del faro y la antigua zona

empedrada de El Torco mientras pongo a Benjamín al día de la idea de Crisa. Su mirada muestra desaprobación, pero no dice nada. Hay tres autocaravanas que están aparcadas en esa zona. Parecen muy lujosas. Esto llama la atención de Crisa.

—Me encantaría poder vivir en una de esas caravanas y quedarme el tiempo que quisiera en cualquier ciudad —declara la joven.

—Chicas ¿habéis pensado en que vuestro plan es arriesgado? —termina dictaminando Benjamín—. Crisa, si fueses a la Policía allí te protegerían y podrías hacer de testigo para mandar a esa gente a la cárcel. De esta manera no se aprovecharían de más jóvenes como tú. Nadie tendría que pasar por lo que tú has pasado. Eso sería lo correcto.

Miro a Benjamín. Tiene razón. ¿Por qué no animo a Crisa a hacerlo en lugar de alimentar su huida? Sin embargo, no sé por qué, pero hay algo que no me convence. No os lo puedo explicar, es solo una sensación de intranquilidad que me nace en el estómago.

Ella responde:

—Todo eso está muy bien, pero tengo miedo. Miedo de que, al contar lo que sé, puedan hacer daño a mi familia. Quizás atrapen a esos hombres, pero siempre habrá más. Siempre hay más y yo solo tengo a mis padres y hermanos y no quiero que sufran o mueran por mí. Tal vez sea egoísta, pero ahora solo puedo pensar así.

—¡Está bien! —le digo a Crisa—. Es tu decisión y tu vida. Yo te apoyo y te acompañaré a Santoña. Está decidido. —Miro a Benjamín esperando su reacción.

—De acuerdo, no hay nada que hacer frente a una maña. Comamos y vayamos hacia allí. Perdonadme, he de hacer una llamada —sentencia. Creo que no le convence mucho el plan pues su mirada es cada vez más grave. Lo entiendo. Pero es un buen amigo y nos acompañará. Así son las grandes personas. Se aleja de nuevo con su teléfono mientras le observo por detrás.

—Por cierto, estoy muy preocupada por Leo. Crisa, tú no lo sabes, pero me intentaron secuestrar cuando íbamos mi amiga y yo por la calle. Yo pude escapar porque creo que se confundieron, pero se llevaron a mi amiga Leo. Ayer, el inspector Ortigosa me dijo que la habían encontrado inconsciente. Le habían propinado una gran paliza. Yo quiero ponerme en contacto con ella, pero me han aconsejado que no use el móvil por si tienen mi señal localizada. Si me pillan a mí ahora, no tendría escapatoria.

—¡Vaya, es terrible! ¿Ves cómo debo irme y dejaros al margen de esto? También te he puesto a ti en peligro —exclama Crisa con tristeza y remordimientos—. Claudia, ¿por qué no llama Benjamín al hospital? No levantaría sospechas, puesto que nadie sabe que está contigo. Habéis venido en su coche, así que no hay pistas que lleven hacia ti.

Benjamín, que ha vuelto sigilosamente, nos ha escuchado e interviene.

—Claro, tienes razón. Benjamín, tienes que llamar al hospital. Lo más seguro es que esté ingresada en el nuestro. Si es así, te darán el parte y sabremos cómo está.

Benjamín se queda parado unos instantes, imagino que sopesándolo. Luego reacciona con una sonrisa un tanto forzada. Me da igual, el caso es que lo va a hacer.

—Lo haremos así, pero vamos a comer algo, las dos debéis de coger fuerzas…

Una sonrisa de satisfacción me recorre el rostro. Entramos en el Caserío. De nuevo no veo a Tomás. Nos sentamos y miramos la carta. Benjamín elige, se levanta y se dirige hacia la salida para tener un poco de privacidad en la conversación telefónica. Me ha dicho que va a llamar a todos los hospitales a ver si saben algo de la evolución de Leo. No hay muchos en Zaragoza, no le costará averiguarlo. El día está frío y no hay casi clientes. Yo me siento feliz de volver a estar allí. Es una sensación familiar. Es como volver a casa y esta vez, acompañada de una joven maravillosa y de un hombre muy especial. Quizás algún día... ¿Quién sabe? Tal vez incluso podríamos ser pareja… Desaparece por la puerta, con el móvil pegado a su oreja. Parece que ha contactado con alguien. Por mi parte, me encanta ver a Crisa comer. Lo hace con cierta ansia, casi sin masticar la comida y le da igual mezclar sabores. Imagino que estos días ha comido fatal, si es que ha comido. Le indico que coma más despacio, pero, en realidad, no me hace ni caso. Sonríe y sigue comiendo unas patatas fritas que acompañan a su pescado. Nos hemos sentado en una mesa junto a una cristalera desde donde se ve el mar en primera fila y el cielo, que poco a poco se va cubriendo de nubes.

—¿Cómo se llama el pescador que te va a llevar con su amigo para ir a Santander? Igual lo conozco.

—No creo —me responde con la boca llena. Me ha dicho Cuzco o Fuzco, o algo así, pero para mí que estaba cogiendo marisco y especies protegidas y me ha dicho un apodo falso.

Nos interrumpe Benjamín que ha entrado con rostro serio y ha ocupado su sitio junto a mí.

—¿Cómo está? —le pregunto temerosa y a la vez impaciente por saber.

—Acabo de llamar a nuestro hospital y no sé si por casualidad, se encuentra ingresada allí. He contactado con Elena y me ha comunicado que sigue inconsciente y monitorizada. Presenta contusiones, luxaciones, fracturas por todo el cuerpo. Está estabilizada y saldrá de esta, pero va a necesitar tiempo. En el cuello tiene marcas de estrangulamiento.

Los tres nos quedamos en silencio. Me duele el corazón de pensar la brutalidad con la que se han ensañado con mi querida amiga, pero debo estar contenta porque, al fin y al cabo, vive. Está viva y a partir de ahí, yo le ayudaré en todo para que vuelva a ser la que fue. Observo a Crisa y sus ojos reflejan dolor y vacío. Nadie a su edad ni a cualquier otra edad debería sufrir lo que ha pasado ella. De repente, pienso que el mundo es a veces un lugar inhóspito e inhumano.

Ha pasado el tiempo y apenas he podido comer. Miro el reloj y soy consciente de que no hay tiempo que perder, así que le pido a Benjamín que nos pongamos en marcha.

Nos marchamos y vuelvo la mirada para despedirme una vez más del silencio y el embrujo de ese lugar maravilloso. Dejo de nuevo mi juego de llaves allí y me quedo las que me quitó Crisa. Cuando la deje en el barco lo mejor será volver a Zaragoza y presentarme al inspector Ortigosa. La Policía podrá darme su protección. No tiene sentido seguir aquí y estar incomunicada. Pronto mis padres me llamarán y se preocuparán al ver que no respondo sus mensajes, cosa que hago habitualmente cuando tengo guardia. Y por otro lado está mi trabajo. Ese es el lugar en el que mejor me siento en el mundo.

Nos encaminamos rumbo a Santoña.

—¡Qué bonito es el paisaje! —exclama Crisa.

—Así es. España tiene muchos paisajes preciosos. Algún día si vienes a visitarme, te los mostraré —le digo con voz sincera. Está cerca el adiós y sé que me va a costar mucho despedirme de ella. Pero no puedo adelantar acontecimientos. Primero tengo que asegurarme de que todo sale bien para quedarme tranquila. Es muy joven y toda una superviviente.

—Claro y me encantaría que te conocieran mis padres y mis hermanos.

—Sí, me gustaría —afirma con una medio sonrisa.

Benjamín no pronuncia palabra. Su gesto es serio. Espero no me haya engañado con la situación de Leo.

—Benjamín, ¿estás bien? —le pregunto mientras sigue con la mirada fija en la carretera.

—Sí, claro. Enseguida acabará todo. Espero que estemos haciendo lo correcto.

—Seguro. En cuanto dejemos a Crisa podemos cenar aquí o probar sus típicas anchoas —añado para quitar gravedad al momento. Sin embargo, no logro sacar de él más que una media sonrisa.

El reloj avanza y la hora que nos separa de Santoña ya se ha agotado. Entramos ya por la fortaleza de San Martín. Tengo dudas acerca del lugar donde ha quedado Crisa.

—¿Es en el puerto? —le pregunto.

—Será en el faro —responde Benjamín. Allí hay mucha actividad al

margen de la ley y en este caso, está claro que será allí.

—Sí, Cuzco dijo «hacia el faro». Pero no sé a cuál se refería.

Me quedo preocupada. Hay algo que no me da buena sensación.

—Hacia el faro —repito como un eco involuntario—, pero ¿por dónde? ¿Será el faro del Caballo? Si es así hablamos del acantilado del monte Buciero a la entrada de la ría. Es un lugar cuyo acceso se logra tras descender 700 escalones. Los colocaron hace mucho tiempo presos del cuartel de Santoña y los acondicionaron recientemente los presos del centro penitenciario El Dueso.

—Sí, el Faro del Caballo, eso es. ¿Lo hicieron presos? —pregunta intrigada Crisa.

—Sí, dentro de un proyecto muy original llamado Nácar (naturaleza y cárcel). Me parece una buena idea. Imagino que, aunque es cierto que tenían que trabajar duro, por lo menos podrían disfrutar de estar al aire libre y ver el mar.

—Muy bien —me corta Benjamín acercándose al punto de bajada Le noto preocupado o sombrío, no sé cómo explicarlo.—. Tengo que dejar el coche aquí y tendremos que iniciar el descenso. Falta una hora, así que es mejor bajar y ver si este es el punto.

Cierro los ojos y miro a la niña y a la maleza del lugar donde empieza el recorrido. No estoy recuperada, pero me puede más el corazón. Allá vamos, rumbo al faro.

Capítulo 21. El corazón también alberga nubes

Comenzamos el descenso. Primero Crisa, la más joven y la más ágil, con mi chaqueta azul. En realidad, ya se la he regalado. Le sienta mucho mejor que a mí. Luego yo, con más dificultad debido a los golpes del día del secuestro que aún duelen. Para cerrar la expedición, Benjamín. No hay nadie más. Es viernes y otoño. No tiene nada que ver con los largos días de verano y la muchedumbre que se aglutina en estos parajes. Ojalá se fueran todos a otro lugar de vacaciones, no al Norte. Detesto las aglomeraciones de turistas, no lo puedo evitar. Me gusta disfrutar de la naturaleza sola. Únicamente el paisaje y yo. ¿No os pasa lo mismo? No hay nada mejor que disfrutar del silencio y oír el quejido de los árboles mecidos por el viento, el rugir furioso de las olas, los cánticos de las aves... Eso me hace conectar con el alma del mundo y con mi alma…

—¡Cuidado! —grito al recobrar el equilibrio tras tropezar—. Hay escalones que son irregulares y casi me caigo.

—¡Agarraos al cable lateral! —exclama Benjamín.

El lugar es maravilloso. Estamos rodeados de plantas, bosques de laureles, aunque también hay espinos. Menos mal que llevamos pantalón largo. Hay numerosas hojas en el suelo y algunas de color amarillo y rojizo. El otoño es la época más bella para la naturaleza. Es como si quisiera dar lo mejor de ella antes de morir.

Cuando trajeron a Crisa al hospital, también estaba bella. A pesar del sufrimiento, a pesar de la palidez de su rostro, a pesar de estar al borde de la muerte. En el fondo había en sus ojos doloridos esas ganas de vivir a las que se agarra el ser humano cuando sabe que esta vez sí, puede perder su partida contra la muerte. Porque al final la naturaleza nos enseña cómo es la vida, sus ciclos y cómo aceptar que la vida pasa

y siempre hay un final.

Yo no pensé jamás en verme en esta situación en tan poco tiempo. Es como si mi vida hubiera transcurrido en un lento letargo y, de repente, en una semana hubiese vivido más que en mis cuarenta años. Atender a esta niña, el secuestro de Leo, mis inicios con Benjamín, volver a Suances donde perdí mi corazón… y ahora estoy aquí arriesgándolo todo con una fuerza interior que se ha desatado en mí y que no puedo ni quiero controlar. Mis padres siempre me habían visto fuerte, pero hasta ahora, yo no me lo creía. Por eso no quise la responsabilidad de ser médico.

No sé si creéis en Dios, pero tras vivir las situaciones límites en las que he vivido, yo cada día creo más. Hay un momento en el que la medicina no puede hacer nada y se producen curaciones casi milagrosas por lo inexplicables que son. En cambio, hay compañeros míos a quienes les ocurre todo lo contrario. Ven tanto dolor y tanta desesperación, que terminan siendo ateos. Y yo que era atea de mí misma, me siento ahora creyente. Ahora me siento con fuerza para afrontar mi vida. A partir de este momento sé que he de cambiar el rumbo. Empezaré hablando con Eric y preguntándole el porqué de su abandono. Me enfrentaré a él de una vez por todas y solo así lograré estar en paz y rehacer mi futuro como siempre me ha aconsejado mi psicóloga favorita. Lo haré por mí y por ti Leo, mi mejor apoyo y mi mejor consejera.

Bajamos unos trescientos peldaños. Comienzan a temblarme las piernas. Me duelen y siento los músculos en tensión al bajar por los escarpados escalones.

—¿Descansamos? —pregunto con voz inocente.

—Crisa se para y gira la cabeza poniendo a su vez, cara de asombro.

—Va a ser que no —responde Benjamín.

Oigo un chasquido extraño. Me vuelvo. Benjamín nos está apuntando con un arma. ¡No puede ser! ¡Estoy soñando! Me quedo parada como si la imagen que ofrecen mis ojos, fuera la imagen de una película o de una pesadilla. No entiendo qué hace Benjamín con una pistola.

Pero el hombre que se halla delante de mí, no parece él. Lleva su misma ropa. Es su cuerpo, su cara, pero su mirada carece de sentimientos. Ha huido el brillo que suele anidar en ellos y ahora siento unos ojos vacíos, fríos, sin emoción, duros y fríos como el hielo. No dejo de mirarle sin respiración. El corazón me late a mil por hora. No puedo dar crédito a lo que estoy contemplando…

—¿Qué haces? —le pregunto—. ¡Baja eso! ¿Te has vuelto loco? ¿Qué haces? Eres mi amigo. ¡Dime que eres mi amigo!

—No estoy haciendo nada que no deba —responde con frialdad.

Hasta su tono de voz ha cambiado. Es como si otra persona hubiera entrado en su cuerpo. Su voz es más oscura y más rasgada. Parece salir del interior de su estómago.

—Vais a bajar ahora mismo hasta el final del camino y mucho cuidado con intentar algo raro. No tengo ningún problema en disparar y acabar de una vez con esto.

—Pero ¿por qué haces eso? ¿Quién eres? Te miro apuntándome y no me lo puedo creer —le increpo sintiendo un repentino dolor y una mezcla de rabia contenida.

—Soy un hombre como todos, pero al que le viene bien un extra de dinero, algo que puedo conseguir fácilmente cada vez que doy información o curo de forma clandestina a algún herido con arma de fuego que no debe constar como paciente de hospital.

—¿Estás con ellos? —pregunta Crisa con tristeza y rabia, a la vez.

—Yo siempre estoy con el caballo más poderoso, con el ganador.

—¡No serás capaz de hacerme daño! Nos conocemos desde hace más de siete años. ¿Qué pasa con nuestra amistad?

—Es cierto que a veces me has ayudado, ha sido divertido tenerte como a todas, a mi merced. Ya sabes, el corazón alberga muchas nubes. Pero esta vez te has entrometido con la niñata esta y ella tiene que obedecer a quien pertenece, no a ti. Todo iba bien Claudia, hasta que decidiste venir aquí. Tuve que venir contigo para vigilarte. Sabíamos que nos llevarías hasta la chica. Eres demasiado confiada ¿lo sabes? Aunque he de reconocer que me atraes mucho, más de lo que deberías. Pero tuviste que jugar a la mujer valiente. Si te hubieras quedado en Zaragoza, nada habría pasado. Nosotros habríamos acabado descubriendo a esta pequeña zorra.

—Pero ¿cómo has urdido esta trama? ¿Cómo has llegado aquí? Ahora van encajando las piezas del puzle. Por eso tantas llamadas misteriosas. ¡No lo puedo creer! Confiaba en ti.

—Bueno, he estado en contacto con mis amigos desde el primer momento —dice sonriendo de forma cruel.

—Esas llamadas que hacías constantemente no eran a tu hermano abogado ni al hospital ¿verdad? Has estado pasándoles toda la información y controlando nuestros pasos. Eres un traidor sin escrúpulos. ¿Cómo has tenido el valor? ¿También fue idea tuya secuestrarnos para matarme?

—Con dejarte fuera de la circulación bastaba. La idea era mantenerte oculta para ver si la puta daba señales de vida para poder atraparla, pero mandaron a un chapucero que cometió un grave error. Su último error, claro. Al darse cuenta de que no eras tú la mujer a la que había secuestrado, el estúpido dejó a Leo con vida, pero castigada. No creo que pueda hablar en varios días. En cuanto a él, ya no camina entre los vivos. Los errores se pagan con la vida.

—¡Serás desgraciado! —le increpo. Pero su fría mirada y el sonido del gatillo hacen que me paralice. Me quedo inmóvil. No sé qué hacer. No tiene pinta de andarse con tonterías.

—Claudia, no eres mi tipo. Eres demasiado vulgar, aunque me gustas un poco. A ti no te querrían ni los dueños de los clubes de alterne. Arruinarías su negocio.

—Eres despreciable y además un estúpido. Esto no te hace falta, ¿sabes? Eres un buen médico. Tienes una carrera brillante. No necesitas meterte en esta porquería para nada. ¿A qué aspiras en la vida? ¿Por qué hiciste Medicina?

—Tú no eres quién para decirme lo que me conviene o no. Siendo médico puedo salvar vidas, pero no el suficiente dinero para vivir bien. Estos hombres hace años que me trajeron a uno de los suyos para curarle una herida de arma de fuego. Lo que me dieron fue lo que ganaba en un año así que a partir de ese momento, comencé a trabajar con ellos y ¿sabes? No se me ha dado nada mal. Hasta ahora mi vocación de médico no va reñida con mis trabajos y si os portáis bien, nadie tiene por qué salir herido de esto. Mis amigos se han encargado del pescador. Abajo habrá un barco, sí, que llevará a la putita con su dueño para poder seguir el negocio. No hay margen de error —afirma con dureza y sin dejar de apuntar con su arma.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—¿Y qué pasará conmigo? —acierto a preguntar con un hilo de voz angustiosa que me sale de las entrañas como quien espera su sentencia de muerte.

—Eso Claudia, lo descubrirás al final del camino. ¡Comenzad a bajar ya! ¡De una santa vez!

Crisa no parece tan afectada como yo. Obedece y sus piernas no le tiemblan. Desciende todavía más ágil. Mas, aunque intente disimularlo, percibo su miedo. Como los animales perciben el miedo de las personas. Es una sensación agria, tensa y demoledora. En cambio, yo esta vez no tengo miedo. Siento más bien asco y decepción por alguien que me ha engañado. No puedo evitar preguntarle mientras continúo bajando:

—Tú diste el chivatazo de que la chica estaba en el hospital, ¿no? —le grito mirando al frente y la vegetación que nos acompaña en el descenso a los infiernos.

Silencio.

—Y que yo era su enfermera y la había atendido. Ese detalle me puso en el punto de mira. Fuiste tú el traidor que iba desvelando todos mis pasos. ¿También me enviaste el pajarillo muerto y la nota con la estrella en mi puerta? ¿Pensabas que eso me detendría y no continuaría ayudando a Crisa?

Silencio.

—Y encima intentaste mi secuestro. Pues he de decirte que no eres tan listo ni cauto.

En este momento, Benjamín contesta.

—Estás en lo cierto en casi todo, menos en lo último. Lo que no esperábamos era que dieras los datos del tatuaje que puede inculpar al compatriota Igor, pero cuando descubran el cadáver del hombre que os intentó secuestrar, verán la estrella y ya no buscarán más culpables. Mejor dicho, la Policía seguirá indagando, pero con un culpable ya muerto, sus investigaciones poco a poco se desvanecerán y se diluirán. Les daremos un chivatazo sobre un alijo de droga y desviaremos su foco de atención. Así ocurre siempre —afirma con rotundidad. Y tal vez tenga razón.

—¿Igor? ¿Me estás dando información? ¿Así se llama el famoso hombre del traje? —le recrimino desafiante volviendo la cabeza.

Él ríe en voz alta. Por primera vez esa risa me suena espeluznante. ¡Cuánta ironía, cuánto sarcasmo y cuánta maldad hay en ella!

—Está bien Claudia. Podría darte toda la información que quisiera. No sé si vas a vivir para contarlo. Cuando bajemos nos espera la barca de mis amigos. Se llevarán a su presa y yo me desharé de ti. Una pequeña caída debido a tu debilidad y… quizás sirvas de pasto de los peces.

Me vuelvo y sigo bajando con esfuerzo. No hay salida. Ahora le creo, no es una pesadilla. Pongo a mi cerebro a trabajar a todo rendimiento. Aún nos quedan unos cien peldaños. En cuanto lleguemos abajo, todo estará perdido.

De repente, Crisa cae al suelo y termina desplazada dos escalones hacia adelante provocando un ruido ensordecedor. Grita porque ha intentado agarrarse, pero se ha desgarrado los brazos y puede que se haya lastimado las heridas de la muñeca. Corro a socorrerla a pesar del «¡quieta!» que me lanza Benjamín.

—Creo que me he torcido un tobillo —se lamenta con expresión de dolor agudo—. No creo que pueda bajar.

Benjamín se aproxima con cara de enfado y se sitúa junto a nosotras. Él de pie. Nosotras agachadas.

—Vas a bajar ahora mismo, te cueste lo que te cueste —replica Benjamín con voz grave y seca.

—¡No puedo! —grita Crisa esta vez llorando y gritando y suplicando. Todo a la vez.

—Te equivocas, sí puedes. Claudia, examina el tobillo y haz algo para que pueda seguir. ¡Te juro que te mato ahora mismo si no lo haces!

Me vuelvo con angustia y ella me mira a los ojos como queriendo decirme algo. Creo que la he entendido.

—¡Mis muñecas! ¡Están sangrando! —vuelve a gemir.

—Benjamín, mira esto, se ha abierto la herida y si no la curamos vas a entregar un cadáver como mercancía y el que estará en apuros serás tú.

Inconscientemente se agacha un poco para mirar y Crisa le lanza un puñado de tierra a los ojos.

—¡Corre! —me grita.

Y lo intento. Hago lo que puedo, pero bajar escalones empinados corriendo no es tarea fácil para mí. Ella sí ha sacado ventaja y ahora ha desaparecido en el fondo del camino. No la puedo ver. Me giro y observo cómo Benjamín sigue intentando deshacerse de los granos de tierra que le han cegado los ojos. Sé que no debo llegar al final porque allí estarán los rusos y Crisa ha ido directa. ¡Dios mío! Puede ser su final… Todo se ha torcido. Vamos a morir. Nuestro intento de huida ha sido en vano. Sigo bajando sola lo más rápido que puedo. No quiero llamar a Crisa para no dar pistas a Benjamín, quien ya parece que ha comenzado a andar. Ya estamos prácticamente abajo. Distingo el faro y el mar de aguas turquesas y cristalinas. Estoy sudando, me siento perdida. El corazón me late desbocado. No sé dónde voy. Solo espero el tiro que me sesgue la vida.

Súbitamente, alguien me agarra del brazo, me tapa la boca y me lleva hacia un lateral. No puedo huir para desembarazarme de él ni gritar. Oigo una voz que me susurra muy bajito:

—Tranquila, Claudia. Soy el inspector Ortigosa, estás a salvo. Quédate aquí quieta mientras baja el doctor.

Estoy sorprendida y siento un alivio enorme. Mi corazón sigue latiendo a mil por hora y las gotas de sudor han mojado mi rostro y la parte anterior del cuello. Las piernas me fallan y tiemblan de forma incontrolada. El inspector me sostiene. He entrado en un estado de temblor involuntario en el que no puedo dominar mis músculos. Me hace un gesto para que guarde silencio. No podemos ser descubiertos. A pesar del temblor señalo con los ojos el final del sendero. Él lo entiende. Me susurra:

—La chica está a salvo.

Asiento y me pone las manos sobre los hombros para indicar que debo tranquilizarme. Detrás de él se encuentra el subinspector Rey y distingo otros agentes con chalecos antibalas y armas de asalto distribuidos en la maleza. Oigo a Benjamín gritar a pleno pulmón:

—No tienes escapatoria, sal de su escondite ¡ya!

Se me hiela la sangre en cada golpe de voz. Mi amigo, mi confidente en el hospital, aquel con el que incluso me planteé (¿por qué negarlo?) iniciar tal vez una relación convertido ahora en un depredador armado.

Sus gritos suenan lejanos y en cambio, percibo claramente la voz del inspector que ha salido del escondite dejándome sola y sin saber

qué hacer:

—¡Baje la pistola! ¡El juego ha terminado, amigo!

—¿Qué diablos…?

—¿No me ha oído?

Oigo un disparo. Un estruendo sordo y seco en mitad de una naturaleza tan bella y hasta ese momento, tan silenciosa. Luego un grito. ¡Dios mío, es Crisa! ¿Qué ha pasado? Ahora oigo más voces, agentes que salen de varios puntos y alguno me sobrepasa, también distingo un helicóptero. En un minuto el escenario ha cambiado completamente. No entiendo nada, me siento desorientada.

Me puede el corazón y me lanzo a por los últimos escalones del camino, llego al fondo y veo a Benjamín en el suelo sujetando con una mano la sangre que le sale a borbotones del pecho. De pie frente a él y apuntándole todavía con el arma, el inspector Ortigosa sin mover ni un músculo. Todavía en posición de ataque.

Tras él Crisa, escoltada por dos agentes de uniforme. ¡Está viva! Ella está viva, estallo en un llanto nervioso. Veo cómo se lleva las manos sobre su boca en señal de sorpresa. Aún huele a pólvora. Ha habido un momento de silencio, pero ahora todo el mundo grita y oigo órdenes del subinspector Rey.

Benjamín me mira suplicante. No hace ademán de hablar.

Me calmo y limpiando mis lágrimas, me acerco despacio a él, con dificultad. Unos pocos metros que se me hacen kilómetros. Y vienen a mi mente imágenes de sus bromas, los buenos momentos que compartimos juntos, comiendo o cenando en el hospital, su cara de concentración escondida bajo la mascarilla cuando operaba, su desesperación cuando las cosas salían mal… su olor a *aftershave* cuando salíamos de una guardia y decía que quería oler como una persona, no como un médico, él en mi apartamento, mirándome con cara pícara, rodeándome con sus brazos fuertes, besándome… y ahora veo este criminal encogido en el suelo como un animalillo asustado. ¡Qué débiles y pequeños podemos llegar a ser los humanos!

Le miro. El inspector ha bajado la pistola, pero está alerta porque no sabe mi reacción. Crisa me clava sus ojos con inquietud. No sabe lo que voy a hacer… El subinspector Rey intenta retirarme de la escena, pero logro zafarme de él y me agacho. El inspector Ortigosa me deja acercarme. No me lo pienso más. Exclamo en voz alta:

—Soy Claudia Márquez, enfermera de profesión y médico de vocación. Elegí este trabajo para ayudar a la gente, sea quien sea. Hoy voy a intentar ayudarte a ti, pero solo para curar tu cuerpo. Tú sabrás qué haces con tu alma.

Capítulo 22. El final siempre puede ser un principio

La vida muchas veces es monótona o rutinaria y la tenemos establecida con unas normas y unos topes. Pero de repente, un buen día, puede ocurrir algo que lo cambie todo. Puede ser un acontecimiento imprevisto, una llamada de alguien que no imaginas, una situación inesperada (para bien o para mal) o simplemente, el universo puede responder a tus deseos, algo que no puedes creerte.

Yo tuve la suerte de mi lado. El inspector Ortigosa me explicó que llevaban tiempo detrás de esa organización criminal en colaboración con la Interpol, aunque en secreto. Cuando Crisa se intentó cortar las venas en ese bar, el dueño dio una descripción de los hombres que la acompañaban y les explicó cómo salieron huyendo al ver que se ponía en contacto con la Policía. Una cámara de seguridad captó el coche, su entrada y su salida y allí se veía que llevaban a la chica a la fuerza. Así pues, decidieron no ir al hospital a interrogar a Crisa para no levantar sospechas. Aunque en el hospital había varios agentes de paisano haciéndose pasar por familiares de enfermos para vigilar lo que ocurría. Todo había estado controlado en todo momento.

Yo me interpuse en sus planes. En los planes de todos, en realidad, en los de Crisa, en los de los rusos y en los de la Policía. Incluso en los de mi mayor decepción, Benjamín.

El error del intento de secuestro lo utilizaron los agentes para colocarme un localizador en el bolso. Sabían que no debía utilizar el móvil, pero podrían localizarnos con dicho bolso. También habían tenido conocimiento de las actividades ilegales de Benjamín por una joven a la que curó y que al volver a su país lo confesó a la Policía a cambio de protección para ella y su familia. A partir de aquí con los dos en Suances, la tercera pieza del puzle, Crisa, actuó como

imaginaron. La siguieron hasta Suances y allí mandaron a un pescador para engañarla y llevarnos hasta aquí. El resto, ya lo conocéis.

Antes de llegar nosotros, la Policía había interceptado dos barcos, uno el del pescador que cantó muy deprisa; y el otro, el contratado por los rusos con Igor al frente. Ya solo faltaba que nadie saliera herido, pero todo se precipitó por culpa de Benjamín quien como médico es muy bueno, pero como delincuente deja mucho que desear. Nadie esperaba que nos apuntase con el arma. Se anticipó al plan. Le pudieron sus ganas de querer controlarnos y quiso jugar a ser el malo de la operación.

Ahora él está en la cárcel. Le salvé la vida, sí, tapándole la hemorragia, porque no se merecía morir y acabar con todo. Merecía sufrir cada día por el camino que había elegido. Todo el hospital Clínico se quedó conmocionado. Desde el pobre doctor Benítez a la jefa, pasando por Miguel o por Elena. Habíamos tenido un mafioso sin escrúpulos como compañero de trabajo. Esto es algo difícil de asimilar.

Me costó mucho contarles lo ocurrido a mis padres. No se lo creían y mi madre sufrió un ataque de ansiedad de pensar en lo que me podía haber sucedido.

—Hija, nunca dejarás de sorprendernos —me dijo mi padre con una tímida sonrisa. Amor de padres, supongo.

A Leo le costó mucho recuperarse. Sufrió varias operaciones y desarrolló miedos y fobias que antes no tenía. Pero poco a poco, conforme su cuerpo se recomponía, su mente también. Yo me ocupé de eso. Los papeles se intercambiaron y me convertí en su psicóloga de cabecera. Seguro que en un año volverá a ser la de siempre. Miento, la de siempre es imposible tras sufrir algo así, pero volverá con su fuerza y optimismo.

Respecto a Eric, me atreví a llamarle.

Quedamos en un café. Su aspecto era diferente. Ya no era el joven rebelde del que me enamoré. Ahora llevaba americana, camisa y zapatos de marca. Imagino que su madre estaría satisfecha de haber triunfado sobre él. Me dijo que se fue porque se sentía solo, porque le pareció que se había desenamorado de mí, porque cree que dejó de amarme, no por no poder tener hijos, aunque eso fue un golpe para él. Quiso llamarme varias veces, pero con mis turnos, no se atrevió. Al final su madre le buscó un matrimonio conveniente y ahora tenía un trabajo fijo en la empresa de su suegro que le reportaba altas sumas de dinero y una esposa caprichosa y bella. Pero se sentía infeliz y culpable. Tal vez era cierto que pertenecíamos a mundos demasiado distantes. Yo cerré capítulo con esta cita, pero él me dirigió su mirada melancólica pidiéndome permiso para llamarme algún día. Le dije que no.

Me regaló el apartamento de Suances. Ahora él tenía dos mansiones en Llanes y Laredo. Para él el apartamento era algo minúsculo. Para mí, un palacio junto al mar.

Aquí termina mi historia, pero no creáis que me he olvidado de la pequeña promesa que os hice al principio. Os dije que os revelaría por qué tenía esa relación tan tóxica con mi jefa. Tal vez algunos ya lo hayáis adivinado.

Tras acabar la universidad y estudiar el MIR, la líder y yo obtuvimos una buena posición y nos quedamos en Zaragoza. Sí, por pura casualidad, nos admitieron en el mismo hospital convirtiéndose en mi jefa. Así que os podéis imaginar lo que han supuesto para mí estos siete años de aguantar malas jugarretas y peores artimañas de su parte. Ese dolor no es fácil de soportar. Sin embargo, tengo que admitir que después de este suceso, de alguna manera ha empezado a considerarme de otra forma. No os voy a decir que seamos amigas, porque no lo somos, ni lo seremos nunca. Yo siento demasiado dolor para olvidar todo por completo. Pero sí que os puedo decir que intentamos guardar las formas de una manera civilizada y ya no me hace la vida imposible. Incluso me respeta. El final siempre puede ser un principio. Y el fin de esta historia puede ser el principio de una nueva vida en el hospital.

Una semana después de lo ocurrido en el faro, pongo la televisión y dan la noticia:

GOLPE A UNA RED DE TRATA DE BLANCAS POR PARTE DE LA MAFIA RUSA

La Policía ha logrado desarticular una banda muy peligrosa de criminales procedente de la mafia rusa que se dedicaba a traficar con mujeres. Estas eran reclutadas y engañadas en su país de origen haciéndoles creer que venían a Europa a trabajar como niñeras y señoras del hogar. Una vez en el país de destino se subastaban como mercancía y eran distribuidas en clubes de alterne y obligadas a prostituirse. Nunca saldaban su deuda y no podían salir del círculo hasta que ya dejaban de ser útiles, lo que suponía la muerte o el abandono.

En esta macrooperación han intervenido más de 100 agentes de la Policía Nacional en colaboración con la Interpol. Ha habido más de 50 registros y 13 detenciones. Además, se ha incautado abundante documentación que inculpa a colaboradores de otros ámbitos y otras mafias en España y otros países. La investigación sigue abierta.

Veo al inspector Ortigosa intentando esquivar las cámaras. Qué poco le gusta la notoriedad. No puedo evitar sonreír, para mí es todo un héroe. Y cuando todo acabó, se acercó a mí para felicitarme y decirme que era muy valiente. ¡YO!

—Deberías pasarte por comisaría y preguntar por él. Pero antes,

ponte algo más moderno. Esa chaqueta azul que me regalaste es barata y rancia.

Sonrío. Crisa viene hacia mí y se acurruca conmigo en el sofá del apartamento. Por los cristales de la ventana contemplo el mar poderoso y bravo lanzando sus olas como látigos sobre la playa. Y en ese grito aéreo desesperado, me parece oír la voz de las sirenas. Me siento feliz, al fin.

Maoming (China), 19 de agosto de 2019

Agradecimientos

Gracias a vosotros, mis lectores, y mis primeros mecenas de *La voz de las sirenas*. A todos quienes os habéis interesado por mis libros de poemas, y habéis venido a las presentaciones. Deseo haber llegado a vuestro corazón y que hayáis disfrutado.

Gracias a mi hija Míriam por ser tan importante en mi vida e inspirarme tantas cosas buenas.

Gracias a mi marido Joaquín por apoyarme siempre en este proyecto y en los venideros.

Gracias a Marien Roca por trasladarme el ambiente y día a día de la vida de los sanitarios, profesión que respeto y admiro.

Gracias a Marta Lorente por contagiarme el entusiasmo con el que afrontan el día a día quienes trabajan por los sectores más débiles de la sociedad.

Gracias a Marcos Navarro y Javier Giménez, mis lectores beta. Seguí vuestros consejos y enmendé ciertos fragmentos. Vuestro gusto por la lectura y vuestra disposición desinteresada a invertir tiempo en este libro y ayudarme a mejorarlo es pura generosidad. Gracias de verdad.

Gracias a Marisa Lorente por ayudarme a hacer publicidad de mis libros con su "boca a boca" y por su interés y cariño.

Gracias a mi familia por ser fanes incondicionales.

Por último gracias al Grupo Editorial de Círculo Rojo por su trabajo, respeto y cuidado en esta edición.